

Te espero
en Arborea

ANTONIO SANZ OLIVA



SELECCIÓN
Suspense



*Te espero
en Arborea*

ANTONIO SANZ OLIVA



SELECCIÓN
Suspense

Te espero en Arborea

Antonio Sanz Oliva



1.ª edición: octubre, 2017

© 2017, Antonio Sanz Oliva

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-840-2

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Andrés Tomás Cebollada, mi amigo del alma,
con el que he pasado los mejores y peores momentos de
mi vida, y el que siempre ha estado cuando lo he
necesitado. A él, y solo a él, está dedicado este libro, y no
solo por haber prestado su nombre para vestir al
protagonista.*

«Quizás te diga un día que dejé de quererte, aunque siga queriéndote más allá de la muerte; y acaso no comprendas en esa despedida, que, aunque el amor nos une, nos separa la vida».

José Ángel Buesa

Contenido

Te espero en Arborea

Créditos

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Nota del autor

Agradecimientos

Promoción

CAPÍTULO 1

No era, ni mucho menos, la primera vez que volaba, pero seguía teniendo un miedo atroz a las alturas, que mitigué como pude con una cerveza, aunque fuera de lata y estuviera caliente. Así me entretuve, observando a vista de pájaro las zonas que sobrevolábamos, descubriendo relieves que tantas veces, por mi trabajo, había tenido que estudiar con fotografías aéreas y cartografías planas.

Una ilusión me hizo montar en aquel avión a pesar de no saber qué me encontraría a mi llegada. Esta vez no iba en busca de emociones; mi anhelo estaba puesto en la persona más importante de mi vida, a la que tenía que recuperar por todos los medios posibles, aunque la esperanza de hacerlo fuera tan poco consistente como en esta ocasión.

Cuando estábamos a punto de aterrizar, pude comprobar la belleza de la isla y su capital, ubicada entre lagunas costeras, dando la impresión de que íbamos a amerizar entre aguas someras. En aquel momento no pude comprender, víctima de mi entusiasmo, cuánto podría dar de sí mi pequeña aventura sarda.

Después de recoger las maletas, salí por fin al vestíbulo de la terminal, un espacio moderno y luminoso de blancas estructuras metálicas. Respiré aliviado, pero todavía quedaba mucho hasta llegar a mi destino. Me sentía feliz por haberme atrevido a llegar hasta allí sin más garantía que un deseo, pero ahora debía dirigirme al mostrador de alquiler de automóviles, donde recogería las llaves de un coche que ya tenía contratado antes de salir de España.

Una jovencísima azafata me solicitó la documentación para rellenar los datos de la ficha y al ver que era español, intentó agradarme con una pequeña conversación en mi idioma.

—¿Es la primera vez que visita Cerdeña?

—Sí, es mi primera vez —contesté con desgana; no me apetecía entretenerme más de lo necesario, víctima de mis nervios.

—Esta es una época muy buena para hacer turismo. Espero que disfrute de nuestras magníficas playas... —me dijo con su gran sonrisa de anuncio de dentífrico.

—No he venido para hacer turismo —respondí escueto.

—Por negocios, ¿verdad? Ahora hay muchas oportunidades en Cerdeña. Le deseo un gran éxito en su empresa.

—Muchas gracias... Si me permite, mientras rellena la ficha, voy a buscar un baño.

—Cómo no, los baños se encuentran justo enfrente.

No necesitaba aliviar mi vejiga, pero no podía soportar la cháchara de aquella jovencita tan locuaz; bastante angustia sentía ya como para parecer más amable de lo normal. Aproveché para refrescarme la cara y cuando preví que ya podría recoger mi coche, volví al mostrador de la compañía. La simpática azafata me entregó un sobre con la documentación del vehículo y las llaves.

—Es un *Fiat* color azul oscuro, situado en los aparcamientos que están justo a la derecha de esta salida —me susurró con su voz canora mientras me guiñaba un ojo—. Verá el logotipo de nuestra compañía. Muchas gracias y feliz estancia en Cerdeña.

—Muy amable... Que pase un buen día —le contesté educadamente, aunque por dentro pensaba: «Si tú supieras...»

Una vez me aseguré el transporte, hice la llamada más importante de mi vida. El teléfono de Paolo no daba señal. Sabía que no iba a ser fácil pero, en mi inocencia, tenía la esperanza de que contestara a la primera; decididamente era un ingenuo.

Las instrucciones eran claras a la par de escuetas: «Te espero en Arborea» y aquello era más que suficiente para que hubiera iniciado esta aventura con final incierto. Otro, en mi lugar, no hubiera recogido el guante de aquel desafío, pero yo estaba desesperado por recuperar los trozos de nuestra

relación hecha añicos y no me lo pensé dos veces. A pesar de ello, el pánico atenazó mi garganta cuando me monté en el coche. Cuando llegara al pueblo, temía encontrarme con el típico sitio pequeño de gente desconfiada. Iba a ser la comidilla de sus habitantes, pero era el precio que debía pagar si quería recuperar a Paolo.

No era la primera vez que me dejaba una de aquellas notas tan escuetas que yo debía interpretar correctamente antes de lanzarme a tumba abierta. Hasta ahora no tuve que temer nada, porque sabía que siempre respondería pero, desde nuestra última discusión, no había vuelto a saber nada de él, por eso, cuando la recibí, no lo pensé dos veces y me vine corriendo a Cerdeña. Era muy enigmático y, conociéndolo, no había que desaprovechar una oportunidad como aquella.

Tomé la Autovía SS-131. Tenía aproximadamente una hora hasta completar los noventa kilómetros que me separaban de Arborea y empezaba a atardecer. El paisaje no era precisamente lo que más me interesaba, pues mi cabeza estaba en otras cosas, así que encendí la radio. El viaje se hizo monótono hasta llegar al desvío de Terralba, donde tuve que dejar la autopista. Allí empezaba en realidad mi aventura y en ese momento noté un hueco en el estómago, similar al que se siente en las norias de feria. El paisaje se hacía más rural y sentí miedo. El atardecer se iba adueñando del cielo y no había vuelta atrás, tendría que hacer noche en Arborea.

Al penetrar en su caserío no sabía por dónde empezar, aunque el primer paso era llegar a la *Locanda del Gallo Bianco*, la fonda que había elegido para pasar unos días, situada justo en el centro del pueblo. «¡Qué nombrecito!» Mi vida parecía estar ligada a las *plumas* sin solución de continuidad.

Serían aproximadamente las ocho y media de la tarde cuando llegué a *Piazza Maria Ausiliatrice*. Al primer golpe de vista, localicé los edificios más notables de Arborea: su iglesia, el ayuntamiento, una escuela y la posada. Todos se asemejaban y parecía que no hubiera mucho más allá de lo que abarcaba la vista pero, en todo caso, ya lo descubriría al día siguiente. Ahora

solo me interesaba procurarme alojamiento.

En un lateral de la plaza se hallaba el viejo edificio del *Gallo Bianco* que, invariablemente, desde principios del siglo pasado, había realizado la misma función. Era una construcción armoniosa, pintada de un color ocre y con un tejado del cual sobresalían unas graciosas chimeneas. Tenía un cuerpo central más elevado que los laterales y la mayoría de las habitaciones se asomaban a la plaza mediante ventanas o pequeños balcones con balaustrada.

Entré decidido, aunque por dentro temblaba como un flan. Me recibieron los dueños, Gigi y Franco Petruzzi, dos hermanos mellizos que regentaban el hotel en compañía de sus respectivas mujeres. Me esperaban como un premio de lotería. La competencia no era mucha pero, a pocos kilómetros, un resort playero hacía las delicias de los escasos turistas que se acercaban por allí. A pesar de ello, el céntrico hotelito de los Petruzzi convenía más a mis fines.

Después de registrarme y antes de acceder a mí habitación, insistieron en que pasara al comedor para cenar. Me llevaron prácticamente en volandas hasta una mesa situada junto a la chimenea, que había estado presidiendo aquella sala desde los años treinta y que todavía conservaba en buen estado unas pequeñas mayólicas con dibujos de gallos que hacían honor al nombre del establecimiento.

Goretti, la mujer de Franco, se encargaba de elaborar los succulentos platos que se servían allí, gracias a los cuales gozaba de un reconocido prestigio. Me sorprendió gratamente su aspecto tan alejado del estereotipo de ama de casa: delgada, de una estatura nada corriente y, aunque debía pasar de los cuarenta, todavía conservaba sus encantos de juventud, que debieron de ser muchos. Su pelo castaño estaba recogido con un gracioso moño, dejando su rostro al descubierto, donde destacaban los labios carnosos que, aun sin pintar, se mostraban sonrosados en contraste con la palidez de su tez. En el mismo momento en que la vi, me evocó una Monica Bellucci travestida de *mamma* sarda.

Sin mediar palabra, Goretti empezó a sacar entrantes, que pronto ocuparon la totalidad de la mesa. Los hermanos Petruzzi asentían con su sonrisa en un

deseo de agasajarme, mientras llenaban mi vaso con un *bianco della casa*. Vista la deferencia con que fui tratado, no osé pedir opinión sobre el resto de platos, así que me deje querer con las sugerencias de aquella encantadora familia. A la llegada de un buen plato de *malloreddus con pecorino*, Gigi y Franco comprendieron que era hora de dejarme solo y volvieron a la recepción.

Ya no podía más. Dejé algunos *malloreddus* revoloteando en el plato para que Goretti entendiera que no debía insistir en el postre. Excusé tomar café, pero no tuve más remedio que aceptar un licor de *mirto* como digestivo. Aquel brebaje oscuro y fuerte no hizo sino aumentar mi sensación de pesadez de estómago pero, por educación, tuve que acceder a una segunda copita que bebí de un trago, como el que toma una purga. Bebida fuerte y difícil el *mirto*, uno de los principales distintivos de Cerdeña, que se ha de tomar con ánimo y decisión. Sin lugar a duda, mejor frío.

Al levantarme, agradecí a Goretti sus atenciones y le indiqué, en mi italiano pedestre, que era hora de retirarme. Ella lanzó un grito a su marido desde el comedor y, Franco, complaciente, cargó mis maletas hasta una de las diez habitaciones de que constaba el hotelito.

Subimos por una escalera de mármol, cuya blancura hacía tiempo se había perdido y que contrastaba con la madera del zócalo, que añadía mayor sensación de decadencia. Después de varios recodos oscuros, accedimos al pasillo donde estaban las habitaciones; amplias alcobas de techos altos pero que, en general, parecían limpias y confortables.

El mobiliario de la habitación hacía honor a la época del edificio. Muebles *decó*, sencillos pero bien cuidados, que daban un aspecto acogedor de casa familiar. Aquel sitio invitaba a relajarse y olvidar el estrés del viaje.

Cerré la puerta con pestillo, temiendo que pudieran aparecer más miembros de la familia Petruzzi con algún presente de última hora. Después me desnudé, dejando un reguero de ropa hasta llegar al baño. Mientras el agua caía por mi cuerpo, pensé qué leches hacía yo en aquel sitio en busca de una persona que todavía no había dado señales de vida.

Me enrollé una toalla a la cintura y salí a la alcoba dispuesto a fumarme un cigarrillo. Abrí las contraventanas de madera, cuyo color natural hacía sospechar que acababan de ser lijadas y cepilladas, y decidí asomarme al pequeño balconcito que daba justo a la plaza del pueblo. Hacía una noche tranquila, que me permitió salir semidesnudo mientras me deleitaba aspirando el humo del tabaco. No había nadie por la calle, pero tampoco me importaba mucho que pudieran verme recostado sobre el mirador. Empecé a hacer elucubraciones sobre el estilo de vida de los habitantes de Arborea y sobre las limitaciones de vivir en un sitio tan pequeño y recóndito. No conseguí situar a Paolo en aquel marco, pues lo había conocido en otro contexto más urbano y cosmopolita como Florencia.

Los pensamientos duraron lo que duró el cigarrillo que, rápidamente, arrojé a la calle cuando empezó a quemarme entre los dedos. Entré en la habitación, me despojé de la toalla y comencé a colocar la ropa de la maleta en un armario que me recordaba al de la casa de mis padres, con aquellas volutas imposibles sacadas de la imaginación de un experto ebanista y con la pátina de diversas capas de barniz dadas con primor.

Antes de meterme en la cama, entre sábanas blancas de hilo, cuyo roce hacía tiempo que se había perdido en mi memoria, hice el último intento del día y volví a llamar a Paolo. Necesitaba agotar el último cartucho antes de hacerme a la idea de que, encontrarlo, iba a ser el trabajo más importante de mi vida. Nadie descolgó el teléfono y la evidencia me hizo volver a la realidad.

La última vez que nos vimos solo tuvimos reproches por despedida. Tal vez fui muy duro con él, recriminándole cosas que a lo mejor no podía ofrecerme. No le di elección, pensaba que los plazos se medían con mis tiempos y ahora, más comprensivo, estaba dispuesto a remediar mis equivocaciones. No podía entender por qué me había citado allí, en su pueblo, y ni tan siquiera me cogía el teléfono. Era posible que se tratara de alguna prueba y como tal me lo tomé. Estaba dispuesto a arriesgarlo todo con tal de arreglar aquella situación; Paolo era lo más importante que me había ocurrido e iba a luchar por él.

CAPITULO 2

El despertador de mi móvil sonó implacable a las siete y media de la mañana; había olvidado retrasarlo. Realmente no tenía una hora determinada ni un lugar donde indagar pero, al estar despierto, decidí que había que aprovechar el día; por lo menos me daría una vuelta por la zona.

Bajé al comedor, donde estaban Goretti y su cuñada Valeria preparando los desayunos. Me senté en el mismo sitio donde había cenado la noche anterior. Mientras me servían una taza de café, me levanté al bufé donde tenían una gran jarra de zumo de naranja. Me serví un buen vaso y puse unas rebanadas de pan a tostar para tomarlas con aceite. Así me gustaba empezar el día cuando me lo podía permitir pues, con las prisas diarias, solo tomaba una taza de café mientras salía por la puerta.

Al terminar, me dirigí con rapidez a la puerta del hostel para encenderme un cigarrillo. En ese momento recordé el motivo de mi llegada a Arborea. Debería haber empezado mis pesquisas por los que tenía más a mano, pero me daba un poco de apuro que supieran los verdaderos motivos de mi estancia allí, así que decidí buscar en otro lado, pero ¿dónde?

De pronto se me ocurrió una idea que entonces me pareció brillante. Podría hablar con el sacerdote; él sin duda sabría algo. Los curas de pueblo siempre se enteran de todo y entré en el *Gallo Bianco* para preguntar por él. Gigi me indicó su nombre, Don Silvio Nughedu, que a esas horas podía localizar en la iglesia; era domingo y había servicio de misa. Sin perder ni un segundo me dirigí hacia el templo, justo al lado del hotel.

La iglesia, de estilo indefinible, parecía transportada, piedra a piedra, desde algún valle del Tirol. La fachada no carecía de encanto, por el almohadillado de las piedras que la decoraban y por aquel esbelto campanario en forma de torreón almenado del que sobresalía un segundo cuerpo rematado con un tejadillo rojo. Es lo que tiene el modernismo, que consigue armonizar

los estilos más bizarros con el entorno donde se ubican.

Entré por la puerta principal y aunque no había venido por sus tesoros artísticos, no niego que me decepcionó bastante su decoración anodina y sin personalidad. Acababa de celebrarse la misa y algunos fieles todavía permanecían en la iglesia, por lo que me senté en un banco a la espera de poder hablar con cierta intimidad con el sacerdote, que no tardó en aparecer por la puerta de la sacristía en compañía de un grupo de ancianas con las que departía amablemente. El movimiento de sus brazos y sus expresiones vehementes me dieron a entender que, junto a aquellas mujeres, debía estar preparando alguna celebración. Se le veía bastante perfeccionista y amante del orden, por la paciencia y cuidado con que impartía las instrucciones al beaterío local, pero lo que más me chocó fue su juventud y sus facciones perfectas: alto, moreno, de complexión atlética, con un pelo ensortijado más bien largo y barba de dos días, parecía modelado por el cincel de algún escultor del *cinquecento*. No vestía sotana ni alzacuellos. Una camisa blanca de lino, vaqueros y una pequeña cruz al cuello eran todo su uniforme, aunque me llamó poderosamente la atención un magnífico reloj que lucía en la muñeca, aunque no estaba allí para criticar sus complementos.

Cuando despachó a las mujeres, fue apagando las luces del templo y repasando los lampadarios de las capillas. Al llegar a mi altura se sorprendió por mi presencia y se dirigió a mí. Por un momento me turbé ante aquellos ojos verdes de profundidad diabólica, que resistieron mi mirada durante unos segundos.

—Disculpe señor, vamos a cerrar... —me dijo con amabilidad—. Aunque, si quiere rezar, no tengo inconveniente en que se quede un poco más.

—Gracias, pero no he venido a rezar.

—Entonces, estará haciendo turismo, ¿no?... La verdad es que no hay gran cosa que ver, pero de eso ya se habrá dado cuenta.

—Sí, es una iglesia bastante normal —dije esbozando una leve sonrisa—. Me llamo Andrés Tomás y quisiera hablar con usted. Es el párroco, ¿verdad? —pregunté mientras le tendía la mano.

—No, lo siento —contestó sonriendo—. Mi nombre es Angelo Mani y soy el diácono. Si quiere hablar con Don Silvio, lo acompañaré con mucho gusto, aunque debo advertirle que está un poco mayor y, salvo la misa, del resto me ocupo yo. Si lo desea, puede venir conmigo a las oficinas y allí le atenderé con sumo placer.

—Gracias, no será necesario. He venido para ver si podía ayudarme a localizar a alguien.

—Pues, usted dirá...

—Hace tiempo conocí a una persona en Florencia, Paolo Pierazzuoli... ¿Sabe de quién le hablo?

Su semblante cambió radicalmente y la sonrisa se le esfumó de la cara, dándome a entender que lo conocía.

—Pierazzuoli, sí, claro... Fuimos amigos en la niñez. Estudiamos juntos.

—Verá, necesito encontrarlo. No sé nada de él desde hace mucho tiempo.

—Lo siento, no creo que pueda ayudarle. Hace años que ya no vive aquí —me cortó tajante.

—Recibí una carta suya con una nota citándome en este pueblo y... —le dije mientras se la enseñaba.

—Por el acento parece español, ¿no es así? Debe ser muy importante para usted, si no, no hubiera venido desde tan lejos... Verá, hasta donde sé, Paolo se fue a vivir a Sassari con su hermana, luego ingresó en la academia de los *Carabinieri* para marcharse más tarde a Florencia. Ya no he vuelto a saber nada más de él. Quizá esa nota no sea más que una broma —dijo poniendo una expresión de circunstancias pero, al ver mi cara de decepción, recapacitó y cambió su tono de voz para sorprenderme con una extraña pregunta.

—Señor Tomás, ahora tengo cosas que atender pero, si lo desea, le espero a las doce y media en la puerta de la casa parroquial. Por cierto... ¿juega al tenis?

—Hace tiempo que no, aunque no creo que se me haya olvidado —contesté sorprendido.

—Pues le invito a jugar un partido conmigo y de paso hablamos.

—Le advierto que no he traído raquetas, ni siquiera ropa adecuada...

—No se preocupe, póngase algo cómodo y yo llevaré las raquetas. Iremos al *Country Resort*, un complejo bastante completo que hay en la playa.

—Está bien, seré puntual. En mis circunstancias, no tengo nada mejor que hacer —le dije conformado con lo que me ofrecía.

Amablemente me acompañó hasta la puerta de la iglesia y a mi espalda oí cómo el portón se cerraba con gran estruendo. Por fin tenía algo por dónde empezar, pero temía tener que sincerarme si quería sacar algo en claro. No es que me importara demasiado su opinión, pero tampoco me apetecía dejar la reputación de Paolo por los suelos delante de un antiguo amigo.

Con aquella sensación embarazosa, me dirigí hacia una pequeña terraza situada en la esquina de la plaza. Allí hice tiempo, entre varias cervezas, mientras elucubraba pensando lo raro que resultaba que me hubiera invitado a jugar al tenis. Tal vez sabía demasiado y necesitaba conocerme algo más para contarme cosas importantes o simplemente no tenía con quién hacerlo aunque, visto fríamente, resultaba excitante por lo inesperado.

Tan absorto estaba en mis pensamientos, que por poco llego tarde a mi cita. Regresé al *Gallo Bianco* para recoger algo de ropa y sin tiempo que perder me encaminé a la vicaría, donde el diácono me esperaba montado en su pequeño *Lancia*.

—¿Listo? —me preguntó con una sonrisa.

—Ha sido un poco precipitado, pero sí.

—Ante todo, quisiera disculparme... Ha venido a por información y le he enredado con lo del tenis. La verdad es que no tenía con quién jugar y no me apetecía pelotear solo; reconozco que me ha venido bien. Espero que no se lleve una mala impresión de mí.

—Pero, por favor, tutéame, aunque nos acabemos de conocer.

El diácono sonrió mientras me miraba de arriba abajo. Solo esperaba que no prejuzgara mi aspecto físico tan poco atlético, relamiéndose antes de

cobrarse una victoria fácil.

—Vamos a ver qué sabe hacer un español con la raqueta... —me dijo mientras arrancaba el coche.

—No soy muy bueno, solo me defiendo —le dije disculpando una derrota anunciada.

En cinco minutos llegamos al *resort*. El *Country* estaba en la misma orilla del mar, separado por un extenso bosque de pinos. Contaba con muy buenas instalaciones: canchas de tenis, establos donde practicar equitación y unas amplias piscinas que le daban un aire caribeño.

El improvisado partido resultó decepcionante. En dos breves sets el diácono acabó con las exiguas fuerzas que, el tabaco y los cuarenta años, habían dejado en mi cuerpo. Me rendí sin darle opción para una revancha que me ofrecía con insistencia. A cambio, le invité gustoso a un almuerzo en una de las magníficas terrazas del complejo que se abrían al mar.

Angelo se quitó la camiseta apenas sudada, dejando al descubierto unos bien trabajados abdominales con un pequeño rastro de vello que los hacía más apetecibles. Tuve que reprimirme para no devorar con la vista aquel cuerpo en sacrílego festín. Solo esperaba que no se me notara demasiado mi repentino interés por la anatomía ajena.

Después de una breve pero refrescante ducha, nos dirigimos más relajados hacia una pequeña y apartada mesa donde ordenamos el almuerzo: ensalada y algo de pescado, que nos dieron pie a la conversación.

—Realmente, ¿de qué conoces a Paolo? —me espetó a bocajarro Angelo nada más darle el primer sorbo a la cerveza.

—Verás, conocí a Paolo en una visita a Florencia. Fue en un Congreso de Cartografía Antigua que se realizaba en el *Palazzo Vecchio*. Sin querer tropecé con él. Aquel día estaba de servicio y durante las restantes jornadas tuvimos varios encuentros fortuitos que propiciaron nuestra amistad.

—Y así, sin más, te manda una nota y, sin saber nada, te vienes a Cerdeña en su busca...

Estaba apurado. No sabía cómo continuar a medida que iba acercándose a

la cuestión. Así que decidí sincerarme, desprendiéndome de absurdos tabúes. Como mucho, allí acabaría todo y nuestros caminos acabarían por separarse sin mayor trascendencia.

—No. No fue así... —le dije—. Paolo y yo tuvimos una relación.

—¿Una relación?... ¿De qué tipo? —me dijo expresando una mueca de extrañeza.

—Éramos amantes, aunque eso suene un poco cursi. La palabra correcta es pareja. Sí, éramos pareja.

Para mi sorpresa, después de mi revelación, Angelo se mostró impertérrito. Nada en él delataba asombro, ni siquiera un leve arqueamiento de cejas. Durante unos segundos permanecemos callados mirándonos a los ojos.

—¿No vas a decir nada? —le pregunté, ante lo violento de su silencio.

—¿Qué quieres que diga? Que por fin lo has soltado. No hacía falta ser muy sagaz para darse cuenta de que, bajo tu interés, había algo más que una simple amistad.

—¿Y no te sorprende?

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Hoy en día, una cosa como esa, carece de importancia, aunque sea en este remoto lugar del mundo.

—Bueno, tú eres religioso y no creo que la Iglesia vea con buenos ojos una relación de este tipo.

—Antes que fraile, he sido cocinero... Vivir en un seminario no nos hace necesariamente más tontos. Tengo treinta y cinco años y todavía me considero joven. He visto mundo, tengo amigos...

—Hablas como si tuvieras otra vida fuera.

—¿Ahora quién juzga a quién? Naturalmente, detrás del alzacuello se esconde un hombre como todos, con sus pasiones y deseos... Alguien dijo una vez que hay que ser pecador para conocer el valor de la santidad.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Simplemente que nada es lo que parece... No te conozco demasiado pero, créeme, a lo mejor te dejaste deslumbrar por alguien tan apuesto como

Paolo, con su magnífico uniforme de carabinero. Tampoco es seguro que la nota te la mandara él mismo; tal vez sea una broma de mal gusto, como ya te dije.

—No lo creo. De todas maneras, tengo derecho a equivocarme. En este caso prefiero escarmentar en cabeza propia.

—Tú verás... Es tu vida.

Angelo me estuvo observando detenidamente mientras esbozaba una leve sonrisa; seguramente pensaba que era un ingenuo. Me molestaba aquel aire de superioridad que exhibía ante mí, como los que creen estar en posesión de la verdad absoluta. Al momento, se dio cuenta de que aquellos comentarios estaban fuera de lugar y, de un capotazo, cambió de tercio.

—Disculpa... Quizá sea mejor que te cuente algo más sobre este pueblo, sobre su familia y sobre él. Pero lo haré de camino a un sitio que quiero mostrarte. No está muy lejos y sé que te gustará. Es una magnífica playa llamada *Piscinas*, con unas dunas impresionantes.

Yo no estaba de ánimo para objetar nada a su invitación. No sabía si lo que se traía entre manos iba a servir de algo pero, en aquellos momentos, estaba perdido en una remota aldea de Cerdeña sin mejores perspectivas que seguirle el juego.

Una vez terminamos de comer, nos dirigimos hacia el sur bordeando la costa por una pequeña carretera. Tras cruzar un gran canal, la costa comenzó a parecer más agreste, más prístina, salpicada por pequeños estanques que dejaban entrever lenguas de arena de un blanco exultante que, a esas horas, reflejaban con potencia el sol de la tarde.

Estaba deseando que me fuera desgranando perlas de la vida de Paolo que, para mí, todavía permanecían ocultas, pero no quería parecer impaciente y decidí esperar a que se sintiera cómodo para poder contarme su relato, que había sabido envolver con un halo de misterio.

Después de unos cuantos minutos nos desviamos por un pequeño sendero de tierra que conducía hacía un pequeño montículo. No niego que, por lo apartado del sitio, sentí un poco de miedo; a fin de cuentas no conocía a aquel

tipo de nada, ni sabía dónde estaba, pero su profesión me dio ciertas garantías de que nada malo iba a ocurrirme.

Al bajar del coche, una bocanada de aire fresco nos impactó en la cara y en ese momento sonó su teléfono. Al ver el número se apartó de inmediato. Estuvo un buen rato, brazo en jarra, escuchando lo que parecía un interminable monólogo y, al terminar, empezó a proferir gritos en aquel indescifrable dialecto sardo que solo aquella vez le oí utilizar. Su gesticulación era endiabladamente rápida y, unido a su tono, daba la impresión de estar soltando una gran bronca.

Con un, «*Non mi chiami più! Capito?*», dio por terminada la conversación. Respiró profundamente y se giró hacia donde estaba. Por supuesto, no iba a hacerle ninguna pregunta y él tampoco estaba por la labor de explicarse. Me sonrío y con un gesto de la mano me invitó a dar un paseo hasta asomarnos a un pequeño acantilado. El mar estaba sereno unas horas antes del atardecer, justo cuando el sol iniciaba su camino para sumergirse tras las aguas y la brisa dulcificaba el calor. Angelo me mostró un camino que serpenteaba hasta una cala de fina arena blanca. Bajamos, no sin cierta dificultad, hasta la orilla y una vez allí, el joven diácono se descalzó sentándose frente al mar, tan cerca, que algunas olas luchaban por acariciarle los pies. Yo también me descalcé y me senté a su lado.

—Aquí solíamos venir Paolo y yo algunas tardes...

Aquella revelación me dejó estupefacto. No sabía muy bien qué había querido decir con eso, pero era evidente que se conocían y que habían compartido cierta amistad en el pasado.

—¿Erais muy amigos? —le pregunté con curiosidad.

—Los mejores...

Otro rato de silencio y comprendí que el recuerdo de Paolo no solo me pertenecía a mí. En aquel instante, el rostro turbado de Angelo cambió, mostrándome la mejor de sus caras.

—¿Te apetece bañarte? —me preguntó exhibiendo una sonrisa de golfo.

—No he traído bañador... —contesté entre apocado y sorprendido ante lo

inesperado de la sugerencia.

—¿No te has bañado nunca desnudo?

—Sí, claro, muchas veces...

En ese momento recordé ciertas playas de Valencia que había frecuentado tanto que, a lo sumo, solo me compré un bañador en diez años. El último verano había estado con Paolo y aquellas imágenes vinieron a mi mente como un recuerdo vívido y poderoso.

*

Agosto es el mes cálido por excelencia en Valencia, con frecuencia azotada por vientos de poniente que resecan de tal manera el ambiente que hasta se parten las piedras, según reza un dicho popular. La playa es el único espacio para escapar del rigor de la canícula pues, solo allí, en la pequeña franja de la orilla, la brisa mitiga el bochorno.

En una de sus intermitentes escapadas, Paolo y yo nos acercamos hasta las inmediaciones de *La Casa Negra*, un antiguo caserío de pescadores reconvertido en restaurante, en el que se elaboran las mejores paellas de la ciudad. Alrededor de ella proliferaban pequeños y destartalados chiringuitos de cañizo, donde la mugre convertía en más ricos los platos que se servían en ellos. Uno de aquellos sitios era *La Sepia*, regentada por una jovencita llamada Silvia, cuya familia prácticamente vivía en aquel chamizo durante los meses de verano. Ella, con su mandil lleno de salpicaduras de aceite y pepitas de tomate a punto de germinar, atendía aquella terraza desde pequeña. Yo no tuve mejor idea que traer a Paolo hasta allí, para que conociera uno de los sitios más singulares de la zona.

Era una playa nudista frecuentada por todo tipo de pintorescos personajes: casi todos los gais de la zona, travestis que mostraban impúdicos sus atributos, una pareja de *choris* conocidos por mangar artículos en *El Corte Inglés* y que todos mirábamos de reojo apretando bien las carteras y, por último, aunque no

menos importante, una fauna de pajilleros que se masturbaban observando a las mujeres desnudas y que acababan por darse a la fuga cuando estas les lanzaban improperios y alguna que otra piedra.

Nosotros, desnudos, solíamos recostarnos sobre una duna para tomar el sol, mientras observábamos divertidos el trasiego de la gente que solía ir de «cacería» por los cañaverales adyacentes.

*

Angelo se desnudó sin pensarlo dos veces, invitándome a hacer lo mismo. Mientras él corría hacia la orilla lo observé a contraluz. Me pareció un ser precioso, como aquellos héroes de la mitología griega nacidos de la espuma del mar. Yo hice lo propio y, con paso calmado, ya despojado de cualquier atadura, me sentí libre. Me zambullí en el mar, donde Angelo chapoteaba. Jugamos como niños lanzándonos agua, dejándonos llevar mientras flotábamos en aquellas aguas cálidas y transparentes. De repente, dejamos de luchar contra las olas, que no tardaron en devolvernos a la orilla. Allí, inmóviles y salpicados por la espuma que nos llenaba la cara de salitre, nos miramos a los ojos. No recuerdo cuánto tiempo mantuvimos fija la mirada el uno en el otro, ni que mano se acercó antes para abrazarnos hasta unirnos en un beso.

No sé qué clase de locura me invadió, incitándome a recorrer con lujuria todos los rincones de su cuerpo. Mi lengua voraz lamió su oreja y, pasándola por el cuello, llegué a sus pezones que mordisqueé haciéndole gritar. Mis labios, llenos de sal, fueron jugando con su ombligo hasta deslizarse más abajo. Su miembro lucía erecto, potente y no tuve que pensarlo dos veces para introducirlo en mi boca, moviendo los labios hasta hacerle gemir de placer. Yo estaba loco de lujuria y en aquel momento se esfumaron todas mis preocupaciones, dejándome llevar hasta el final. Angelo me apartó para darse la vuelta. Él medía los tiempos, mientras yo era incapaz de pensar. Quería que lo penetrase y mi pene, a punto de estallar, estaba de acuerdo. Nos fundimos

en uno solo cuando, sin mediar palabra, lo embestí por detrás con todas mis fuerzas. No me fue difícil, él estaba abierto deseando recibirme y no tuve que esforzarme demasiado hasta que nos corrimos juntos.

Después de un momento de reposo, donde mi mente dejó de pertenecerme hasta recobrar el sentido, intentamos limpiarnos como pudimos, pero la arena, adherida a nuestros cuerpos, solo nos recordaba que la historia había cambiado. No dijimos nada mientras nos vestimos; no hacía falta. Como pudimos, subimos por aquel sendero tortuoso hasta alcanzar el coche donde intentamos quitarnos los últimos restos de arena en los pies. Nadie abría la boca y aquel silencio estaba a punto de volverme loco, así que tuve que decir algo para romper aquel momento tan embarazoso.

—¿Estás bien, Angelo? —fue lo primero que se me ocurrió.

—Sí.

—Eres un poco escueto... Dime algo.

—¿Qué quieres que te diga? Si piensas que estoy mal por haber hecho el amor contigo, te equivocas...

Yo, en cambio, no podía aclarar mis sentimientos. Había llegado a Cerdeña en busca de Paolo y ahora acababa de follar con un extraño al que apenas conocía. El hecho de que Angelo fuera religioso me confundía, al igual que su aparente falta de culpa y aquello, en cierta manera, hacía que me sintiera peor.

—Yo tampoco me arrepiento —le dije en un vano intento de librarme de los prejuicios que inevitablemente acabaría por salir a flote de un momento a otro—. Eres una persona especial y simplemente nos hemos dejado llevar... —atiné a decir.

—Esto mismo ya me pasó con Paolo... —Volvió a soltar una de sus perlas de información que acabaron por rematarme.

Aquello me dejó impactado; no por esperado fue menos sorprendente. Yo no podía dejar que fuera dosificándome la información; debía averiguar toda la verdad.

—Por Dios, Angelo. ¿Qué misterio hay alrededor de la vida de Paolo? Necesito saber por qué me mandó esa nota; por qué quería que viniera a

Arborea y por qué ahora está como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Demasiadas preguntas... Estoy cansado y necesito dormir. Te ruego que no me preguntes nada más. Mañana, si quieres, podemos vernos y te juro que te contaré todo lo que sé.

—Tal vez tengas razón... —dije dándome por vencido—. Han sucedido demasiadas cosas en un solo día para poder asimilarlas. Yo también tengo ganas de descansar... Volvamos a casa.

La vuelta se nos hizo demasiado larga, con la única compañía de un silencio cortante. Angelo me acercó hasta la puerta del *Gallo Bianco* y yo dejé en sus manos una nota con mi número de teléfono, apuntado con prisas en el primer papel que encontré en mi cartera.

—Lláname, por favor. Es muy importante para mí —le dije.

—Lo sé —me contestó—. No te preocupes, mañana te diré lo que necesitas saber de Paolo.

Cuando arrancó el coche, no me volví para despedirme. En ese momento solo pensaba en llegar a mi habitación para tumbarme en la cama; estaba hecho un lío.

Franco estaba de guardia en el hostel y con una pequeña mueca que simulaba una sonrisa me entregó la llave de la habitación. Sin ser consciente de cómo subí las escaleras, me vi debajo de la ducha. El agua me salvó de volverme loco.

¿Qué clase de chaladura se había apoderado de mí nada más llegar a Arborea? ¿Qué tenían aquellos ojos verdes para haberme hechizado tan rápidamente, consiguiendo hacerme olvidar a la persona que me había traído hasta aquí? No, ahora no podía pensar con claridad y me arrojé entre las sábanas para intentar quedarme dormido sin que los remordimientos se apoderaran de mí. Realmente, mañana sería otro día.

CAPITULO 3

El sol asomaba tímido a través de los visillos de la habitación y sentí como si hubiera dormido una eternidad. Mis músculos estaban entumecidos por no haber cambiado de postura desde que me tendí en la cama pero, gracias a Dios, ya no sentía ni el menor atisbo de culpabilidad.

Me vestí con lo primero que encontré. El apetito no saciado con la inexistente cena se abría paso en mi mente como un caballo desbocado y bajé las escaleras de dos en dos, apareciendo en el comedor con una sonrisa en el semblante. Al momento apareció Valeria dispuesta a satisfacer la más primaria de mis pulsiones: el hambre.

—*Buongiorno, Signore Tomás* —dijo Valeria, mientras me acercaba el café—. Se le ve muy contento esta mañana. ¿Ha dormido bien?

—Sí, Valeria. Hoy me siento descansado y de buen humor.

Una vez cumplí con la cortesía de rigor, me dirigí al *bufé*, donde el desayuno me esperaba en forma de múltiples viandas dispuestas a saciar mi apetito: deliciosos salamis y jamón de Parma; exquisitos quesos sardos y *ricotta*; bollos y panes caseros recién horneados y los refrescantes zumos de naranja y pomelo. Mientras los saboreaba, pensé cómo podría aprovechar aquella mañana tan maravillosa. Valeria llevaba varios ejemplares de diarios nacionales y me los ofreció.

—¿Quiere leer el periódico?

—No, gracias. No quiero que ninguna mala noticia empañe esta mañana estupenda, pero lo que sí me gustaría es dar una vuelta para conocer más a fondo el pueblo. ¿Por dónde podría empezar?

—Arborea no es muy grande, pero seguro que encuentra cosas interesantes. Le diré a Gigi que le facilite un folleto turístico con los principales atractivos de la zona.

—Gracias, Valeria, seguro que me será muy útil.

Una vez satisfecho, salí a la puerta para fumar mi cigarrillo matutino. Gigi me acercó el folleto que leí con interés; había más cosas de las que sospechaba en aquella villa pintoresca. Cuando acabé el repaso de la guía y el segundo cigarrillo, me encaminé a la plaza y al ver de nuevo la iglesia, vino a mi mente el recuerdo del día anterior. Me apetecía enormemente volver a ver a Angelo, saber cómo lo había tratado la noche y, sobre todo, averiguar si tendría ganas de hablar conmigo como yo con él. Así que hice votos para que se decidiera a hacerlo pronto.

Intenté distraer mis pensamientos con el plan que me había trazado, disponiéndome a recorrer los principales atractivos del pueblo. Me puse a ello y lo primero que hice fue callejear por los alrededores, siguiendo las rutas que aconsejaba la guía, estructurada por estilos arquitectónicos.

Arborea era una población de aproximadamente cuatro mil habitantes. Su casco principal estaba formado por casas independientes, cosa que le daba un aspecto de zona residencial. Imaginé que, con el paso del tiempo y unas mayores rentas, lo que en principio serían pequeñas casas de agricultores, se convirtieron en magníficos chalés rodeados de cuidados jardines.

A grandes rasgos, los edificios singulares seguían el mismo patrón arquitectónico, en un estilo que allí llamaban *liberty* y que nosotros calificaríamos como modernista o *decó*. La mayoría pintados de un tono amarillento, que contrastaba con el gris de las molduras hechas de cemento o piedra simulando un almohadillado. Por otro lado, se encontraban las construcciones que se podían calificar como de estilo fascista-racionalista. Había que reconocer que el fascismo dejó una huella indeleble en aquella población, a tenor de la gran cantidad de edificios con su impronta. Por último, pude visitar unas edificaciones hidráulicas de estilo modernista llamadas *idrovoras*: la de Luri y la de Sassu. Servían como motores de agua para distribuirla entre los innumerables campos de cultivo de la zona y también para drenar la antigua zona pantanosa. Para visitarlas tuve que coger el coche, pues se encontraban a unos cuantos kilómetros de distancia, en medio de las innumerables aldeas que constituían el extrarradio de aquella pequeña

población.

Entre los suburbios había un sinfín de granjas y explotaciones agrarias. Aquel terreno era de excelente calidad y su irrigación óptima. La escasez de arbolado se había solucionado plantando especies alóctonas como el omnipresente eucalipto, que servía, la mayoría de las veces, como separación entre campos. Afortunadamente, todavía persistían los pinos en la estrecha franja arenosa costera, confiriéndole un aspecto mucho más agreste.

El sol estaba ya en lo más alto y difundía su calor con prodigalidad, así que decidí que era un buen momento para volver al centro y tomar una de mis dosis. Busqué un bar cercano que estuviera sombreado para beber una cerveza bien fría en la terraza. Llevaba pocas horas allí pero, sorprendentemente, me sentía a gusto en aquel pueblo, tanto, que parecía llevar toda una vida viviendo en él. El camarero, atento, me iba ofreciendo pequeños cuencos con toda clase de aperitivos, que devoré sin pensar. Mientras bebía el último sorbo de la jarrita de cerveza sonó mi teléfono; casi me atraganto y ni tan siquiera había mirado quién me llamaba.

—¿Diga? —pregunté.

—Hola, Andrés, ¿cómo estás? ¿Pensabas que ya no iba a llamarte? —me preguntó Angelo ante mi tardanza en responder.

Reconocí su voz cálida y un nudo me atenazó el estómago. Con un pequeño gesto pedí una nueva jarra de cereza para aliviar el susto de tener al otro lado el causante de mi inquietud.

—Hola, Angelo —me atreví a decir por fin—. La verdad es que temía que ya no lo hicieras... Ahora estoy tomando una cerveza, ¿te apetecería acompañarme?

—Gracias —dijo riendo—, pero no puedo, aunque me gustaría seguir con la conversación que dejamos pendiente.

—¡Claro, claro! —contesté con voz entrecortada— ¿Quedamos entonces para comer?

—Lo siento, pero hoy tengo que estar con Don Silvio. Entre semana almorzamos juntos y tratamos temas de la parroquia, pero podemos vernos

luego, cuando caiga un poco el sol.

—Entonces, ¿estarás libre para cenar? —le sugerí temiendo que fuera a rechazar la invitación.

—¡Buena idea! Te llevaré a un sitio típico de la zona. Se come bien y seguro que te encantará. Está en Oristano, muy cerca de aquí.

—Sin problemas... ¿A qué hora quedamos? ¿A las siete te viene bien?

—Perfecto. Te recojo en la puerta del *Gallo Bianco*.

—Entonces, hasta la tarde... No sé si podré esperar.

—Seguro que puedes... —me contestó riendo con ironía.

Por primera vez sentía las típicas mariposas en el estómago. Sabía que aquello no estaba bien, que eran los signos inequívocos del enamoramiento, pero no quería pensar en ello, me bastaba con sentir aquella emoción que me invadía y que, de cuando en cuando, me cortaba la respiración, haciendo que suspirara.

Después de comer se hizo inevitable la siesta en mi habitación, aunque no conseguí cerrar los ojos, como si me hubiera tomado un chute de cafeína pura. Una brisa fresca se coló por la ventana jugando con los visillos antes de recorrer mi cuerpo que se tendía desnudo encima de la cama y dejé volar mi imaginación que siempre volvía, una y otra vez, al momento en que conocí con intimidad a Angelo en aquella playa de *Piscinas*. Al sonar la alarma de mi móvil, justo una hora antes de mi cita, me lancé a la ducha. Esta era una ocasión especial, así que me puse mis mejores galas y me lancé a la calle.

Siete menos cuarto y ya montaba guardia en la puerta cigarrillo en ristre, echando humo compulsivamente para enmascarar mi nerviosismo mientras miraba constantemente la hora.

Con puntualidad británica apareció el pequeño *Lancia* verde de Angelo, que me regaló una gran sonrisa desde el volante de su vehículo. Subí decidido y le di dos palmadas en la pierna a falta de poder darle un beso, que era lo que me pedía el cuerpo.

—Tenía muchas ganas de verte... —le dije, poniendo cara de borrego

degollado.

—Yo también... ¿Preparado para saber cosas de tu novio?

—¡Dispara! —le dije, aunque no sabía si en realidad estaba dispuesto para ello o quizá estaba más interesado en otro tipo de descubrimientos.

—No sé si Paolo te contó cosas de su familia... —me dijo dando por supuesto que desconocería gran parte de su vida—. Su abuelo fue un abogado muy influyente de Cagliari y junto a otros personajes altruistas de finales del XIX, fundaron la *Società Bonifiche Sarde* para reactivar la economía de la isla, principalmente en lo concerniente a la agricultura. Adquirieron tierras en esta zona, desecaron lagunas y las transformaron en regadío productivo. Al llegar el fascismo, la pequeña aldea que nació de este proyecto se transformó en la típica colonia agrícola que servía de propaganda a la dictadura, siendo bautizada como *Mussolinia di Sardegna*, a mayor gloria del *Duce*.

—Sí, ya me he dado cuenta de la impronta fascista en el pueblo. Hoy precisamente he dado una vuelta turística.

—El padre de Paolo se formó en este ambiente. Pasó de terrateniente a cacique en una evolución para nada traumática. Eran los amos, independientemente del régimen que les sirviera de marco para seguir imponiendo su poder. Después de la guerra se cambió el nombre del pueblo, pasando a denominarse Arborea, en honor del pequeño reino sardo medieval del mismo nombre y, entonces, la camaleónica familia Pierazzuoli se reconvirtió al republicanismo de la mano de la *Democrazia Cristiana*, aunque no del todo.

—Menuda pieza, el padre de Paolo... Resulta que tengo un «suegro» fascista y yo sin enterarme. ¡Cuánto me gustaría poder hablar con él!

—Andrés, no me interrumpas que pierdo el hilo... —me recriminó por aquel inciso—. Con el paso del tiempo, la agricultura dejó de tener la importancia de los primeros años. Los habitantes de la región complementaban sus ingresos con otros procedentes del contrabando, primero del tabaco y progresivamente de otras sustancias de mayor valor añadido. El poder sustentado sobre los pilares de la agricultura se tambaleó y aunque durante un

tiempo pudieron paralizar proyectos para industrializar la zona, el tiempo del caciquismo llegó a su fin. Se rumoreó que el padre de Paolo, junto con otros ciudadanos «decentes» de la zona, fundaron una sociedad secreta llamada *Giudici di Arborea*, que se dedicaba a «limpiar» la región de aquellos indeseables que amenazaban la influencia que todavía disfrutaban. El blanco de sus ataques era principalmente sindicalistas, contrabandistas y todos aquellos que consideraban escoria: borrachos, mendigos y también maricones... Nunca se ha demostrado nada, ni tampoco ha trascendido jamás, gracias a la *omertà* que impera entre los habitantes de Arborea.

—¡Menudo disgusto para su padre! Su único hijo varón y le sale gay... Ahora empiezo a entender un poco más por lo que debió de pasar Paolo.

—En ese ambiente creció, predestinado a heredar aquel legado que pesaba como una losa y que carecía de sentido en un mundo que giraba a más revoluciones que los viejos discos que todavía se ponían en el casino del pueblo. Cerdeña estaba por fin en el mapa y el turismo empezaba a llegar a la isla, abriendo la mentalidad de sus habitantes. La tradicional hospitalidad sarda iba dejando obsoletos aquellos vestigios de un régimen totalitario que era ajeno a la historia cosmopolita de Italia.

—Uf, creo que he recibido una sobredosis de información. Nunca imaginé el ambiente donde se crio Paolo.

—Cerdeña es una aldea. Imagínate un pueblo como Arborea, donde todo se sabe y las familias se conocen desde generaciones. Paolo y yo crecimos aquí y estudiamos la secundaria en un instituto religioso de Oristano. Nos conocíamos muy bien y surgió lo que tenía que surgir entre dos personas que tenían las mismas inclinaciones... Lo que al principio era un simple juego de niños, al alcanzar la madurez, se fue convirtiendo en una relación que despertaba sospechas. Mis padres nunca dieron pábulo a las habladurías, pero la familia Pierazzuoli lo tomó como un drama personal, haciendo vivir a Paolo un verdadero infierno de humillaciones. Yo fui invitado a continuar mis estudios en el Seminario Diocesano de Oristano con las mejores referencias posibles. Todos confiaban en que sería un buen sacerdote, y quién sabe si un

gran obispo. Incluso a mí me pareció una buena idea entonces, pero hoy no estaría tan seguro. De hecho, no he querido ordenarme y permanezco temporalmente en el diaconado mientras medito la posibilidad de abandonar definitivamente la vida religiosa o continuar en ella con todas las consecuencias.

—¿Y qué fue de Paolo?

—Se matriculó en la Universidad; su padre quería hacer de él un ingeniero que llevara las tierras pero, cuando el ambiente familiar se hizo opresivo y las broncas tan frecuentes, se marchó a Sassari con su hermana Luciana, abandonando sus estudios. Decían que ella estuvo a punto de profesar en un convento y en vez de hacerlo se la jugó al tirano de su padre comprándose un piso con la sustanciosa dote que le había asignado su padre. Aquella afrenta nunca se la perdonaron y durante un tiempo corrieron rumores sobre su vida disoluta: amantes, drogas... hasta llegaron a sacarle un apodo, La monja alegre, aunque aquello solo eran infundios, fruto de mentes calenturientas. La verdad es que vivía modestamente de su trabajo como secretaria en un despacho de abogados y el único hombre que entró en la casa fue su hermano mientras vivió con ella.

—¡Menudo dramón! Parece sacado de una película de neorrealismo italiano...

—No te quepa la menor duda... Los primeros meses de Paolo en Sassari fueron de total liberación. Yo todavía me carteaba con él y sabía que había empezado a frecuentar locales de ambiente donde debía triunfar más de lo que llegaba a reconocer. Supongo que sería la novedad pero, más adelante, su hermana debió de ponerle las peras al cuarto y le hizo reflexionar sobre la necesidad de encarrilar su vida. Paolo siempre había sido un chico ágil y atlético, así que decidió ingresar en los *Carabinieri*. Pasó un año en la academia de Benevento, para luego hacer los estudios de suboficial en Florencia y ya se quedó allí. Es lo último que sabía hasta que llegaste preguntando por él.

—Menuda capacidad de síntesis tienes para resumir treinta y cinco años de

vida... Y yo sin saber estas cosas. Paolo es muy hermético y nunca quise atosigarle para que me contase cosas de su vida anterior a conocernos... Y así me fue. No me extraña que acabáramos discutiendo. Si llego a saber esto, todo hubiera sido muy diferente.

—Ya conoces un poco mejor a Paolo ¿Qué te parece ahora? —me preguntó en tono sarcástico, esgrimiendo una sonrisita maquiavélica.

—Estoy hecho un lío pero, dime... ¿estuviste muy enamorado de Paolo?

—La verdad es que sí y luché con todas mis fuerzas para no perderlo, un poco como tú ahora, por eso me siento tan identificado contigo. Le pedí que nos marcháramos juntos a la península para empezar una nueva vida, pero todo fue en vano. Éramos muy jóvenes y Paolo había tirado la toalla, no podía luchar contra su padre, por eso acepté marcharme al seminario. Luego, cuando él se fue a Sassari, ya era demasiado tarde para los dos. Nuestras vidas habían tomado rumbos distintos y él necesitaba explorar sin ataduras su tendencia sexual; bastante atado había estado ya con su padre. Yo hubiera renunciado a todo por él, pero me vi incapacitado para hacerle cambiar de idea. Llegué a plantearle vivir en pareja, pero jamás se decidió. Quería tenerme allí, a su lado, pero no se atrevía a dar el paso. Al final, me armé de valor y fui yo quién lo desengañó definitivamente. Le demostré que podía ser tan «puta» como los demás y acabé por hacerle tanto daño que no volvimos a vernos más. Nos queríamos, pero estábamos predestinados a no poder vivir juntos. Todo se torció desde el principio.

—Es una historia un poco dura, pero no puedo decir que lo sienta. Si no hubiera sido así, no habría conocido a Paolo... y tampoco a ti.

—Sí, claro, jugarretas del destino... Por cierto, ya estamos llegando a Oristano. Te voy a llevar a uno de los mejores restaurantes de toda la ciudad, *Blaò*.

Era un edificio blanco originario del siglo XVIII. Había sido en sus orígenes un almacén de grano y fue reconstruido en el estilo *liberty* que tanto imperaba en aquella parte de la isla. En el interior, toda su planta baja estaba decorada con ladrillo a la vista y dividida en distintas salas abovedadas que

daban un aire intimista al comedor. La mantelería blanca y el aparente gusto de la decoración denotaban su clase.

Angelo habló amigablemente con el camarero, al que parecía conocer bien, y después de un intercambio de abrazos, me lo presentó. Fabio, impecablemente vestido con aquella casaca negra de cuello Mao, ribeteada de rojo y un mandil también negro que le llegaba hasta los pies, me saludó con cortesía.

—Andrés, quiero presentarte a Fabio Dalmasso, un gran amigo y un gran profesional de la hostelería.

—No le haga caso. Exagera un poco... —me dijo el muchacho mientras se le subía el rubor a las mejillas—. Encantado de conocerlo. Si necesita algo, ya sabe dónde encontrarme.

—Un placer, Fabio... Por cierto, aquí dentro hace muchísimo calor ¿Te importaría acomodarnos en la terraza? —le dije para aliviar el sofoco que me provocaba exhibirme sin recato con Angelo en un terreno tan familiar para él.

—Sin ningún problema... Ahora mismo os busco una mesa y si no, os la monto en un periquete.

Un magnífico patio de estilo inglés se abrió ante nosotros. Pequeñas mesas presididas por la luz titilante de las velas se esparcían por un césped recién cortado, que añadía aromas de hierba fresca al ambiente ya selecto del lugar.

Fabio se apresuró a tomarnos nota. Mientras yo me decantaba por una *Pasta al Cannorau*, Angelo prefirió el *Filetto di Manzo al Pepe verde*. Como entrantes, nos sugirió la *Bottarga con cudité* y la *Cocote de Pecorino fondente*, toda una exquisitez. A mí me iban especialmente los vinos frescos y afrutados, pero Angelo se decidió por un contundente *Isola de Nuraghi*, presumiendo de entendido en vinos.

La velada transcurría perfecta y Angelo me hacía sentir cómodo, así que decidí sincerarme y contarle aspectos de mi vida. Angelo me miraba con atención desde la profundidad de sus ojos verdes. Una velada sonrisa se dibujaba desde la mano en la que apoyaba su rostro. Con la otra, sostenía la copa a la que daba pequeños sorbos mientras me dejaba hablar. Entonces le

relaté cómo conocí a Paolo durante una breve estancia en Florencia.

*

Al doblar la esquina, apareció la plaza como envuelta en lo que me pareció una atmósfera casi mágica. No era la primera vez que salía al extranjero y ni siquiera París me pareció una ciudad tan singular. Florencia es una de esas ciudades que te marcan para siempre. Fue como una regresión hacia los albores del Renacimiento, pero sin dejar de sentirse como en casa; nunca volví a tener esa sensación por muchos viajes que hice.

Ante nosotros se abría la *Signoria* y un nudo se apoderó de mi garganta. Comprendí lo que Stendhal debió sentir al contemplar aquellas maravillas y el sobrecogimiento que suponía no poder abarcar tanto arte con los ojos. Tardé varios minutos en poder fijar mi atención en una escultura y pasar alternativamente a otra sin dejar de lado los edificios que les servían como fondo.

Nos dirigimos hacia la *Loggia*, donde varias esculturas pugnaban por ser el centro de atención de los cientos de turistas que abarrotaban la plaza. Era imposible buscar una perspectiva que las recogiera en toda su plenitud.

Una vez repuesto, volví a sucumbir con la visión del *Palazzo Vecchio* y de su inmensa torre que, como una flecha, señalaba la pujanza de aquella ciudad que asombró al mundo. Antes de entrar en la callejuela porticada de los Uffizi, me quedé absorto observando un grupo de carabinieri que tomaban el sol mientras departían amigablemente apoyados en un coche oficial. Ninguno hacía honor a lo que se suele comentar de ellos, excepto uno que, con los brazos cruzados, llevaba un uniforme diferente a los demás. Era alto y rubio, con una gran nariz que sobresalía de la gorra de plato calada hasta los ojos y unos gruesos labios que ennoblecían su rostro. Su figura arrogante casi pasó desapercibida al ver sus pantalones ajustados, evidenciando lo abultado de sus atributos. Rápidamente tomé una foto del grupo para inmortalizar aquel

adonis que rivalizaba con las esculturas de la plaza. Los carabinieri se dieron cuenta pero, acostumbrados a ser un atractivo turístico más, no rechazaron la instantánea. Comentando entre ellos, se rieron con ganas, seguramente burlándose de mí, aunque a mí me daba igual. Me sentía contento; había conseguido el *souvenir* máspreciado que podría exhibir sin recato ante mis amigos más íntimos.

El resto de la mañana transcurrió en los *Uffizi*, entre impresionantes cuadros de Boticelli, Leonardo, Miguel Ángel o Rafael. Más tarde salimos del museo por la parte que daba al río, descubriendo un Arno bellissimo que, cómo no, fue la excusa para hacerse la típica fotografía con un impresionante *Ponte Vecchio* como telón de fondo.

Por la tarde se inauguraba el Congreso Internacional de Cartografía Antigua en el Salón de los Quinientos del *Palazzo Vecchio*, ese fue el motivo de mi visita a Florencia. El interior del palacio me fascinó, sobre todo al llegar al gran salón donde se realizaban las charlas. Allí estaban los enormes frescos de Vasari, de factura magistral y cuyas paredes anteriormente alojaron las ya perdidas obras de Miguel Ángel, *La Batalla de Cascina*, y Leonardo, *La Batalla de Anghiari*. Cuenta la leyenda, y las últimas investigaciones científicas parecen corroborarlo que, en el momento en que se le encargó a Vasari cubrir con su fresco la admirada y fallida obra del maestro Leonardo, este no se atrevió a perpetrar tamaño sacrilegio y preservó el fresco de aquel genio, cubriéndolo con otra capa de estuco, para que no se perdiera para siempre.

Así de entusiasmado estaba, intentando imaginar el fresco de Da Vinci cuando, retrocediendo de espaldas para abarcar la obra en toda su extensión, tropecé con alguien, cayendo al suelo de bruces de la manera más tonta y en una postura para nada decorosa. Intenté levantarme como pude, ante las miradas incrédulas de mis colegas y el cachondeo generalizado. Unas manos fuertes me ayudaron, quedando de rodillas delante de un impresionante abultamiento. Mi rubor no me impidió levantar la vista para ver al propietario de tan artístico paquete uniformado. No podía ser... Era él, el carabiniere que

había fotografiado por la mañana y que estaba de servicio en aquel evento a punto de inaugurarse. Su sonrisa, forzosamente sujeta y sus ojos claros, envueltos en una tupida y larga fila de pestañas, se me grabaron en la retina. Me ayudó a levantarme con delicadeza y con toda amabilidad me preguntó.

—Disculpe, caballero ¿Puedo ayudarle?

—No, no, gracias —contesté muerto de la vergüenza.

Me dirigí hacia mi sitio, sintiéndome observado por toda la concurrencia. En pocos instantes, el Ministro de Instrucción Pública italiano hizo su entrada en la sala, dando por inaugurado el congreso con un breve discurso. Durante las siguientes intervenciones, mi vista ya no pudo fijarse en la mesa presidencial; sin querer, los ojos se iban hacia la puerta para ver a mi adonis particular.

Cuando regresé al hotel, no podía quitármelo de la cabeza, aunque mi sentido común me decía que aquel soberbio militar no era un manjar a mi alcance. Seguramente estaría casado y, aunque así no fuese, probablemente no lo volvería a ver jamás.

Había acudido al congreso con Maite que, aparte de colega, era mi confidente. Fui la comidilla de todo el evento y tampoco a ella se le había pasado mi caída y mis constantes distracciones.

—Vaya actuación la tuya y eso que todavía no has leído tu ponencia... —No paró de fustigarme recriminando mi falta de profesionalidad—. No te has tragado al carabinero de puro milagro, aunque luego te lo hayas comido con la vista. Tenerte al lado es todo un compromiso. No sé qué van a pensar nuestros colegas...

—¡Qué quieres que haga! —contesté soltando un suspiro de honda admiración—. Uno no tropieza con una belleza así todos los días. Lo malo es que mañana ya no estará... En fin, ¡resignación!

—Pues eso, resignación. Ya encontrarás algo similar en España si tanto te gustan los uniformes.

—Sí, un Guardia Civil —dije, echándome a reír.

—Bueno, para que te vayas centrando y se te esfume la melancolía, te

invito a cenar. Vamos a buscar un sitio bonito donde sirvan un buen plato de pasta.

Tuve que darle la razón haciendo un ejercicio de conformismo y salimos a callejear, aunque no nos convenció nada de lo que vimos. Al pasar cerca de *Santa Maria Novella*, vimos una pizzería llena de italianos y presupusimos que servirían comida casera a buen precio; no nos equivocamos. Entramos en la *Dantesca* y, Daniella, su despampanante propietaria, nos intentó acomodar lo mejor que pudo en aquel local abarrotado. La casualidad quiso que en la mesa contigua estuviera el carabinero *paquetero*, cenando animadamente con unos amigos.

No podía creerlo. Esto no podía ser cosa del azar, tenía que ser fruto del destino. Aunque al principio dudé al verlo sin uniforme, allí estaba, vestido de manera informal: un vaquero desgastado y una camisa blanca que todavía remarcaba más su tez morena, su pelo rubio, la larga y afilada nariz y sus sabrosos labios. Al vernos se levantó tan sorprendido como nosotros y se presentó.

—Hola, me llamo Paolo —dijo tendiéndome la mano y besando delicadamente a Maite en la cara—. Nos hemos conocido en el congreso —indicó oportunamente, como si yo no lo supiera de sobras—. Usted se ha caído y... Ha sido muy gracioso.

—Sí, he tenido una gran «estreno» —dije entre ruborizado y encantado de no haber pasado desapercibido para él—. Me llamo Andrés Tomás y esta es mi compañera, Maite Centelles.

Él nos presentó a sus amigos que, por las pintas, no parecían italianos y, después de los saludos, nos sentamos en nuestra mesa. Ellos ya estaban terminando, así que declinaron nuestro ofrecimiento de sentarse con nosotros, aunque lo pospusieron para el café.

Prácticamente no probé bocado durante la cena, distraído como estaba y más pendiente de las conversaciones ajenas que de mi propio plato. También Maite se sentía intrigada por aquel grupo de fornidos hombretones, aunque no consiguió captar nada de su amena tertulia que discurría entre un inglés

americano y algún dialecto italiano.

Después de cenar, los amigos de Paolo se despidieron educadamente, así que el carabinero se vino con nosotros para tomar el prometido café y algún que otro *limoncello* que cayó después a insistencia mía. Comentamos a qué nos dedicábamos y de qué ciudad proveníamos. Paolo conocía poco de España. Había estado en dos ocasiones: una en Barcelona y otra en Ibiza. Nos comentó que era de origen sardo, de un pequeño pueblo llamado Arborea, que a mí me sonó a un exótico paraíso terrenal. Estaba tan entusiasmado que no me daba cuenta de cómo lo estaba devorando con los ojos y Maite, más atenta, me golpeaba con la pierna para que volviera a la realidad.

Llegó el momento tan temido de marcharse, pero ahí Paolo estuvo al quite con una salida magistral.

—¿Conocéis el *Porcello*? —nos preguntó ante nuestra cara de desconcierto.

—¿El *Porcello*? —contestamos a una.

—Sí. Es una fuente de bronce con forma de jabalí, que todo turista debe tocar para poder volver a Florencia. No está lejos de aquí y seguro que os gusta.

A Maite le divertían aquellos tópicos para turistas y no tardó en achucharnos para que fuéramos acompañados por aquel cicerone de lujo, aunque todavía estábamos por descubrir por cuál de los dos estaría más interesado.

Cuando llegamos a la *Loggia del Mercato Nuovo*, vimos aquella graciosa escultura con el belfo brillante por el desgaste de tantas manos que frotaban con denuedo el morro del puerco. Paolo nos indicó que debíamos colocar una moneda en el hocico y dejarla caer. Si atinábamos en el desagüe, significaba una vuelta segura a la capital toscana. Maite probó la primera, con tan mala fortuna que la moneda rebotó fuera, mientras, mi moneda se colaba sin remedio en el agujero y como si fuéramos niños, saltamos entusiasmados abrazándonos. Esa fue la primera vez que toqué a Paolo.

Una vez terminamos con aquella ceremonia solo apta para turistas, nos

dirigimos a nuestro hotel. Entonces Paolo volvió a estar oportuno; se le notaba a gusto y no quería dar por finalizada aquella velada.

—¿Os apetece tomar una copa en mi casa? —preguntó con cara de pillo.

—Uf, yo estoy demasiado cansada y prefiero acostarme... —contestó Maite, dándome la oportunidad de poder estar a solas con él.

—Yo no estoy cansado —dije sin pensar—. Si quieres, no tengo inconveniente en tomarme la última contigo —apostillé, para no perder aquella magnífica ocasión.

—Perfecto... ¿Acompañamos primero a la señorita a su alojamiento? —sugirió como un perfecto caballero.

—Claro. No es conveniente que deambule sola por la ciudad a estas horas. —contesté, frotándome las manos simbólicamente mientras soñaba con estar a solas con aquel hombretón.

Dejamos a Maite a las puertas del hotel y antes de irnos me guiñó un ojo pidiéndome que tuviera cuidado. Nosotros continuamos nuestro camino hasta llegar a las inmediaciones de la *Accademia*. Un portal viejo con la puerta de madera y un arco pintado de gris nos daba la bienvenida. Las casas en Florencia tenían un aspecto antiguo y señorial, acorde con el conjunto pero, tras subir los pocos escalones que nos separaban de su vivienda, pude descubrir un apartamento funcional, con todas las comodidades de la vida moderna. Paolo me pidió que me pusiera cómodo, cosa que hice sin dudar, mientras él preparaba las copas. Era una casa impersonal, poco vivida y solo se concedía algunas pequeñas licencias en forma de fotografías familiares. Me levanté para poder ver aquellos retratos y uno de ellos me llamó poderosamente la atención: Paolo aparecía con otro chico, moreno y de bellas facciones, en lo que parecía una fiesta de Carnaval, con muchos colorines de fondo. Paolo llegó con los *gin-tonics* y, después del primer sorbo tuve que romper el hielo iniciando una conversación.

—Bonito apartamento... ¿Convives con alguien?

—No. Me gusta tener cierta intimidad después de pasar tanto tiempo en el cuartel. La verdad es que debería hacerlo; vivir solo sale bastante caro.

—Me refería a si tenías pareja... una novia.

—Estoy libre —contestó arqueando la ceja y sonriendo como un granuja.

—Yo también. Soy como un taxi, esperando a que alguien se suba en él.

En ese momento se recostó en el sofá, mostrándome un escorzo que era toda una invitación a intimar más. Yo me estaba poniendo nervioso, con mi libido a punto de estallar. Era octubre, pero estaba sofocado y le pregunté si tenía la calefacción enchufada, me contestó que sí y que, si me apetecía, podía quitarme alguna prenda. Me quité el suéter, me arremangué la camisa y, como ya estaba levantado, me acerqué hacia la foto que había llamado mi atención.

—¿Es un amigo? —le pregunté.

—Sí, se llama Bruno. Es de Cagliari. La foto nos la hicimos en la fiesta de su cumpleaños.

—¿Era Carnaval? Lo digo porque parece una fiesta muy colorida.

—¿Lo has deducido por el decorado que se ve al fondo?... Anda, trae la foto y te lo explico.

Le llevé la foto y él, incorporándose, me hizo un pequeño hueco a su lado, obligándome a sentarme pegado a él.

—La foto está tomada en un local llamado *Rainbow*..

—¿*Rainbow*? Eso suena a local de ambiente —dejé caer, como el que no quiere la cosa.

—Sí, algo así... Hacen actuaciones de Drag Queens y transformistas.

Su cara era todo un poema. Me sonrió mientras sus pupilas se iban dilatando por momentos. En ese momento tuve consciencia plena de que, aunque no fuera gay, al menos no era ajeno a ese mundo, lo cual me facilitaba las cosas.

—A mí también me gusta frecuentar esos sitios —le dije—. Entonces... ¿ese chico no es tu novio?

—Solo es un buen amigo... ¿Y tú? ¿Tienes novio? —me preguntó aprovechando mi indirecta.

—Todavía no, pero creo que podría tenerlo en breve...

En ese momento me abalancé sobre él y lo besé en la boca. Con el impulso caímos sobre el sofá y entonces los besos se hicieron más intensos. Pegados como estábamos, noté cómo su miembro crecía entre los pantalones pugnando por salir mientras me empujaba hacia atrás. Intenté liberarlo pero, al final, me faltaron manos. No podía creer que aquel pedazo de carabinero fuera todo para mí. Cuando terminé de desnudarlo, mis ojos no pudieron fijarse en otra cosa que en su pene; nunca había visto cosa igual. Así, a bote pronto, hubiera jurado que le medía más de veinte centímetros y lucía indecentemente descapullado para que yo hiciera lo que quisiera con él. Él, indolentemente recostado en el sofá, disfrutó mientras yo lo succionaba con fruición. Cuando pensé que mi boca se iba a desencajar, empecé a explorar el resto de su cuerpo. Mi lengua empezó a recorrer sus tableados abdominales, deteniéndose en su ombligo, mientras Paolo se explayaba acariciando mi pelo. Luego subí hacia su pecho, comiéndome sin contemplaciones sus pezones hasta hacerle gemir de placer al mordisquearlos. Yo hubiera continuado; su placer era el mío, pero suavemente me recostó y empezó a devorarme, desde los labios hasta mi entrepierna; nunca había sentido tanto placer. Más que follar, lo que me hacía enloquecer era pensar que aquel ser perfecto me estaba amando a mí, a Andrés, al que jamás, en toda la vida, le había sucedido nada igual. En aquel momento dejé de pertenecerme y hubiera hecho cualquier cosa que me pidiera. Al final, delicadamente, me puso de espaldas y me penetró suavemente; hasta yo mismo me sorprendí de no tener que recurrir a ningún lubricante para hacerlo, de lo abierto que estaba. Con cada vaivén de su polla, yo iba alcanzando las más altas cotas de placer y cuando vio que me iba a correr, se puso a horcajadas sobre mi pecho, inundándome con una soberbia corrida que manchó toda mi cara. No recuerdo un polvo semejante, a pesar de que, desde entonces, exploramos todas las variantes que pueden experimentarse entre dos hombres.

Después de aquello, la relación se hizo duradera. Las idas y venidas fueron frecuentes por ambas partes. Se consolidó una relación con vocación de perdurar, aunque el miedo al compromiso de dar el paso definitivo siempre

sobrevoló sobre nuestras vidas como un pájaro de mal agüero.

*

Estaba tan entusiasmado relatándole a Angelo aquellos episodios de mi vida que, sin querer, me hice hacia atrás con la silla, con tan mala fortuna que se partió una pata, haciéndome caer de espaldas sobre el pobre Fabio que, en ese momento, pasaba con una bandeja cargada de copas. El estrépito fue morrocotudo, cayendo, una tras otra, las bebidas sobre mí y sobre el sorprendido camarero, que nada pudo hacer por evitar el desastre.

Todo el mundo se nos quedó mirando mientras a Angelo le daba un ataque de risa que por poco le hacer caer a él también. Hubiera querido morirme; estaba más abochornado que mojado. Odiaba hacer el ridículo y más en aquella noche tan especial. Fabio recogió, lo más deprisa que pudo, los vasos esparcidos por la hierba y cuando entró para dejarlos, lo seguí como su sombra para huir de aquella situación vergonzosa.

El camarero me miró sofocado, con aquellos ojos de pulga que me pedían constantemente perdón. Tenía una cara tan simple como si hubiera caído en manos de un jíbaro: ojos pequeños, nariz pequeña y unas orejitas muy graciosas que se le habían puesto coloradas, supongo que por los nervios.

—Lo siento mucho, señor... ha sido culpa mía —no paraba de repetir Fabio, intentando secarme con un trapo.

—No pasa nada, tranquilo... Ha sido la pata de la silla, que se ha roto.

Fabio, torpe y nervioso, se afanaba por remediar el desaguisado mientras frotaba, dale que te pego, con el trapo. Se arrodilló para intentar hacer lo mismo con el pantalón y, sin darse cuenta, me frotó con tanta insistencia mis partes que tuve que retirarme dando un bote hacia atrás.

—Disculpe, señor. No me he dado cuenta... Lo siento, lo siento muchísimo —decía avergonzado.

—No pasa nada —contesté para quitarle importancia—. Hace muy buena

noche y creo que se secará enseguida. Será mejor que salga o si no...

—Ahora mismo le saco una silla para que pueda sentarse.

Una vez arreglado el entuerto, volví a la mesa, pero ya no me atreví a mirar más a mí alrededor; temía que la gente todavía me observara desternillándose por el numerito que había montado para regocijo de aquella clientela sosa y aburrida.

Angelo había aparcado las mofas, invitándome a que siguiera la conversación donde la habíamos dejado.

—Hasta ahora solo me has hablado de Paolo... ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?... Algo más personal.

—Está bien. Hasta que conocí a Paolo, no puedo decir que había tenido mucha suerte con los hombres. De haber sido heterosexual, hubiera disfrutado de una fama de mujeriego incorregible; siempre había tenido mucho tirón con el sexo opuesto. Mi vida hasta ese momento era perfectamente incompleta. Ser profesor en un instituto de pueblo me permite cierta libertad y el trabajo colma mis expectativas. Vivo cerca del mar, con un clima envidiable y mi casa, con un pequeño jardín, satisface mis necesidades... En realidad, llevo una vida bastante simple, al menos hasta que encontré a Paolo. Después de hallarlo y que él se fijara en mí, mi vida cambió radicalmente. Reconozco que yo mismo fui trenzando la tela de araña en la que he quedado atrapado al enamorarme de él.

Angelo me seguía sin interrumpirme, pero sus ojos, reflejando la palpitante luz de las velas, me pidieron que no continuara más. Había pasado ese momento en que las palabras ya no añadían más belleza a una conversación.

Entonces recibió una llamada de teléfono que colgó inmediatamente sin contestar; se había roto la magia del momento. No entendí aquella reacción tan contrariada, aunque seguramente tendría sus motivos. Se levantó irritado y, dirigiéndose al interior para pagar, saludó de nuevo al camarero y al dueño del restaurante.

No osé preguntarle, como tampoco lo había hecho el día anterior en la playa; no hubiera querido tenerlo como enemigo. De todas formas, no me

importaban demasiado sus contratiempos telefónicos, así que cuando volvió a por mí, le dediqué una de mis mejores sonrisas como premio a tan deliciosa velada.

Ya era tarde y al día siguiente debía madrugar, por eso me invitó a que regresáramos a Arborea. Accedí, no sin antes asegurarme de que repetiríamos aquella cita.

—¿Volveremos a vernos? —le pedí casi suplicando.

—Cuando quieras —me contestó con una sonrisa—. De todas maneras, supongo que continuarás buscando a Paolo, ¿no?... Eso te mantendrá ocupado.

—Sinceramente, pensaba que sería más fácil encontrarlo y, a estas alturas, no descarto que me la haya jugado como una pequeña venganza... —Ni yo mismo estaba convencido de mis propias palabras, así que me desdije al mismo tiempo que las pronunciaba. Estaba hecho un lío y no sabía lo que me decía—. Por cierto, me dijiste que tenía una hermana en Sassari... A lo mejor voy a verla.

Angelo movió la cabeza en señal de desaprobación, aunque en el fondo creo que le divertían mis contradicciones. Imagino que él habría pasado por aquello en algún momento de su relación con Paolo y la situación no le era desconocida.

—Sigo pensando que deberías regresar a España... —me soltó como si fuera un sermón—. Tal vez, cuando te canses de deshojar la margarita...

—Anda, volvamos a casa —le interrumpí antes de que dijera algo que no quería oír—. Estoy muy cansado para pensar ahora.

Subimos al coche y pusimos rumbo al pueblo. Yo todavía tenía la ropa húmeda, transparentándose mi ropa interior. Angelo no hacía más que mirarme la entrepierna y le tuve que reprender por no estar atento a la carretera.

—¿Eso que crece ahí abajo es tuyo? —me preguntó esbozando una sonrisa pícaro.

—No me crece nada... —le espeté al hacerme sentir incómodo—. Eres un obseso.

—Yo no estaría tan seguro. Hace un segundo no abultaba tanto...

—Hombre... si quieres paramos y me alivias un poco la hinchazón... — dije intentando seguirle el juego para no parecer un paleta.

—No es por falta de ganas, pero tengo que llegar pronto. Mañana me espera mucho trabajo.

—¡Vaya, por Dios! Con la Iglesia hemos topado... —tuve que soltar entre aliviado y desilusionado por su cortante contestación.

—Bueno, si te cansas de perseguir a Paolo, tal vez pueda buscarte un hueco en mi apretada agenda...

No me dio tiempo a contestarle. A lo que nos dimos cuenta, ya estábamos en la puerta del *Gallo Bianco*. Abrí la puerta haciendo ademán de bajarme, pero Angelo tiró de mí y me besó en la boca. Sabía que no podía recrearse más tiempo, así que salí decidido del automóvil, saludándole con la mano para despedirme de él.

Entré contento a la recepción del hotel y Franco, que esa noche estaba de guardia, me entregó la llave casi sin mirarme, entretenido con un programa de deportes que miraba en la pequeña televisión que tenía debajo del mostrador.

Subí de dos en dos los escalones; estaba feliz y excitado. Me duché para rebajar el calentón y dejé mi ropa sucia en un cesto, para que Valeria la lavara al día siguiente.

Salí desnudo al balconcito y me fumé un cigarrillo antes de acostarme. No tenía sueño y mi cabeza no paraba de dar vueltas. Angelo me desconcertaba, pero me prometí que no volvería a caer en la tentación hasta que no aclarara las cosas con Paolo; a fin de cuentas él era la razón de que yo estuviera en aquel recóndito lugar de Cerdeña.

CAPITULO 4

Nada hacía presagiar los acontecimientos que iban a marcar mi destino cuando me desvelé muy temprano, al ritmo de los pájaros que se habían puesto de acuerdo en el pequeño balconcito de mi alcoba para joderme el sueño con su canto impertinente. No sabía por qué, pero yo también estaba inquieto. Me enrollé una toalla y me asomé al balcón para fumar. El aire fresco de la mañana me estaba poniendo la carne de gallina, así que decidí meterme dentro nada más terminar el cigarrillo, pero me sorprendió el inusual trasiego de algunos lugareños que se apiñaban en la puerta del pequeño bar de la esquina y que con sus típicas expresiones indicaban que algún acontecimiento había alterado su ritmo diario. Decidí quedarme un rato más en el balcón para observarlos pero, como no entendí nada, mi curiosidad terminó cuando se consumió el segundo cigarrillo.

Bajé hambriento al comedor, dispuesto a devorar las *delicatessen* que preparaba Goretti todas las mañanas, aunque me sorprendió no verla en su sitio. Me asomé a la recepción, donde puede observarla haciendo aspavientos con su marido.

—Buenos días... —dije con voz elevada para que se percataran de que me encontraba en el comedor dispuesto a desayunar.

—Buenos días, *signore* Tomás, disculpe, ahora mismo voy...

Aquella mañana la noté más seca de lo normal; algo grave, sin duda, la había conmocionado y no dudé en preguntarle.

—¿Qué sucede hoy que anda todo el mundo revuelto? He visto muchos hombres reunidos en el bar de la esquina hablando acaloradamente.

—Una desgracia, *signore* Tomás, una desgracia...

—Por favor, Goretti, me tiene en ascuas. Dígame... ¿Qué ha pasado?

—El pobre Angelo, el «sacristán»... Ha aparecido muerto esta mañana.

Se me heló la sangre en aquel instante. No era posible. La noche anterior

estuvimos cenando juntos en Oristano... No podía ser. Permanecí en silencio unos segundos, los necesarios para tomar aliento y seguir preguntando.

—¿Como ha sido? ¿Qué le ha sucedido?

—No se sabe nada... Apareció tirado en la acequia de Luri. Lo ha encontrado el *signore* Mateotti, el encargado de la *idrovara*, al despuntar el alba y, según dicen, ahora acababa de llegar la policía de Oristano. Han visto varios coches dirigiéndose hacia allí; seguramente se lo llevarán para hacerle la autopsia cuando venga el juez.

No probé bocado, debía ir enseguida a verlo y me levanté como alma que lleva el diablo dejando la taza de café llena.

—¿Dónde va con tanta prisa? —me preguntó Goretti, que no entendía nada —. Si todavía no se ha terminado el desayuno...

No llegué ni a contestarle. Palpé en mi bolsillo y vi que tenía las llaves de mi coche. Me subí al *Fiat* y ni siquiera encendí un cigarrillo para calmar los nervios. No recuerdo nada hasta que llegué a las afueras del pueblo, ni siquiera había preguntado dónde se encontraba aquella endemoniada *Idrovara*, aunque recordaba levemente el sitio porque solo veinticuatro horas antes lo había visitado de pasada en mi pequeño recorrido turístico y lo fue todo a mi instinto. Conduje el vehículo como un autómatas, pensando solo en llegar cuanto antes, pero aquel trayecto de tan solo cinco minutos me pareció eterno. Todavía tenía esperanzas de que aquella noticia no fuera verdad, que se hubieran equivocado de persona y Angelo estuviera durmiendo plácidamente en la rectoría, ajeno a todo aquel revuelo.

Al llegar a Luri, un grupo de personas se encontraban en el borde del estrecho camino que llevaba al edificio hidráulico y unas cintas de la policía intentaban impedir el paso a los curiosos. No me lo pensé dos veces y traspasé aquella barrera para intentar confirmar que era Angelo al que habían encontrado. Un policía uniformado me impidió el paso, pero yo insistí en que me dejaran acercarme. Aquello debió sorprender mucho al inspector encargado del caso que, de inmediato, dejó la investigación para acercarse. Aquel hombre, maduro pero con un porte distinguido, se plantificó delante de

mí y me observo inquisitivamente hasta que se decidió a hablarme.

—Buenos días. Soy el inspector Orsini. ¿Es usted familiar de la víctima?

Me quedé pensativo unos segundos. Estaba tan impactado que no podía encontrar una definición para mi relación con Angelo.

—¿Familiar?... No, solo soy un amigo... —le contesté entrecortado cuando tuve que hacer evidente que, en realidad, nada me unía a él.

—Sabe que no puede estar aquí si no es de la familia —me dijo, indicando con aquella observación, lo inoportuno de mi presencia.

—Le ruego que me deje verlo... Tengo que estar seguro de...

—Está bien, teniendo en cuenta que no ha venido nadie para identificar el cadáver, puede pasar. Pero solo unos segundos y, sobre todo, ¡no toque nada!

—Gracias inspector... —le contesté dejándole atrás.

Me acerqué despacio hacia aquel bulto cubierto por una especie de sábana dorada. Temía que cuando el policía destapara aquel cuerpo fuera a desmayarme, pero me quedé petrificado al ver su rostro ya sin vida; parecía dormido. Todavía estaba húmedo y el pelo ensortijado se le había desenredado alrededor de su cara, como cuando le vi salir por primera vez de la orilla del mar. Lo hubiera abrazado, esperando sentir un atisbo de vida; lo hubiera besado para exhalar en su interior un pedazo de mi alma que le devolviera el aliento, pero permanecí inmóvil como él. Un pedazo de mí se había muerto con Angelo.

Cuando el policía lo volvió a cubrir, comprendí que lo había perdido para siempre y mis ojos se arrasaron con un caudal de lágrimas silenciosas. Hubiera querido desaparecer, no sentir, no haber venido a esta maldita isla en busca de una quimera y acabar encontrando un dolor insufrible.

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó el inspector.

No podía contestar. Era evidente que la angustia se había apoderado de mí impidiéndome articular palabra. El inspector volvió a preguntarme.

—Según la documentación encontrada, se trataba del señor Angelo Mani... ¿Ha reconocido su cadáver?

—Sí, es él. Discúlpeme, inspector, pero no me encuentro muy bien. Ha sido muy duro... ¿Cómo ha muerto?

—Todavía no lo sabemos. Tendremos que esperar hasta analizar todas las pruebas, pero no descartamos que se trate de un homicidio...

—¡Dios mío!... No puede ser.

—Lo siento señor... —me dijo para intentar sonsacarme el nombre—. Usted no parece de por aquí.

—Soy español y estoy de visita en Arborea.

—¿Sería tan amable de darme su nombre?

—Me llamo Andrés Tomás y me alojo en la *Locanda del Gallo Bianco*.

—Señor Tomás, necesitaríamos su número de teléfono... pura rutina. Hay que comprobarlo todo, en especial los últimos movimientos del señor Mani. Sobre todo, no se ausente y si lo hace debe indicarnos dónde se encuentra.

—Sí, sí. Lo comprendo.

El inspector lo apuntó todo en su cuadernillo de tapas negras y cantos doblados por el uso. Por el lugar donde anotaba los datos, se podía deducir que la libreta estaba prácticamente llegando a su fin. Ahora contaría la historia de Angelo y quién sabe si la mía también.

—Señor Tomás, haría bien en marcharse. Tenemos muchas cosas que hacer y, además, está a punto de llegar la juez. Si no le importa... —Con un gesto de la mano, me invitó a salir de aquel horrendo escenario.

—Si me permite, me gustaría estar hasta que se lo lleven —le supliqué.

—Está bien, pero procure retirarse más allá del perímetro policial.

En ese momento llegó un coche negro que conducía una mujer de unos cincuenta años, bien arreglada y de aspecto adusto. Era pelirroja y su melena ondulada le caía sobre la cara, movida por el aire. Escondida tras unas oscuras gafas de sol, se dirigió al inspector para que le informara de la situación y ella asintió con la cabeza mientras Orsini le señalaba dónde se encontraba el cadáver; era la juez que se encargaba del caso. Recorrió la zona en compañía del inspector para, posteriormente, acercarse al cuerpo de

Angelo. Le quitó la sábana por completo y tras observarlo concienzudamente, hizo una serie de indicaciones a varios policías. Una vez segura de que se habían recogido las pruebas suficientes, mandó levantar el cadáver.

Una pareja de funcionarios, vestidos con uniformes grises y guantes de látex, metió el cuerpo sin vida de Angelo en una caja oscura de plástico y lo introdujo en una furgoneta. Todos fueron recogiendo sus bártulos mientras el fotógrafo de la policía tomaba las últimas instantáneas de la zona.

Una macabra procesión de vehículos desfiló ante mis ojos, pero yo permanecí impávido hasta que el último de ellos se transformó en un punto perdido en el horizonte. Pronto quedó el lugar en silencio, con el único rastro de las cintas policiales que, agitadas por el viento, se iban esparciendo por los campos aledaños.

Sin nada que poder hacer, regresé a la pensión para encerrarme en la habitación. Nadie en el *Gallo Bianco* se atrevió a preguntarme nada a mi vuelta. Subí a mi habitación con la cabeza a punto de estallarme de dolor y el corazón rebotando en mi pecho. Me tomé un analgésico y me eché a dormir un rato.

Caí tan rendido que pensé que solo habían transcurrido unos minutos cuando desperté sobresaltado. Debía de ser muy tarde, pues la noche estaba cayendo, pero no quería seguir durmiendo; me parecía una falta de respeto. Solo quería tomar un trago, pues mi mente comenzó a evocar las imágenes de Angelo tendido inerte en aquella Idrovora.

Me vestí y bajé sin peinarme. Me adentré por las calles de Arborea en busca de algún bar para mitigar mi deseo de alcohol para dejar de sufrir y no tardé en encontrar un pequeño pub que estaba a dos manzanas más allá de la fonda. Un grupo de jóvenes estaba sentado en una esquina, hablando despreocupadamente de sus cosas y el camarero departía con dos clientes que bebían cervezas compulsivamente mientras comentaban un partido de fútbol. Me senté en el otro extremo de la barra y comencé a observarlos. El dueño parecía un poco desaliñado; vestía una camiseta azul de *tifossi* italiano con unos cuantos lamparones en la pechera y los pelos grasientos y algo revueltos.

Se acercó para preguntarme qué quería tomar y le pedí un *gin-tonic* que me sirvió con un cuenco de patatas fritas que devoré al instante; era mi primer bocado del día. El primer sorbo me devolvió el ánimo y pedí permiso para salir con la copa a la puerta para poder fumar.

Gracias al alcohol, la claridad volvió a mi cabeza. Respiré profundamente para poder sacar la ansiedad que llevaba dentro y cuando terminé el *gin-tonic*, volví a entrar a por otro. Ya más calmado, me senté en la barra y, mientras el camarero vertía la tónica en la segunda copa, le pregunté sobre lo que sin duda había sido el acontecimiento del día; necesitaba saber algo más y no tenía a quién acudir.

—Disculpe, ¿qué se sabe de la muerte del joven sacerdote?

—Una lástima lo de Angelo... Y no, todavía no era sacerdote, ayudaba a Don Silvio a llevar la iglesia. El mismo Angelo había pedido este destino porque había nacido aquí.

Sin duda había acudido al sitio adecuado para preguntar. Aquel camarero parecía saberlo todo sobre él, así que, mientras bebía mi copa, seguí interpeándolo.

—¿Cómo ha sido su muerte?

—No se sabe... La policía tendrá que investigar, pero unos dicen que ha podido ser un desgraciado accidente y otros hablan de asesinato... Verá, tengo un primo policía y me ha asegurado que, por las pruebas recogidas, lo más probable es que se trate de un homicidio... Le faltaba su reloj.

—¿Quién podría hacer una cosa así?... ¿Tenía enemigos?

—Eso mismo nos preguntamos todos, aunque corren habladurías de todo tipo.

—¿Habladurías? —pregunté sorprendido.

—Ya sabe, en los pueblos pequeños hay muchos cotilleos. Unos dicen que podría haberlo hecho un vagabundo... Él se encargaba de toda la asistencia a pobres y transeúntes que recalaban en Arborea para pedir trabajo —puntualizó el camarero—. También se comenta que pudo verse sorprendido por un drogadicto que le pidiera dinero. Siempre le dijimos que no se mezclara con

tipos raros, pero él nos decía que era su trabajo y que debía asistir a todos los que se lo pidieran.

—Pero ¿qué haría tan lejos del pueblo?

—Vaya usted a saber...

—¿Tenía familia?

—Sus padres murieron hace bastante tiempo. Tiene una hermana que vive en Cagliari, mayor que él. Pobrecita, menudo susto se habrá llevado.

—Parece que lo conocía muy bien —le pregunté con ánimo de que me siguiera contando.

—Lo conozco... bueno, lo conocía desde que era pequeño. Solía venir bastante por aquí a tomarse unas cervezas y hablar con la gente. Era un gran tipo, a pesar de las habladurías que durante un tiempo corrieron sobre él.

Me tomé un tercer *gin-tonic* y, como si no supiera nada, intenté tirar de la lengua a aquel camarero tan locuaz, aunque no tuve que insistir demasiado para que largara todo lo que sabía.

—¿Y qué podrían murmurar de un religioso?

—No siempre lo fue. Hace años de aquellos chismorreos, antes de que entrara en el seminario. Él y el pequeño de los Pierazzuoli eran muy buenos amigos, iban siempre juntos a todos los lados. Empezaron a decir que eran maricones, aunque yo nunca lo pensé de Angelo...

—¿Y sí del hijo de los Pierazzuoli?

—¿De Paolo?... De él sí me lo creo. Esos ricachones están llenos de vicios, parece que les lleguen con el dinero. La verdad es que no era mal chaval, pero el canalla de su padre... Ese sí que era un mal bicho. Paolo acabó marchándose del pueblo y ya no hemos vuelto a verle el pelo.

—¿Cómo era el padre de Paolo?

—Era un fascista, el más rico del pueblo. Ahora está *gagá* en una residencia para dementes en Sassari y todos los negocios se los lleva un administrador hasta que sus hijos hereden lo de su padre. Antes de enfermar era un tirano, se creía el *Duce* de Cerdeña. Nadie lo quería, ni siquiera sus

propios hijos y se decían cosas de él...

—¿Qué cosas?

—Pues que hacía limpiezas de maleantes.

—¿Qué clase de maleantes?

—Ya sabe... gentuza, comunistas, drogadictos y maricones... Y va el hijo y le sale gay. ¡Qué jodido es el destino! ¿No le parece?

—Sí, sí que lo es...

Cuando comenzó a trabarse mi lengua, decidí que era hora de regresar a la fonda. Pagué mi consumición y me despedí de aquel charlatán que me había entretenido durante aquellas horas de angustia. Ahora estaba más tranquilo, pero sabía que solo era un espejismo. Al día siguiente, como una losa, volvería a caer sobre mí el recuerdo de Angelo y no habría nada que yo pudiera hacer.

CAPITULO 5

Cuando me desperté, comprendí que no había sido un sueño y que aquel día sería más duro que los demás. El motivo que me había traído hasta aquí había pasado a un segundo plano; ahora me importaba más saber qué le había sucedido a Angelo.

Comenzaba a replantearme el motivo de mi estancia en Arborea pero, a pesar de ello, mi instinto racional me decía que no era momento de flaquear e hice un nuevo intento de llamar a Paolo. Necesitaba aferrarme a algo para no volverme loco, así que marqué su número un par de veces sin obtener respuesta y cuando iba a por el tercer intento me eché atrás. Tendría que dejar que el destino me fuera marcando la ruta a seguir, aunque no comprendiera el motivo de por qué me llevaba por unos caminos tan tortuosos.

Bajé al comedor y, aunque la pena me ahogaba por dentro, el hambre no conocía de sentimientos. Valeria me acercó un ejemplar del *Nuova Sardegna*, el periódico de la isla que, en su edición de Oristano, recogía en primicia la muerte de Angelo Mani, el diácono de Arborea. Era un acontecimiento que, por inusual, merecía la atención de un periódico donde las noticias más impactantes siempre venían de fuera. Según declaraciones de la policía, había fundadas sospechas de que podría tratarse de un homicidio, por las pruebas encontradas en la escena del crimen. La autopsia aclararía algunos detalles sobre el hecho pero, de momento, la prudencia debía imponerse. En otro artículo contiguo se hacía referencia al carácter religioso del fallecido, lo cual añadía un toque de truculencia al tema, ya de por sí escabroso. El arzobispado se negaba a hacer ningún tipo de comentarios, a la espera de los resultados de la investigación y dejando muy claro que no había indicios sobre ningún tema delictivo que rodeara la vida del diácono.

Al tiempo de acabar mi taza de café, sonó el móvil y el corazón me dio un vuelco. El número era desconocido y dudé unos segundos antes de decidirme a

contestar.

—¿El señor Tomás?

—Sí, soy yo...

—Soy el inspector Orsini, de la policía de Oristano. Me gustaría hablar con usted... Si es posible, hoy mismo.

—Sí, claro, pero ¿debo desplazarme hasta Oristano? No sé si encontraré la comisaría.

—Oh, no se preocupe. Tengo que ir a Arborea por el tema del papeleo, ya sabe... ¿Le importaría acercarse por el Ayuntamiento? Sobre las doce en punto estaré allí.

—De acuerdo... ¿Van a interrogarme? —le pregunté asustado.

—Tranquilícese, esto no es como en las películas. Simplemente voy a hacerle unas cuantas preguntas.

—Gracias... Entonces, hasta las doce.

Estaba intranquilo. Nunca me había visto en un caso así y, a pesar de tener la conciencia limpia, no sabía exactamente lo que se esperaba de mí. Decidí salir a estirar las piernas para relajarme y después de un buen rato andando, me senté en la terraza del primer bar que vi para tomar un golpe que me infundiera ánimo.

La espera hasta las doce se me hizo eterna. ¿Qué podía decirle al inspector sin resultar sospechoso de la muerte de Angelo? Si le mentía, seguro que decenas de testigos me señalarían como su acompañante en diversos escenarios, pero tampoco me apetecía contarle la breve pero intensa relación que mantuve con él; su reputación y la mía se verían empañadas. Estaba convencido de que acabaría implicado en una historia pasional que recogerían las crónicas de sucesos de la prensa local.

Faltaban escasos minutos para las doce y apuré hasta el último de ellos antes de entrar en el edificio comunal. Pregunté por el inspector Orsini y un conserje, que debía ocupar la plaza desde tiempos de Mussolini, me hizo pasar a un pequeño despacho que servía como oficina del Juez de Paz. Vestía

un uniforme azul de ujier, con abotonadura dorada y unos pequeños ribetes del mismo color en la manga. La chaqueta ya estaba un poco deshilachada por el uso, al igual que el mismo conserje que, por la apariencia, estaba a punto de jubilarse.

El inspector todavía no había llegado, así que me senté en una de las dos sillas de escay negro raídas por el paso del tiempo. Enfrente había una mesa de madera llena de carpetas atiborradas de folios, que luchaban por desparramarse y, entre ellas, un rastro de polvo que pugnaba por hacerse hueco. Era el típico despacho de juzgado con olor a rancio, producto de la ausencia de limpieza prolongada y el ímprobo trabajo de los ácaros. La escasa ventilación y la poca iluminación hacían el resto. En las paredes colgaba una fotografía del presidente y los emblemas de la República Italiana y de la Región de Cerdeña.

No pasó mucho tiempo hasta que el conserje abrió la puerta y apareció Orsini con su aire de policía pulcro. Me resultó atractivo, a pesar de que su edad sobrepasaba con creces la mía. Reconozco que el día de la muerte de Angelo tan apenas me fijé en él. Vestía un impecable traje gris, con la corbata desahogada para liberar el último botón de una camisa que le oprimía el cuello. Me saludó con cortesía, invitándome a sentarme cuando, por deferencia, me levanté. De su portafolio salieron unos escasos documentos, que leyó con extrema lentitud, tal vez para darle tiempo a repasar mentalmente las preguntas que quería hacerme.

—¿Cómo se encuentra, señor Tomás? —me dijo levantando la vista para mirarme.

—Afectado, pero más tranquilo —dije mintiendo descaradamente, pues por dentro temblaba como un flan.

—Bien... Vamos a ver... —me dijo mientras repasaba sus anotaciones—. Usted me dijo que era amigo de la víctima, ¿no?

—Sí, aunque nos conocimos hacía poco, justo a mi llegada a Arborea.

—Interesante... También me dijo que era español, ¿verdad?

—Sí. Aquí tiene mi documento de identidad —le dije al entregárselo.

Orsini lo miró con curiosidad, apuntando en una ficha los datos que le parecieron más interesantes. Luego me lo devolvió sujetándolo con dos dedos.

—Bueno, pues, cuénteme usted. ¿Qué le ha traído a Arborea?... Y, sobre todo, ¿cómo conoció al señor Mani?

—Vine aquí por motivos personales... Conocí hace tiempo a Paolo Pierazzuoli en Florencia. Éramos muy buenos amigos, aunque últimamente habíamos perdido el contacto. Un buen día recibí una carta suya invitándome; él era de aquí. Cuando tomé las vacaciones me decidí a venir, pero la verdad es que todavía no he conseguido contactar con él. El primer día de mi llegada, el domingo pasado, me dirigí a la iglesia para ver si el párroco podía ayudarme a encontrarlo. Allí conocí a Angelo que, amablemente, me facilitó algunos datos sobre Paolo.

—Entonces... ¿Pudo encontrar a su amigo?

—No, todavía no.

—Un poco escurridizo, ese tal Paolo... —dijo para él con tono sarcástico—. ¿Qué relación estableció con Angelo Mani? ¿Cuántas veces se vieron?

—La verdad es que no muchas... Solo un par de veces. El día que lo conocí me invitó a jugar un partido de tenis en el *Country Resort*. Después de jugar, comimos allí mismo y luego nos dimos un paseo por una playa cercana. Al día siguiente me invitó a cenar en *Blaò*...

—Es un sitio que conozco bien. Mi mujer y yo solemos ir allí muchas veces... Bien, sigamos... Por lo que veo, las pistas que le facilitó no le han sido de gran ayuda pero, en cambio, le permitieron conocer más íntimamente al señor Mani, ¿no es así?

—¿Qué insinúa? —salté enfadado y un poco abochornado.

—No insinúo nada, señor Tomás... Solo constato. ¿Qué hicieron después de cenar?

—Regresamos a Arborea y sobre la una de la madrugada nos despedimos. Me dejó en la puerta del hostel y luego se marchó. Ya no volví a saber de él hasta que apareció muerto al día siguiente.

—Así que se aloja en el *Gallo Bianco*, un lugar emblemático en Arborea... Bueno, creo que por ahora es suficiente —dijo cerrando sonoramente su carpeta—. No obstante, quiero que sepa que comprobaremos los datos que nos ha aportado y le rogaría que, de momento, estuviera localizable por si necesitáramos alguna cosa más de usted.

—Inspector... ¿Podría hacerle una pregunta?

—Claro, señor Tomás... Dígame ¿qué quiere saber?

—En el pueblo corren todo tipo de rumores.

—¿Rumores?... ¿Qué chismes hay por Arborea?

—Se dice que podría tratarse de un asesinato...

—No debería hacer caso de todo lo que se chismorrea en los pueblos. Le prometo que la policía está haciendo todo lo necesario para esclarecer este asunto.

—Pero... ¿Podría ser?

—Lo único que está claro es que cayó a la acequia, se golpeó en la cabeza y, probablemente, se ahogó al perder el sentido... Hasta aquí, todo parece un accidente, pero habrá que analizar todas las pruebas halladas en la escena. Lo más sospechoso es saber qué hacía el señor Mani en aquel sitio y a esas horas... No descartamos nada.

—¿No sospecharán de mí?

—Señor Tomás, la policía tiene el deber de sospechar absolutamente de todo el mundo... Muchas gracias por su colaboración —dijo dando por terminado el interrogatorio mientras se ponía en pie.

Orsini me entregó una tarjeta con su teléfono para llamarlo si tenía que ausentarme de Arborea o simplemente quería hablar con él. *Guglielmo Orsini, Ispettore di Polizia*, así rezaba su tarjeta de visita. Su nombre me resultaba sugerente y unido a su innegable atractivo, le confería un aire de distinción casi aristocrático.

—Una cosa más, señor Tomás... Respecto a su otro amigo, Paolo. Si quiere, podemos hacer averiguaciones para localizarlo —dijo Orsini con una

ironía que me resultó desagradable, aunque no tuve más remedio que aceptar su ofrecimiento.

—Se lo agradecería... Si le sirve de algo, Paolo Pierazzuoli es suboficial del cuerpo de *Carabinieri*.

—Interesante... Así será más fácil localizarlo. Gracias, señor Tomás, puede irse cuando guste.

—Adiós, inspector.

Cuando salí del Ayuntamiento me sentí aliviado. Había sido del todo sincero sin tener que comentar ningún aspecto íntimo de mis relaciones. En esto, el inspector Orsini había sido muy exquisito, al no hacer preguntas más allá de las estrictamente necesarias, aunque no me gustaran ciertas insinuaciones suyas. Si hacía las obligadas comprobaciones sabría que no había mentido, pero eso no resolvía para nada mis dudas respecto de la muerte de Angelo. El misterio se hacía patente y yo no era ajeno a él.

Volvía a estar como al principio, pero de momento no podía volver a España. Solo había una cosa que podía hacer y era averiguar dónde estaba Paolo. Pensé que quizá él podría ser la clave para este caso y resolví ir hasta el final.

Cuando regresé al *Gallo Bianco* ya era tarde. Valeria y Goretti estaban como siempre en el restaurante, pero habían tenido la deferencia de guardarme sitio en el comedor. No quedaban muchos comensales y eso me decidió a hacerles unas cuantas preguntas.

—Goretti, ¿conoce usted a la familia Pierazzuoli?

—Claro, fue una familia muy influyente aquí. Don Efissio Pierazzuoli era el mayor terrateniente de la zona y un hombre con muy mal genio, por cierto.

—¿No conocerá por casualidad a Paolo, su hijo?

—¿Paolo?... Sí, un joven alto y guapo; el hijo pequeño de Don Efissio. Hartos de tanta tiranía, sus hijos se marcharon cuando murió la madre, doña Margherita, que en gloria esté. Ella sí que era una santa. ¡Lo que tuvo que aguantar! La hija se marchó a Sassari con el dinero que le dejó su pobre madre al morir y de Paolo se rumoreaba que era un poco «fino», ya sabe, gay como

dicen ahora, y eso su padre lo llevaba fatal. También salió por piernas del pueblo y, durante un tiempo, estuvo con su hermana en Sassari. Luego dijeron que se había hecho carabinero y ya no sé mucho más.

—¿Qué sabe de los *Giudici di Arborea*? —le pregunté, recordando lo que me había contado Angelo.

El semblante de Goretta cambió por completo. Pude observar que la pregunta la puso nerviosa viendo cómo retorció el paño de cocina que tenía entre las manos.

—Encontraré la respuesta en la biblioteca, en los libros de historia.

—Ya, pero yo me refiero a una sociedad secreta, aquí, en el pueblo... Dicen que el padre de Paolo Pierazzuoli tenía algo que ver con eso.

—Chismes y habladurías... Si me disculpa, tengo que seguir recogiendo el comedor.

Goretta me cortó bruscamente. La conversación no le gustaba para nada y me dejó con la palabra en la boca mientras se afanaba por recoger lo poco que quedaba en el comedor, introduciéndose, acto seguido, en la cocina para no salir de ella en un buen rato. Valeria, que no se había perdido ni un ápice de nuestra conversación, se acercó cuando estuvo segura de que Goretta no iba a salir de la cocina.

—No debió sacarle el tema de los *Giudici*... —me susurró casi al oído.

—No entiendo nada. ¿Por qué se ha puesto tan nerviosa?

—Es una cosa de la que no se habla en Arborea; digamos que es un tema tabú. Hace bastantes años, cuando Goretta era pequeña, su hermano mayor, Giorgio, apareció muerto en extrañas circunstancias, de una manera parecida a lo que le ha pasado al diácono. Hubo rumores de todo tipo, pero nunca se supo quién lo había hecho ni porqué.

—¿Usted cree que fueron los *Giudici*?

—Yo no creo nada... —contestó molesta—. Además, no soy de este pueblo. Solo digo que se rumoreó que ellos estaban detrás de la muerte de Giorgio y también de alguna desaparición en extrañas circunstancias. De

hecho, en aquella época se veían poca gente de mal vivir por aquí. A mi cuñada Goretti le cuesta mucho sacar el tema de la muerte de su hermano mayor; todavía no lo ha superado.

—¿A qué se dedicaba su hermano?

—Era agricultor y sindicalista, pero también decían que, de cuando en cuando, se dedicaba al contrabando de pequeños alijos de tabaco.

—Valeria, ¿piensa que la muerte del diácono podría tener relación con esa sociedad secreta?

—No creo, aunque vaya usted a saber... Cuando me casé con Gigi ya se hablaba de esas cosas en pasado y hace casi veinticinco años que estamos juntos.

—Me gustaría pedirle otro favor. ¿Cómo podría localizar a la hija de Don Efissio Pierazzuoli? Sé que vive en Sassari y necesitaría hablar con ella urgentemente.

—Umm... Déjeme pensar... Podemos probar con las guías telefónicas; en los hoteles solemos tener las de varias provincias. ¿Sabe cómo se llama de nombre?

—Luciana, Luciana Pierazzuoli.

Valeria se dirigió al mostrador de recepción y solicitó a Gigi la guía de la provincia de Sassari. Estuvo un buen rato buscando cuando, por fin, vino con la guía abierta y la plantificó delante de mis narices.

—*Ecco...* Solo hay tres Pierazzuoli en toda Sassari y esta la única Luciana. Esa es su persona.

—Gracias, Valeria, ha sido usted muy amable... Le debo una.

Valeria me facilitó un trozo de papel y un bolígrafo que había tomado prestado de recepción. Anoté el teléfono y la dirección mientras pensaba que volvía a estar en la senda de resolver mi pequeño misterio personal.

Dudaba entre llamarla o presentarme en su casa. Temía que, si llamaba, me tomara por un loco, perdiendo la oportunidad de poder obtener alguna pista fiable. Mientras lo meditaba, salí a estirar las piernas. Di varias vueltas por

Arborea y al pasar por el pub *Blu*, en *Piazza Ungheria*, me senté bajo el velador de la entrada y así pude tomarme un café mientras fumaba un cigarrillo. En aquellos momentos de duda, solo el tabaco me calmaba los nervios dejándome ver con claridad, entonces me armé de valor y decidí probar suerte con la hermana de Paolo y la llamé. Estuve intentándolo hasta tres veces y, por fin, alguien descolgó el teléfono al otro lado.

—*Pronto?*

—¿Es usted Luciana Pierazzuoli?

—Sí, soy yo.

—Discúlpeme... Me llamo Andrés Tomás, soy amigo de su hermano Paolo. Estoy intentando localizarlo y...

—Lo siento, pero Paolo no vive conmigo —contestó tajante—. ¿Ha probado a llamarlo por teléfono?

—Precisamente de eso quería hablarle. No contesta a mis llamadas y no consigo hacerme con él. Pensé que usted podría ayudarme...

—No sé qué espera usted de mí... Si no le coge las llamadas tendrá sus motivos. Además, hace tiempo que no tengo contacto con mi hermano. Él vive en Florencia. La verdad es que no solemos llamarnos con demasiada frecuencia... —dijo con resignación.

—Hace poco recibí una carta suya citándome en Arborea.

—¿En Arborea?... Esto sí que es gracioso. Francamente, me sorprende mucho. Creo que sería el último sitio donde Paolo quisiera ir. Es más, me parece extraño que estuviera en la isla y no hubiera venido a verme. Todo esto es muy raro, señor... Tomás. Si se trata de una broma, sepa que es de muy mal gusto.

—Le puedo asegurar que no se trata de ninguna broma. ¿Le importaría que nos viéramos?... Si lo desea, mañana puedo desplazarme a Sassari y...

—No sé. No le conozco. No sé quién es usted, ni las intenciones que lo han movido a ponerse en contacto conmigo.

—La comprendo, pero se lo ruego, es muy importante para mí... Si quiere

podemos quedar en una cafetería, en un sitio público.

—Está bien, me ha dejado intrigada... ¿Conoce el bar *Giordano*?

—No, pero lo encontraré. No se preocupe.

—De acuerdo, entonces... ¿mañana a las cinco de la tarde le viene bien?

—Allí estaré.

Colgué el teléfono con cierto alivio, pero esto empezaba a ser un juego extraño y temía no salir muy bien parado de este enredo. Aun así, ya estaba metido hasta el cuello y tenía que resolver ese galimatías a cualquier precio.

Necesitaba una copa para relajarme mientras volvía a encender compulsivamente otro cigarrillo. Si la muerte de Angelo y el ejercicio de escapismo de Paolo no acababan conmigo, lo harían el tabaco y el alcohol.

Aquel día ya había dado de sí más de lo que pudiera prever. Mañana sería un día decisivo para comprender algo más sobre Paolo, que ya empezaba a parecerme un extraño. Tal vez me dejé llevar por su atractivo, pero no pensaba que se atreviera a tomarme el pelo de aquella manera. Habían sucedido muchas cosas para que se tratara de un simple engaño. Esperaba que Paolo tuviera un motivo de peso para no haber aparecido, aunque también temía que algo malo pudiera haberle ocurrido.

CAPITULO 6

Me había levantado sudando por culpa de una noche calurosa y un sueño inquieto. Las dudas comenzaron a asaltarme mientras me despejaba y no quise esperar a la tarde para desplazarme a Sassari.

Antes de bajar al comedor me asomé, como casi todas las mañanas, al pequeño balconcito para fumar. Era el momento en el que me sentía más fresco y el humo de mi cigarrillo me ayudaba a pensar con claridad. En ese momento caí en la cuenta de que todavía no había avisado al inspector para comunicarle que me desplazaría a Sassari y me pareció mejor hacerlo antes de desayunar, no se me fuera a cortar la digestión con la conversación. No era tonto y a pesar de que me repugnaba la idea de tener que pedir permiso, no podía confundir a aquel policía que comenzaba a mirarme como a un bicho raro.

—¿Inspector Orsini?

—Sí. ¿Quién es?

—Soy Andrés Tomás... ¿me recuerda?

—¿Cómo no! Veo que no puede pasar sin mí. Hablo más con usted que con mi esposa... ¿Qué le sucede?

—Nada de importancia... Usted me dijo que le avisara si iba a desplazarme fuera de Arborea y por eso le he llamado. Solo quería decirle que hoy pienso ir a visitar a la hermana de Paolo.

—¿Paolo?...

—Sí. Paolo Pierazzuoli; el motivo por el cual vine a Cerdeña... ¿se acuerda?

—¡Ah! sí... Ya caigo.

—Necesito saber si su hermana ha tenido contacto con él. Además, como ya le dije, Paolo y Angelo fueron buenos amigos; tal vez ella sepa algo que nosotros desconocemos.

—Es usted muy tozudo. Le recuerdo que somos la policía y nos compete a

nosotros investigar... No debería, pero le voy a contar un detalle de la investigación. Aparentemente podría parecer un accidente, pero al señor Mani le faltaba su reloj. Se ha encontrado una pieza del mismo, la corona, que pertenecía a un *Hublot* con caja en oro rosa...

—Eso, sin duda, probaría que el móvil fue el robo —le dije cuando ya me había picado la curiosidad.

—No exactamente. No se llevaron su cartera y en ella tenía unos trescientos euros que no tocaron. Si hubiera sido un ladrón, los habría cogido sin más o probablemente se los hubiera dado el propio señor Mani. Además, está el tema de qué hacía el diácono en un lugar tan apartado de Arborea.

—¿Qué me quiere decir?... ¿Por qué me cuenta todo esto?

—Simplemente quiero advertirle. El caso no está ni mucho menos resuelto. Quizá, quien lo hizo, todavía ande por los alrededores. Debería ser muy cauto, señor Tomás. Es más, yo de usted regresaría a España. No debería complicarse la vida innecesariamente.

—Entonces, ¿no sospechan de mí?

—¿Acaso debería?... En serio, siga mi consejo, olvídense de este caso y vuelva a su país. Quizá su amigo Paolo no quiera que usted le encuentre y...

—Descuide, inspector, tendré cuidado —le contesté tajante cuando sus consejos habían traspasado el terreno de lo personal.

—Por cierto... ¿Cómo se llama la hermana de Paolo? —me interpeló antes de colgar.

—Luciana, Luciana Pierazzuoli. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, simple curiosidad, y gracias por su llamada, señor Tomás.

La conversación con el inspector me dejó intranquilo, como todas las que había tenido con él, pero dejé aparcados mis sentimientos y, en un irresponsable arrebato, me vestí convenientemente para acudir a mi cita con Luciana.

Cuando terminé el cigarrillo después de desayunar, me dispuse a salir a la carretera. El camino era largo pero, a lo que me di cuenta, entretenido con la

música, aparecieron los primeros carteles anunciando la llegada a Sassari. Por lo visto, mis ganas de llegar me habían hecho pisar demasiado el acelerador.

Sassari me pareció un lugar encantador, lejos de la ciudad provinciana y fea que había imaginado. Era luminosa y llena de vestigios de su ilustre pasado. Callejeé por la parte vieja de Sassari hasta llegar a la catedral de San Nicolás cuando el hambre llamó a la puerta de mi estómago y me adentré por los alrededores en busca de algún restaurante; tenía que hacer tiempo hasta la tarde. No tardé en encontrar uno en *Via Pettenadu*, que cumplía con creces mis deseos y cuyo sugerente nombre, *L'Assassino*, parecía venir al pelo para la ocasión. Era un sitio acogedor e íntimo y la carta contenía sugerentes especialidades de la gastronomía local que no dudé en probar; la angustia, afortunadamente, no había conseguido acabar con el hambre que sentía o quizá fueran los nervios que me dieron por satisfacer mi ansiedad.

Después de comer, con un pequeño mapa que me facilitaron en el restaurante y las oportunas indicaciones, encontré el lugar de nuestra cita, el bar *Giordano*. El sitio no disponía de servicio de terraza, así que me olvidé de mi tabaco y decidí entrar resuelto a aclarar con Luciana todo aquel embrollo que me llevaba de cabeza. En el interior había mucha gente y me refugié en una esquina de la barra para pedir un café que bebí de un sorbo. Me apoyé sobre el mostrador e intenté localizar a una mujer de mediana edad que tuviera un sustancial parecido con Paolo. Ninguna de las pocas mujeres allí reunidas respondía a aquellos requisitos e inevitablemente pensé que no acudiría a la cita pero, para mi tranquilidad, enseguida apareció una mujer que respondía a la imagen que me había hecho de ella. Era alta, rubia con el pelo moldeado y vestía muy discreta, pero elegante a la vez. Se acercó a la barra con decisión y pidió un café al camarero, al que saludó con deferencia, dando a entender que frecuentaba aquel sitio con asiduidad. La abordé de inmediato y le pregunté a bocajarro.

—¿La señora Pierazzuoli?

—Sí, soy yo... —me miró con extrañeza.

—Encantado. Me llamo Andrés Tomás.

—Es un placer. Yo soy Luciana —contestó, tendiéndome su mano para que se la estrechara mientras me sonreía de una manera comedida dejando entrever su nerviosismo.

—¿Podríamos hablar en algún sitio más discreto? Tal vez en aquella mesa del fondo —le sugerí.

Luciana asintió y tomando su café, nos dirigimos a una de las mesas del rincón para estar más tranquilos.

—Usted dirá, señor Tomás. Aunque le advierto que no sé si le seré de gran ayuda. Todo lo que me contó de mi hermano me parece de lo más confuso.

—Como ya le dije, conozco a Paolo y, desde hace unos meses, dejé de tener contacto habitual con él. No respondía a mis llamadas, ni recibí contestación a varios correos que le mandé.

—Si le conoce como dice, sabrá que es un hombre muy ocupado.

—Lo sé, lo sé... Conozco perfectamente su carrera como carabinero. Al principio lo achaqué a su trabajo pero, últimamente, empezó a preocuparme. No hace mucho recibí una carta suya donde solo figuraba una nota escueta que solo decía: «Te espero en Arborea.» Tuve mis dudas pero, con las vacaciones, pensé que era una buena idea viajar hasta Cerdeña para encontrarme con él y aclarar los malentendidos. Por supuesto, Paolo no apareció y dado que ya estaba aquí, me tomé esto como un juego de esos que tanto le gustan. Eso me llevó a preguntar en la parroquia de Arborea y allí conocí a Angelo Mani, el diácono, que me dio algunos datos sobre él.

—Angelo... Lo recuerdo. Era muy amigo de mi hermano. De jóvenes siempre iban juntos...

—Sí, me lo dijo.

—¿Y cómo está Angelo? Hace mil años que no lo he visto... —me preguntó con simpatía.

—Siento que se entere de esta forma pero... Angelo ha muerto —le dije bajando la vista, avergonzado por tener que ser yo quien le diera la mala noticia.

—¿Muerto?!... No es posible, pero si era muy joven —respondió sorprendida.

—Todavía es prematuro pero, al parecer, murió asesinado... Lo encontraron en uno de los canales que rodean Arborea.

Luciana, impresionada, se echó las manos a la boca para no proferir sonido alguno ante aquella noticia que la dejó estupefacta. Permaneció en silencio durante unos segundos que yo respeté, esperando que ella dijera algo.

—¿Quién podría hacer una cosa así?... No lo entiendo... Y, sobre todo, ¿qué tiene esto que ver con mi hermano?

—Lo siento si le he dado la impresión de que ambas cosas pudieran estar relacionadas, creo que se trata de una terrible coincidencia.

—Supongo que también será una coincidencia que conozca a los dos y que uno esté muerto y Paolo supuestamente desaparecido... —dijo con la cara desencajada, como queriendo dar una explicación a aquellas noticias.

Luciana se dio cuenta de la gravedad de sus palabras y no tardó ni un segundo en ofrecerme sus disculpas. Me pidió que le trajera un poco de agua y una vez bebió hasta medio botellín, respiró con profundidad y continuó hablándome.

—Discúlpeme si le he parecido un poco grosera, pero la noticia de la muerte de Angelo me ha impactado. Como le he dicho, lo conocía desde pequeño y también conozco muy bien a mi hermano. En toda esa historia que me ha contado sobre Paolo solo le falta un detalle... Sé todo sobre su vida y creo imaginar el tipo de relación que les une.

—No sé si debería contarle... —dije con voz entrecortada, avergonzado por tener que desvelarle el vínculo que mantenía con su hermano—. Paolo y yo estamos juntos... O al menos lo estábamos antes de reñir. Precisamente he venido para ver si podríamos arreglar lo nuestro.

—Por favor, Andrés, tuteémonos... No tienes por qué sentirte incómodo conmigo, no soy ninguna mojigata. Paolo lo pasó muy mal en su juventud; en realidad los dos lo pasamos mal. Mi padre era una persona muy estricta, educada en otra época. Consintió en perder a su familia antes que ceder ante la

realidad y ahora no creo que pueda rectificar.

—¿Aún vive?

—Si respirar se considera vivir, sí. Vegeta en una residencia, aquí en Sassari, víctima del Alzheimer. Del gran hombre que fue ya no queda nada. Yo voy a visitarlo alguna vez, más por piedad que por cariño, pero Paolo no ha podido ir a verlo nunca. Creo que todavía lo odia... Quizá lo teme más que lo odia.

—Una historia terrible.

—Mi hermano es guapísimo. ¡Qué voy a decir de él! si soy su hermana. Es alto y con un porte inequívocamente masculino, en cambio, le gustaban los hombres. Angelo y Paolo fueron muy buenos amigos, crecieron juntos y lo que al principio se vio como una relación normal, poco a poco se fue ensuciando con infamias. Otros amigos se iban echando novias y pronto empezaron los reproches por parte de nuestro padre. La inocencia dejó paso al sentimiento de culpa y Paolo se volvió más introvertido. No sé si los dos llegaron a tener una relación como pareja pero, en un momento dado, tuvieron que dejar de verse. Angelo entró en un seminario y Paolo... Paolo, harto del ambiente asfixiante de Arborea, decidió venirse a vivir conmigo.

—Eso fue lo que me contó Angelo el día antes de morir.

—Yo, hasta ese momento, había sido el garbanzo negro de la familia. Jamás me plegué a los dictados de mi padre y rehusé convertirme en una señorita bien con el solo objetivo de casarme y tener niños. Mi padre me amenazó con meterme a monja, pero eso solo alimentó las habladurías en el pueblo. Mi madre, al morir, nos dejó una casa en Sassari, que había heredado de su familia. Yo me fui de casa estableciéndome aquí. Me he labrado mi propio futuro y vivo sola pero feliz. Hago lo que quiero, voy donde me da la gana y nadie me gobierna. Cuando mi hermano decidió venir conmigo, me pareció de lo más normal; también esta era su casa y comprendía perfectamente por lo que estaba pasando, pero no tardé mucho en descubrir que Paolo se preocupaba mucho menos por su futuro que por la diversión y por explorar una sexualidad que intentaba vivir plenamente, sobre todo después del desengaño

que sufrió con Angelo. Pronto Sassari se le quedó pequeña y comenzó a frecuentar Cagliari, donde hizo muchas amistades. Éramos confidentes y mi hermano no dudaba en contarme sus experiencias, a veces con un excesivo detalle que hubiera preferido obviar, pero sabía en todo momento lo que hacía y con quién se veía. Le va a parecer poco decoroso, pero mi hermano llegó a tener un apodo en el ambiente de Cagliari... *La cagna di Sassari*, La perra de Sassari —dijo esbozando una leve sonrisa—. ¡Ya ve lo que trabajan las malas lenguas!... Menos mal que esto no podía hacernos más daño del que nos había hecho nuestro propio padre.

Me eché a reír al escuchar aquel apodo; jamás hubiera imaginado que Paolo hubiera podido ganarse a pulso aquel innoble título. Le pedí perdón a Luciana por la interrupción y sin darle mayor importancia ella continuó con su relato.

—Llegó el momento en el que tuve que ponerle las peras al cuarto... Le hice una serie de reflexiones sobre su futuro y de cómo estaba tirando por la borda los mejores años de su vida. Tal como nos habíamos marchado de casa, sin una *lira*, era hora de que fuera buscando un trabajo. La verdad es que tuve suerte y Paolo me hizo caso. Había abandonado hacía tiempo sus estudios de Ingeniería Agrícola en Oristano y, sorprendentemente, un día llegó a casa con su alistamiento en el cuerpo de *Carabinieri*. Al poco tiempo se marchó a Benevento para la instrucción y luego amplió sus estudios para suboficial en Florencia. Allí tiene fijada su residencia actualmente y donde espero que siga estando... Entonces me visitaba regularmente, pero luego fue espaciando sus venidas, así como las llamadas. Comprendo que cuando uno se va haciendo mayor y ya tiene su vida hecha, se vaya volviendo perezoso y Cerdeña no está a la vuelta de la esquina que digamos. Además, su trabajo, siempre de un sitio a otro, tampoco favorecía una relación fluida. Supongo que contigo haría lo mismo... Siempre hay que esperar a que Paolo te llame. A veces pensaba que más que carabnero era un agente secreto.

—Es verdad... —dije sonriendo al pensar en él—. Eso me desesperaba y fue uno de los motivos para que nos enfadáramos. Yo quería casarme con

Paolo y que se viniera a vivir a España, pero él siempre fue reacio a los cambios. Al principio lo achaqué a su trabajo, pero había algo más que le impedía tomar ese tipo de decisión. He venido hasta aquí para intentar recomponer la relación, si es que lo encuentro. Te agradezco que hayas sido tan franca conmigo. Ahora voy entendiendo algo más de su carácter. A veces he tenido la impresión de que Paolo estaba jugando conmigo.

—Eso es cierto, mi hermano siempre ha tenido un carácter muy dominante, lo que siempre le trajo problemas en sus relaciones de pareja aunque, en el día a día, es una persona extremadamente dulce, a veces hasta empalagosa.

—Luciana, ¿por dónde sigo buscándole?

—No sé qué decirte. Ayer, cuando me llamaste preguntando por él, yo también intenté ponerme en contacto por teléfono pero, como a ti, también me fue imposible y ahora estoy seriamente preocupada... Si te sirve de algo, te diré que antes de marcharse a vivir a la península tenía muy buenos amigos en Cagliari. Tal vez tendrías que preguntar allí; quizá sepan algo. Recuerdo a uno de sus amigos, Bruno. Una vez vino a Sassari a pasar unos días con él. Era muy callado, no especialmente alto ni guapo, con aquel pelo negro ensortijado como el de un caniche y que siempre se empeñaba en alisar aplicándose todo tipo de mejunjes. ¡Qué gracioso! Tenía un encanto especial. Para nada era una de esas “locas” que tanto divertían a Paolo, pero con las que jamás se hubiera ido ni a la vuelta de la esquina.

—Ahora que lo dices, recuerdo haber visto una fotografía de los dos en su apartamento de Florencia. Parecía que tuvieran una amistad especial.

—Sí, se querían mucho y siempre estaban llamándose por teléfono. Cuando se marchó, imagino que la relación con Bruno se fue enfriando, como ha pasado contigo, por lo que cuentas.

—¿Tienes algún teléfono? ¿Su apellido, quizá?

—Lo siento, no tengo ningún teléfono pero, espera... Creo recordar que se llamaba Morelli... Bruno Morelli, sí.

—Pero eso es como buscar una aguja en un pajar y en una ciudad tan grande como Cagliari.

—Ellos solían ir mucho a un local que se llamaba *Rainbow Café*, donde hacían espectáculos de transformistas. Allí no te será muy difícil contactar con él, si es que todavía lo frecuenta.

—Paolo me habló de ese sitio, era un garito que le divertía mucho... Gracias, Luciana. No es mucho, pero al menos puedo continuar mi búsqueda... Si lo encuentro te llamaré.

—Por favor, y si se pone en contacto conmigo haré lo mismo... Me ha encantado conocerte y desearía que tu relación con Paolo llegara a más —me dijo mientras sonreía con cariño.

Le dejé escrito mi número de teléfono y nos despedimos con un efusivo abrazo y allí se quedó sentada mientras, sin girarme, abandoné el local. Al salir, el cielo se estaba cubriendo con gruesas nubes anunciando tormenta, como si fuera un aviso de mal agüero y empezaron a caer unas gotas que tan apenas lograron refrescar el bochornoso ambiente de julio.

Volví otra vez al centro, donde había dejado aparcado mi coche. Tenía una sensación agri dulce: por un lado, había conocido a una mujer extraordinaria pero, por otro, todavía seguía sin tener una pista tangible de Paolo. Estaba sopesando tirar la toalla y volverme a España, pero algo en mi interior seguía diciéndome que no me dejara llevar por la desesperación y que continuara hacia adelante.

Ya era tarde y estaba cansado. La vuelta a Arborea era larga y las dudas me asaltaban. Precisamente, al coger el coche, tuve una extraña sensación. El automóvil era nuevo, pero esta vez me costó arrancarlo más que de costumbre.

Al poco de abandonar Sassari, comenzó a diluviar. Era la típica tormenta de verano que me acompañó hasta prácticamente la mitad del camino. Tuve que aminorar la marcha y puse un poco de música para hacer el tedio un poco más soportable. Cuando estaba llegando a las inmediaciones de Oristano, noté que algo realmente importante fallaba en el coche. Fueron segundos los que pasaron hasta que empecé a perder el control de mi automóvil. Intenté frenar repetidas veces, pensando en la carretera mojada, pero nada parecía responder. Me encontraba en un tramo con cierta pendiente y el coche,

acelerando peligrosamente, se acercaba a una curva. Di varios volantazos intentando retomar el control del vehículo, pero no sirvieron de nada. Acabé chocando con el quitamiedos de la carretera, que atravesé lanzándome por una cuesta abajo. Instintivamente solté las manos del volante para intentar cubrir mi cabeza, hasta sentir un golpe final en el que todo acabó. El silencio, la nada.

CAPITULO 7

No sé el tiempo que pasó hasta que conseguí despertarme aturdido y con un terrible dolor de cabeza. Un hormiguelo recorrió todo mi cuerpo al mismo tiempo que comenzaba a adquirir consciencia, pero no me atreví a abrir los ojos, por si me despertaba en un lugar que no pertenecía a este mundo.

No logré reconocer dónde me hallaba hasta minutos después. Me pareció un sanatorio; sin duda había tenido un accidente de tráfico, por las múltiples magulladuras y esa venda que notaba en mi cabeza. No parecía tener nada roto, pero me dolían todas las partes de mi cuerpo. Entonces comencé a revivir el accidente, aunque no pude precisar qué ocurrió después de perder el control del automóvil; todo estaba confuso en mi cabeza.

Permanecí inmóvil en la cama, sin osar hacer ademán de levantarme; simplemente no podía. Debía esperar a que se presentase alguna enfermera a quien preguntar, pero allí no aparecía nadie. Como pude, comprobé si había alguna especie de timbre para poder llamar y al verlo al alcance de mi mano, lo apreté con insistencia.

Una mujer menuda entró en la habitación en la que me encontraba solo. Era muy graciosa y por la manera de manejarse hubiera jurado que la avalaban muchos años de experiencia. Se arremangó e intentó ponerme la cama un poco más confortable para que me sintiera mejor. Me acercó un botellín de agua con una pajita para que bebiera, mientras acariciaba mi pelo y me daba dos palmaditas en el hombro.

—Andrés... ¿Cómo se encuentra?

—Me duele todo, pero creo que aún estoy vivo, ¿no?

—Puede sentirse afortunado. Ha tenido una conmoción en la cabeza pero, por lo demás, no tiene nada roto. Aun así, tendrá que permanecer en observación hasta mañana, para evitar complicaciones.

—¿Dónde me encuentro?

—En el *San Martino* de Oristano.

—¿Oristano?

—¿Qué pasa? ¿No le gusta la ciudad?

—No, no quería decir eso... ¿Y mi ropa?

—No se inquiete. Su ropa y documentación están guardadas en la taquilla. Buscamos en su cartera algún documento para poder rellenar el parte de ingreso y vimos su tarjeta sanitaria, así que no tiene de qué preocuparse... Por cierto, hay una persona que se ha interesado por usted.

—¿Quién? ¿Paolo?

—¿Paolo? No... El inspector Orsini, de la policía. Me dijo que cuando se despertara, lo llamara inmediatamente para hablar con usted.

—¿El inspector Orsini? ¡Qué raro! ¿Qué habrá pasado?

—No lo sé. Me imagino que será por lo de su accidente. ¿Quiere que lo llame ahora?

—Se lo agradecería. Me gustaría saber qué ha sucedido para que se presente aquí. Además, ya conozco al inspector.

—¿Sí? ¿Son ustedes amigos?

—No precisamente... Nos conocimos hace poco en Arborea.

—Muy bien, voy a avisarlo.

—Gracias... Por cierto, ¿cómo se llama?

—Roberta, pero le advierto que ya soy muy mayor para usted.

—Siento haberle dado la impresión de...

—Tranquilo, era una broma... aunque jamás le haría ascos a un joven tan guapo como usted —dijo riendo.

Me encontraba solo, sin más compañía que las cuatro paredes pintadas de un azul claro y una ventana con visillos, cuya claridad tenue me indicaba que era de día, aunque no hubiera sabido precisar si era por la mañana o ya estaba cayendo la tarde. Consulté a mi estómago para concretar una hora en función del apetito, pero no obtuve respuesta. Solo tenía sed, una terrible sed que me secaba la boca y me obligaba a carraspear constantemente. Me encontraba tan

desvalido, que no tenía más remedio que procurar ser un buen enfermo y dar la tabarra lo menos posible, así que me entretuve observando aquella habitación que, a simple vista, parecía desangelada y olía a desinfectante.

Cuando me había resignado a permanecer solo, sin más compañía que un gotero que me suministraba una especie de calmante, apareció por la puerta el inspector Orsini, saludándome amablemente.

—¿Cómo se encuentra, señor Tomás? —me preguntó mientras tomaba una silla para sentarse a mi lado.

—Ya lo ve, un tanto magullado, pero creo que vivo.

—Está visto que solo sabe meterse en problemas... —me dijo en tono condescendiente.

Hasta aquel momento no había reparado del todo en el inspector. Ahora, allí postrado, me pareció interesante observarlo. Era un hombre instalado en la cincuentena y aunque había perdido la frescura de su piel, conservaba trazos de una apostura perdida. Sus ojos azules, hundidos en las órbitas, destacaban sobre el resto del rostro ajado y con síntomas incipientes de flacidez. Una cicatriz ascendente surcaba su mejilla izquierda fruto, sin duda, de alguna acción arriesgada de su trabajo, pero no le añadía fealdad sino interés. Era una cara vivida y su pelo canoso, pero bien arreglado, dejaba intuir que en algún momento había sido rubio, como atestiguaba el inicio de sus cejas. Su nada desdeñable altura le impelía a ir un poco encorvado, dando la impresión de que iba ensimismado en sus pensamientos. Vestía correctamente y llevaba sus corbatas perfectamente anudadas al cuello. Un anillo de casado y un reloj carísimo eran sus únicas joyas, curiosamente el mismo tipo de reloj que le había visto lucir a Angelo. Si por el calzado se conoce a los señores, este era un perfecto caballero, con sus zapatos negros, discretos pero elegantes e increíblemente limpios.

—Aún no tenemos todas las pruebas pero, al parecer, han saboteado su vehículo... —continuó diciendo.

—¿Saboteado? Eso es ridículo. ¿Quién querría manipular mi coche para que tuviera un accidente? Si no me conoce nadie en Cerdeña —exclamé

sorprendido.

—Los latiguillos de los frenos fueron desenroscados deliberadamente y perdió casi todo el líquido... Verá, señor Tomás, alguien intenta deshacerse de usted y mucho nos tememos que ese alguien esté relacionado con el asesinato de Angelo Mani.

—Dios mío... —me quedé estupefacto—. No podía concebir que alguien matara a Angelo, pero mucho menos que quisieran hacerme daño a mí.

—He de serle franco. En un principio tuvimos serias sospechas sobre usted, pero comprobamos sus movimientos y su coartada. A pesar de ello, estoy seguro de que hay un punto de unión entre usted y el señor Mani.

—No sé qué más podría decirle que no le haya dicho ya... —intenté salirme por la tangente.

—Esta mañana me han entregado los resultados de la autopsia del señor Mani y, a parte de la muerte, causada por el golpe en la cabeza al caer sobre el borde de la acequia, hay signos claros de violencia sexual...

—No le comprendo —le dije mientras intentaba tragar saliva para digerir aquella noticia.

—Angelo Mani fue violado antes de morir —me dijo con claridad—. Prefiero obviar los detalles escabrosos y me limitaré a decirle que se han hallado restos de semen que ahora se están analizando.

El mazazo de la noticia me dejó aturdido durante unos segundos y no supe qué decir. Era imposible que aquellos restos de fluido fueran míos. Estaba muy confundido, pero el inspector parecía comprender la gravedad de lo que acababa de contarme y dejó que me recuperara de la impresión sin atosigarme. Había llegado el temido momento en que debía sincerarme. Era mejor contarle todo a que la policía siguiera elucubrando con mi relación con Angelo.

—Tiene razón, inspector... No se lo he contado todo.

—Tranquilícese. Si quiere, puede contármelo cuando esté más recuperado.

—No, no. Ahora es tan buen momento como cualquier otro y no tengo nada mejor que hacer.

—Está bien, le escucho...

—Ya le dije que había llegado a Arborea en busca de Paolo Pierazzuoli que, en realidad, era mi pareja. Lo éramos desde hacía bastante tiempo y habíamos llevado una relación intermitente por la distancia, pero continuaba en el tiempo. Un buen día discutimos y él regresó a Italia, dejando de contestar a mis llamadas, cosa que me preocupó, aunque no hace mucho recibí una nota suya, como ya le dije, citándome en Arborea y cuando cogí las vacaciones me vine en su busca.

—Sí, sí. Todo eso ya me lo contó cuando le tomé declaración... Excepto que ustedes eran amantes. ¡Vaya al grano!

—De acuerdo. Angelo me contó ciertas cosas... Descubrí que Paolo y él se conocían y que habían sido muy buenos amigos en su juventud, a pesar de haberse distanciado desde hacía tiempo, perdiendo el contacto por causas que ahora no vienen al caso. No sé cómo sucedió, pero ese mismo día, mientras estábamos en la playa, Angelo y yo acabamos juntos.

—¿Se refiere a que mantuvieron relaciones sexuales? —preguntó mientras le cambiaba el semblante.

—Sí, y al día siguiente volvimos a quedar para cenar en Oristano, pero esa vez no ocurrió nada... sexual quiero decir. Continuamos la conversación del día anterior; estuvimos hablando de mí, de Paolo y de su familia. Al final nos despedimos sin más. Yo al menos, esperaba volver a verlo al día siguiente.

—Disculpe si le hago esta pregunta... ¿Se enamoró de él? —me preguntó con el semblante serio.

—No lo sé... Algo muy fuerte me atrapó. Son de esas cosas que te suceden muy pocas veces en la vida. Tal vez si nos hubiéramos conocido más... ¡Quién sabe!

En ese momento le cayó el bolígrafo. Le notaba ciertamente nervioso y supuse que los detalles de este tipo de relaciones no le hacían sentir especialmente cómodo. Cuando recuperó su arma de trabajo, cambió de tercio para centrarse en otros aspectos.

—¿Y el señor Pierazzuoli? ¿Ha contactado por fin con él?

—No. Sigo igual. Y la verdad es que todavía me estoy preguntando por qué lo busco. No sé si está jugando conmigo o tengo que temer que algo malo le haya pasado. Precisamente volvía de Sassari, de hablar con su hermana, cuando sucedió el accidente y ella tampoco tenía conocimiento de su paradero.

—Nosotros hicimos ciertas averiguaciones...

—¿Sabe dónde se encuentra?

—No exactamente. Sabemos que trabaja para los Servicios Especiales, en la Brigada Antiterrorista con sede en Livorno y que pidió un permiso sin sueldo para visitar a su padre, que se encuentra ingresado en una clínica de Sassari.

—Lo sé. Su padre está enfermo de Alzheimer. Pero es extraño que fuera a visitarlo. La relación que mantienen no es muy buena que digamos y no creo que su hermana me mintiera al respecto, parecía bastante sincera cuando me dijo que, prácticamente, Paolo odiaba a su padre, por lo mal que se lo había hecho pasar durante su juventud.

—Esta mañana hemos comprobado que, efectivamente, tomó un vuelo a Alghero hace quince días... Así que sabemos que se encuentra en la isla y, al parecer, no adquirió billete de vuelta. Hemos dado órdenes de que, en el momento que intente volver a la península, desde cualquier aeropuerto de la isla, nos lo comuniquen.

—¿Sospechan algo de Paolo?

—Ya le dije una vez que nosotros sospechamos absolutamente de todo el mundo. Si el señor Pierazzuoli sabe algo, tendrá que compartirlo con nosotros. En este caso, tengo el palpito de que es una pieza fundamental y créame, no suelo equivocarme.

—Tengo intención de ir a la capital, a Cagliari, para hacer ciertas averiguaciones... —Intenté cambiar de conversación porque aquella me estaba inquietando.

—¿No ha tenido bastante con lo de su accidente? Por supuesto, puede hacer lo que quiera, pero le recomendaría que guardara reposo y en cuanto se encuentre mejor, regrese a su país... Es lo más seguro.

—Tal vez, pero al igual que usted, pienso llegar hasta el final del asunto; es una cuestión personal. No he venido a Cerdeña para hacer turismo y necesito más que nunca respuestas, no tanto sobre Paolo como sobre mí mismo. He de saber si he estado persiguiendo una quimera o al hombre de mi vida y, sobre todo, si es verdad lo que me ha contado, he de averiguar por qué quieren acabar conmigo, aunque no creo que Paolo tenga nada que ver con la muerte de Angelo si es eso lo que insinúa.

—Usted verá, pero manténgame informado de sus desplazamientos. No quisiera verlo debajo de una sábana como al señor Mani.

—Gracias, inspector.

—Mejórese, señor Tomás. Volveremos a vernos... ¡Ah! Y si contacta con el señor Pierazzuoli, háganoslo saber.

—¡Ya me gustaría a mí! Pero, no se preocupe, si sucede lo haré.

—¡Hay que ver lo obstinados que son ustedes los españoles! Así conquistaron medio mundo... —dijo Orsini con cierto retintín al despedirse.

Lo que más me preocupaba era que el inspector había despertado en mí la sombra de la sospecha. ¿Estaría Paolo detrás de la muerte de Angelo? Además, estaba el tema de la violación del pobre Angelo, que añadía algo más de incertidumbre al asunto.

La enfermera cortó con mis pensamientos en el momento de entrar la cena. Tenía hambre y estaba dispuesto a recuperarme cuanto antes. Había tantas cosas por hacer fuera, que empezaba a agobiarme el hecho de tener que pasar en observación una noche más.

Me suministraron medicación para el dolor y una pastilla para que durmiera plácidamente. La noche cayó como una losa y me arrebató en un sueño inducido que me hizo el mayor bien que podía esperar.

CAPITULO 8

Después de las pruebas pertinentes, tuve que esperar bastante tiempo hasta que llegó el doctor. Me dio los resultados e instrucciones precisas sobre la medicación y cuidados que debía aplicarme para, acto seguido dejarme marchar después de firmar el alta. Me vestí rápidamente y recogí todos mis efectos; tenía muchas cosas que hacer y no precisamente en aquel lugar. El inspector había dejado, muy amablemente, una copia del atestado que, según indicaciones precisas, me serviría como denuncia y me permitiría, previo paso por la compañía de alquiler, aclarar el tema del accidente para que pudieran suministrarme otro vehículo. La enfermera me entregó un collarín que ayudó a colocarme para evitar movimientos bruscos que me produjeran dolores o mareos.

De pronto me vi perdido en mitad de Oristano y no sabía hacia dónde tirar. Regresé a la recepción para preguntar dónde podría encontrar la casa de coches de alquiler y tras una breve averiguación, me dieron la dirección. Tomé un taxi en la misma puerta del hospital y en un periquete me presenté en la sucursal de la compañía.

Un hombre de mediana edad atendía aquella oficina. Llevaba unas pequeñas gafas para leer, de esas que parecen cortadas y te permiten mirar sobre ellas. La sensación de cómo me observaba me puso nervioso; mi accidente les iba a llevar un gran papeleo y no se le veía con muchas ganas de trabajar. Estuvo preguntando y llevando de un lado a otro la denuncia que me había preparado el inspector. Hizo unas cuantas llamadas y, por fin, me entregaron a regañadientes otro vehículo de similares características.

—Aquí tiene las llaves de su coche. Procure ser más cuidadoso la próxima vez... —me contestó con toda la impertinencia de que fue capaz.

—Espero que no haya próxima vez, pero de lo que sí estoy seguro es que si tengo que alquilar otro coche, no lo haré con su compañía... Adiós y que pase

un buen día.

Me marché dando un portazo, pero me había quedado como Dios. Me había hartado de remilgos y buenas maneras y este señor pagó el pato.

Ya era más de mediodía y tenía que comer. Estuve preguntando por la calle algún lugar donde comer y, que casualidad, todos me indicaron el mismo restaurante donde unos días antes me había llevado Angelo a cenar. Dudé en volver; aquel sitio me traía recuerdos que no sabía si podría afrontar.

Cuando entré en *Blaio*, me quedé un poco perdido y con una sensación de ahogo. El camarero me reconoció enseguida. Obviamente ya sabía lo que había pasado, así que pasé un poco de apuro hasta que él me habló.

—¿Usted es el acompañante de Angelo de la otra noche? —preguntó Fabio para iniciar una conversación.

—Sí... Veo que tiene buena memoria.

—Aún recuerdo su caída por culpa de aquella silla rota... ¡Menudo estropicio!

—Prefiero no acordarme de aquello... y de todo lo que vino después.

—Es terrible lo que le ha pasado al pobre Angelo... Lo conocía muy bien; también estudié en el seminario con él, aunque yo no tenía verdadera vocación y me salí... Angelo solía venir por aquí a menudo, algunas veces solo y otras con algún amigo.

—Ha sido espantoso... No lo llegué a conocer demasiado, pero le tenía mucho cariño.

—¿Quién ha podido hacerle algo así? Era un encanto como persona... ¿Le ha comentado algo la policía?

—No. Sé lo mismo que usted. Todavía están investigando y eso les llevará bastante tiempo —No tenía ganas de contarle a Fabio todo lo que me había dicho el inspector; estaba convencido que eso le incitaría a seguir una conversación que no me apetecía tener.

—¡Claro! Todo está bajo secreto hasta que encuentren un culpable. Por cierto, veo que lleva un collarín ¿Ha tenido algún percance?

—Un pequeño accidente con el coche... ¿Le importaría tomarme nota? Tengo que volver cuanto antes a Arborea.

—Disculpe, soy un poco chismoso... ¿Qué desea comer?

Me supo mal tener que cortarle, pero no me apetecía hablar más de la cuenta, y menos con aquel camarero tan cotilla, por mucho que fuera amigo de Angelo. Estaba harto del tema y solo quería comer.

Cuando terminé, volvió Fabio y con la excusa del postre, siguió insistiendo con sus preguntas impertinentes.

—Ahora mismo le traigo su *Panna cotta* y el café... Por cierto, no recuerdo cómo se llamaba...

—Andrés, Andrés Tomás.

—¡Ah, sí! Un nombre muy bonito, ahora lo recuerdo... Es usted español, ¿verdad?

—Sí. ¿Tanto se me nota? —Le puse cara de hastío, pero no debió de percatarse cuando continuó hablándome.

—Su italiano es casi perfecto, pero el acento le delata...

—¡Ah!... Es muy halagador por su parte.

—No quisiera parecer entrometido, pero ya se lo dije en una ocasión, que si necesita cualquier cosa, lo que sea, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias, Fabio, siempre es agradable poder contar con alguien cuando estás fuera de tu casa.

Fabio deslizó sobre la mesa, como el que no quiere la cosa, un papel con su número de teléfono anotado en él. En seguida lo calé, era un «entendido» con una pluma bien disimulada; una «oculta» que quería ligar conmigo descaradamente; un tipo con muy poca vergüenza, dadas las circunstancias en las que nos habíamos conocido. Aun así, por no desairarlo, cogí la nota y la guardé en mi bolsillo sin mirar.

Pedí la cuenta y me marché. Mi regreso se iba haciendo inevitable y, al coger el coche, respiré profundamente; nada iba a amedrentarme y menos un automóvil. Esto solo había sido un pequeño tropiezo en mi camino y,

afortunadamente, todavía estaba vivo para poder contarlo.

Mi entrada en el *Gallo Bianco* fue como el recibimiento del hijo pródigo. Estaban francamente preocupados y al verme llegar, como recién venido de la guerra, me condujeron casi en volandas al comedor, donde me sentaron a la mesa y tras ofrecerme café, se pusieron a mí alrededor para que les contara con todo lujo de detalles las peripecias que había tenido que pasar.

—Señor Tomás, ¿qué le ha sucedido? Estábamos muy preocupados por su ausencia —preguntó Franco.

—Estoy bien, solo un poco magullado. Ha sido un pequeño accidente de tráfico, pero ya estoy mejor. Estuve en el hospital de Oristano, en observación, y esta mañana me han dejado salir...

—Menos mal. Temíamos que le hubiera pasado algo parecido a lo del pobre Angelo —añadió Valeria.

—Gracias, de verdad, pero ahora estoy muy cansado y, si me lo permiten, voy a acostarme un poco en mi cama hasta la hora de cenar.

—Claro. ¡Cómo no! Yo misma lo acompañaré a la habitación. No se preocupe, lo llamaremos para cenar. Haremos algo especial para usted. Tiene que recuperar fuerzas —dijo Goretti.

Ella se ofreció para acompañarme, pensando que podría darme algún mareo subiendo las escaleras, pero en realidad deseaba decirme algo. Una vez entramos en el cuarto, me senté encima de la cama y Goretti cerró la puerta por precaución.

—Señor Tomás, la policía ha estado aquí, haciendo preguntas sobre usted.

—Ya, ya... No tiene de qué preocuparse. Son cosas rutinarias.

—Preguntaron si sabíamos qué tipo de relación tenía con Angelo... Ni siquiera sabíamos que usted lo conocía.

—Verá, Goretti... Acudí a él para averiguar el paradero de Paolo Pierazzuoli, mi amigo y la razón por la que estoy aquí. Es verdad que Angelo y yo salimos juntos un par de veces y que hicimos cierta amistad, pero puede estar tranquila. No espero que entienda nada de esto, pero le aseguro que no he

tenido nada que ver con su muerte.

—Discúlpeme, señor Tomás, en ningún caso se me hubiera ocurrido que tuviera nada que ver con eso. Simplemente nos sorprendió bastante que la policía hiciera averiguaciones sobre un huésped.

—Le agradezco su interés, Goretti, al igual que a toda su familia. Han sido muy amables conmigo.

—No quisiera pecar de indiscreta, pero quizá debería saber algo sobre Angelo y Paolo Pierazzuoli...

—No se ofenda Goretti, pero no quiero dar más pábulo a las habladurías. Creo que sé lo suficiente de ellos dos.

—Como guste. Ahora lo importante es que se recupere cuanto antes... ¡Ah!, por cierto, también recibió una llamada.

—¿Una Llamada?... ¿De quién?

—Solo sé que era un hombre... Llamó el mismo día que se marchó, al poco de salir. Gigi estaba en la recepción y solo le dijo que se había marchado a Sassari... Tal vez no tenía que haberle dicho nada.

—¿No dio su nombre?

—No. Colgó inmediatamente.

—Gracias, Goretti. Si vuelven a llamar y no estoy, os ruego que no digáis a dónde he ido y, en todo caso, pedidle el nombre. Es muy importante.

—Así lo haremos. Ahora mismo se lo digo a Gigi y a Franco... Tengo una mala sensación, no sé. Tenga mucho cuidado.

—Lo tendré, Goretti. De verdad, no se preocupe.

—Por cierto... Mañana es el funeral de Angelo. Lo traerán directamente desde Oristano y acudirá todo el pueblo.

—¿A qué hora es la misa?

—A las once... Usted también asistirá, ¿no?

—Por supuesto. Es lo menos que podría hacer por él.

—Si quiere, puede venir con nosotros.

—Se lo agradezco. No tengo a nadie más aquí.

—Que descanse... Luego le llamo para cenar.

—Hasta dentro de un rato, Goretti, y gracias por todo.

Cuando cerró la puerta, me dio la sensación de que, aparte de complicarme la existencia, se la estaba complicando a los demás. Tal vez si no hubiera venido nunca a Arborea, Angelo aún estaría vivo. Sin querer había desencadenado una serie de acontecimientos de imprevisibles consecuencias y ahora no podía pararlos. Llegaría hasta el final aunque me costara la vida.

No tardé en quedarme dormido; el confortable colchón de mi habitación en nada se parecía a la incómoda cama del hospital y casi sin enterarme llegó la hora de la cena, anunciada con una llamada por el teléfono de la habitación. Me sobresalté y por un momento no pude precisar dónde me encontraba, si en Arborea, en Oristano o en mi propia casa. Me introduje en la ducha con los ojos cerrados, esperando que el agua me despejara. Debía bajar al comedor, aunque solo fuera para agradecer sus desvelos a los Petruzzi. Hacía calor y no me apetecía ponerme el collarín, así que lo aparqué dentro del armario y me puse ropa cómoda; hoy no tenía que salir, así que, después de cenar, continuaría en mi habitación con el reposo que me alimentaría más que cualquier comida.

Mientras cenaba, comenzó a dar vueltas en mi cabeza todo lo que había pasado. Me sentía solo, terriblemente solo. Mañana sería el entierro de Angelo y seguro que volverían las emociones, los recuerdos y las preguntas, así que me despedí para ir directo a mi cuarto. Cerré la puerta y procuré que los pensamientos se quedaran en el pasillo, aunque me aguardaran al día siguiente nada más cruzar el umbral de mi habitación.

CAPITULO 9

Era domingo y hacía justo una semana de mi llegada a Arborea. Por lo que a mí respectaba, solo me quedaba asistir al funeral de Angelo antes de lanzarme a mi viaje a Cagliari para continuar con mis averiguaciones.

Me vestí con lo más elegante que tenía y bajé al comedor donde estaban todos esperándome. Le pregunté a Goretti si había alguna floristería en la población y ante mi insistencia hizo una serie de llamadas para que la florista local preparara un centro; no quería presentarme en el funeral con las manos vacías. Era lo mínimo que podía hacer por Angelo.

Mucha gente se había reunido en las inmediaciones del templo, mientras otros ya ocupaban los bancos de la iglesia. Esperamos fuera la llegada del coche fúnebre que estaba a punto de llegar. Unos instantes antes apareció la hermana mayor de Angelo. Era una hermosa mujer, con una larga melena negra y vestida de luto riguroso.

Las campanas comenzaron a tañer con su típico lamento en el mismo instante que apareció el coche con los restos de Angelo. En ese momento, las lágrimas afloraron en mi rostro. Intenté reprimirlas por pudor, pero mis sentimientos estaban desbocados y en ese punto comprendí lo necesarias que llegaban a ser las gafas de sol. Del templo salieron a recibirlo el viejo sacerdote que concelebraba la misa con el obispo de Oristano, que había venido ex profeso para celebrar la misa de réquiem por un diácono de su diócesis. Don Silvio llevaba la típica casulla morada de los entierros y el obispo iba vestido de pontifical, con la capa pluvial y los ornamentos propios de su dignidad.

La celebración y la homilía estuvieron plagadas de consuelo y hermosas palabras. Goretti y yo no paramos de intercambiar pañuelos hasta que se formó el cortejo que debía acompañar el féretro hasta el camposanto. Todo el pueblo, del mismo modo que en la misa, hizo acto de presencia para darle

cristiana sepultura en el cementerio, situado a las afueras del pueblo.

Pese a sus años, el párroco no dudó en acompañar hasta el final al que había sido su mano derecha al frente de la iglesia; lo quería como a un hijo. No lloraba, porque los curas no lloran jamás, por lo menos ellos saben que les espera otra vida llena de dichas, pero su semblante, terriblemente apesadumbrado, mostraba signos inequívocos de pena. Una estola morada y un misal eran las únicas herramientas a las que se aferraba para poder afrontar aquel golpe.

Cuando llegamos al pequeño patio donde se iba a ubicar la última morada de Angelo, un nicho abierto esperaba recibirlo. Los de la funeraria colocaron el ataúd sobre un pequeño elevador para facilitar su colocación. Al fondo de la oquedad se podían observar lo que parecían unas pequeñas bolsas que, sin duda, contenían los restos de sus padres y que le harían compañía para toda la eternidad.

Mientras Don Silvio rezaba unas emotivas oraciones en voz alta, fueron deslizando la caja en aquel pequeño cubículo.

*Venid en su ayuda, santos de Dios;
salid a su encuentro ángeles del Señor:
recibid su alma y presentadla ante el Altísimo.
Cristo que te llamó, te reciba
y los ángeles te conduzcan al regazo de Abraham.
Al paraíso te lleven los ángeles
a tu llegada te reciban los mártires
y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén.
El coro de los ángeles te reciba
y junto a Lázaro, pobre en esta vida,
tengas descanso eterno. Amén.*

Un pequeño centro de flores, por toda compañía, se puso sobre su ataúd; era el mismo que había encargado a toda prisa antes del funeral. Fue el postrer adiós antes de colocar la losa que cegó la entrada para siempre.

En el instante en que el enterrador daba los últimos toques para cerrar el

nicho, sentí un vuelco en el corazón y un vacío en el estómago, era como si una parte de mí se quedara encerrada con Angelo. Nunca había podido soportar ese momento, en el que cada uno de los presentes, en silencio, interioriza sus miedos, sus recuerdos y el salto al vacío que supone la muerte.

La vida continuaba y al volver al *Gallo Bianco* me introduje de cabeza en la ducha y dejé que, con el agua que se escurría por mi cuerpo, se escaparan los malos recuerdos y la tristeza pasada.

CAPITULO 10

Odiaba los lunes, pero aquel me pareció el día más maravilloso de la semana. Cuando abrí los ojos con la primera claridad del día, me pareció que habían transcurrido siglos respecto de los últimos sucesos e inevitablemente había pasado página.

Solamente tenía que reservar la habitación en algún hotel de Cagliari para quemar el último cartucho de mi búsqueda. Franco y Goretti me aconsejaron un alojamiento que pertenecía a unos buenos amigos suyos, el hotel *Italia*. Descolgaron el teléfono y después de unos breves minutos para intercambiar saludos, realizaron todas las gestiones para que dispusiera de un establecimiento confortable en la capital.

Valeria me entregó mi ropa, lavada y planchada primorosamente, así que subí para hacer el equipaje y en un periquete ya tenía todo listo para mi viaje. No sabía si por azar de los acontecimientos regresaría y por eso metí todas mis pertenencias en las maletas que traje al llegar. En eso estaba cuando sonó el teléfono de mi habitación.

—¿Sí?

—*Signore* Tomás... tiene una visita —dijo Goretti.

—¿Una visita? ¿Quién? —mi corazón dio un vuelco pensando que tal vez fuera Paolo que por fin acudía a nuestra cita.

—Es un tal Fabio... Está aquí, en recepción. Dice que es un amigo que desea saludarle —En aquel momento mi desilusión se hizo patente.

—¿Fabio?... —dije poniendo cara de extrañeza—. Está bien, dígame que bajo enseguida.

«¿Que querría este pesado?», pensé. Estaba sorprendido pero, sobre todo, no me apetecía para nada ver a aquel camarero; su sola presencia me recordaba a Angelo y no quería que mis pensamientos volvieran sobre el tema. Bajé los escalones contrariado hasta llegar a la recepción. Allí estaba Fabio,

con una sonrisa que me pareció del todo postiza. Reconozco que, sin el traje de camarero ganaba mucho, pero seguía despertando en mí una profunda repulsión.

—¿Cómo estás, Andrés?... Me alegro de verte —me dijo con esa vocecilla que siempre parecía pedir disculpas por todo.

—Hola, Fabio ¿Cómo es que has venido a Arborea? Además, ¿cómo sabías que me alojaba aquí?

—Hubiera querido venir ayer al entierro pero, por mi trabajo, no pude hacerlo. Tengo algunos conocidos de Arborea y al comentar con ellos lo de Angelo, me dijeron que habías acudido al funeral con los dueños del *Gallo Bianco* y que se te veía bastante afectado. Supuse que te alojabas aquí y vine a visitarte. Ahora iba al cementerio, a llevarle un ramo de flores. ¿Quieres acompañarme?

—Preferiría no tener que volver allí pero, si quieres, podemos dar un paseo y hablamos.

—Perfecto. Me parece bien.

Salimos juntos sin rumbo fijo y dejé que Fabio se tomara su tiempo para empezar a hablar. No me apetecía romper el hielo y ya que había tenido la osadía de venir a verme, le pertenecía a él el dudoso honor de empezar la conversación. Mientras, me mantuve todo lo cortante que me permitía mi buena educación.

—Yo quería mucho a Angelo... —empezó a hablar—. Como ya te dije, lo conocí durante mi estancia en el seminario y entablamos una entrañable amistad. Aunque siempre me he considerado un buen cristiano, no tenía verdadera vocación y decidí ser consecuente.

—Ya, ya me lo contaste el otro día —puntalicé mientras soltaba un bufido de hastío.

—Lo siento, sé que me enrolló como las persianas... Angelo tenía un carácter muy fuerte y controlaba mejor sus sentimientos.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Simplemente que, a mi entender, Angelo no sentía plenamente la llamada religiosa. Le encantaba colaborar con los necesitados, eso sí, pero lo hubiera hecho de igual manera trabajando para una ONG. Creo que, para él, el sacerdocio era un trabajo y no me extraña que no llegara a más.

—Mira, Fabio, realmente no sé porque me cuentas estas cosas; ya no tiene sentido... Además, solo falta que me digas que estuviste enrollado con él.

—No hace falta que seas sarcástico conmigo —me soltó, un poco molesto por mis palabras.

—Es que no te comprendo. No me conoces de nada y, de pronto, pretendes tener una intimidad conmigo que me parece de lo más impropio. Llegas, como un elefante en una cacharrería, y me cuentas cosas de Angelo que, mentiría si te dijera que no me interesan, pero me da mucho pudor que seas tú quien me las cuente... Yo solo tuve una breve relación de amistad con él.

—Te pido disculpas si te he parecido avasallador y, si me permites, necesitaría desahogarme contigo. No tengo muchas oportunidades de poder hacerlo y tú me pareces una buena persona, comprensiva y...

—Está bien, Fabio. No tengo ningún derecho a tratarte así. Cuéntame lo que quieras, te escucho.

—Gracias... Supongo que ya te habrás hecho una idea de cómo soy.

—Creo que sí. Eres como un libro abierto.

—Me refiero a que te habrás dado cuenta de que soy gay, al igual que Angelo y supongo que tú también lo eres...

—No es una cosa como para ir pregonándola pero, siendo tan directo como lo eres, te diré que sí. Nunca lo he ocultado, ni me avergüenzo por ello.

—Es muy fácil serlo en un país como el tuyo, donde incluso ahora os podéis casar, pero no sabes el infierno que representa ser así en esta isla y más en una ciudad tan provinciana como Oristano. A lo sumo, tienes que conformarte con encuentros esporádicos en lugares sórdidos como parques y descampados; hay mucha gente que solo busca sexo rápido y sin compromiso. Esto desarrolla un sexto sentido para fijarte en detalles que, a la mayoría, le pasarían desapercibidos.

—Pero eso también pasa en España, no solo aquí en Cerdeña.

—Ya, pero aquí no podemos aspirar a más. Para mí, fue una revelación conocer a Angelo. Su carácter abierto y desinhibido lo convirtió en un dios para mí. Él me abrió un mundo que, hasta entonces, me parecía vedado y que yo enmascaraba con mi beaterío. Nunca tuve relaciones sexuales con Angelo, eso quiero dejarlo claro. Solo fui su confidente o más bien su confesor. Compartíamos habitación en el seminario y por las noches iba desgranándome historias como por fascículos. Era excitante y llegué a pensar en algún momento que esta vida podía desarrollarse con la misma facilidad con la que él me la contaba. Nada más lejos de la realidad, yo mismo me di de bruces cuando salí al mundo real.

—Hablas de Angelo como si fuera un poco «puta», si me permites la expresión.

—Era mi héroe y todas aquellas historias las vivía como si fueran una aventura fascinante. Hizo de la homosexualidad algo tan apetecible que llegué a imaginarme protagonizando aquellas vivencias.

—¿Te contó algo sobre una vieja relación con un tal Paolo?

—Sí. Durante un tiempo no paraba de hablar de él. Luego parece que se olvidó o le fueron interesando otros hombres... Reconozco que no hablaba muy bien de él; lo definía como su «peluche» y, según decía, él solo quería estar entre sus brazos buscando mimos. Angelo era, ¿cómo decirlo?... más sexual. Entraba siempre a matar y cuando fijaba su intensa mirada con aquellos preciosos ojos verdes, era una invitación para acostarse con él. Huía de una relación que olierá a estable o pudiera perjudicarlo. Aun así, tenía debilidad por Paolo. Fue con el único que podría haber llegado a algo pero, según me dijo, las circunstancias familiares dieron al traste con aquella relación. Siguieron viéndose durante algún tiempo, cuando Paolo se fue a vivir a Sassari, pero ambos estaban ya en otra onda y la cosa no llegó a más. De lo que más arrepentido estaba era de cómo había tratado a Paolo cuando lo desengañó para que lo dejara en paz. Por lo visto, lo llevó a algún cuarto oscuro donde le mostró una vida de lujuria que no iba para nada con lo que el

otro pretendía. Tuvieron una fuerte bronca y allí se quedó todo. Jamás entendí esa enfermiza relación, por mucho que Angelo intentara explicármela... En fin, un lío, ¿no te parece?

—La verdad es que sí... Al menos de la manera en que me lo cuentas.

Aunque en principio no me apetecía hablar con Fabio, debo reconocer que aquella conversación se hizo cada vez más interesante. Sus confidencias me estaban revelando una faceta sobre Angelo desconocida para mí y que desmontaban el mito que me había creado sobre él; empezaba a comprender ciertas cosas de su comportamiento. Quizá no fue casual que, al conocer mi relación con Paolo, Angelo, con una rapidez inusitada, acabara haciendo el amor conmigo en aquella playa solitaria. Tenía que seguir preguntando a Fabio; debía saber más sobre aquel ser fascinante cuyo recuerdo estábamos compartiendo.

—¿Y ahora? ¿Se estaba viendo con alguien?

—Tal vez. No hablábamos tan habitualmente como antes, pero en cierta ocasión me insinuó que tenía una relación con alguien importante de Oristano, mucho más mayor y que le hacía tremendos regalos. Por lo visto se había encaprichado de él. Cuando Angelo se cansó del tipo, hizo lo de siempre, dejar de contestar a las llamadas y evitarlo hasta que se desengañara. Todavía recuerdo haber presenciado monumentales broncas por teléfono, donde Angelo se mostraba de lo más cruel... Aquel comportamiento no me gustaba, pero jamás le dije nada.

—¿Sabes si aquel tipo lo acosaba?

—Que yo sepa no, pero ya te digo que, últimamente, no hablábamos tanto.

—¿Sabes si el reloj que lucía Angelo se lo había regalado ese hombre?

—Es posible... ¿Crees que pudiera tener algo que ver con su muerte?

—No lo sé, era simple curiosidad. En todo caso no hay forma de que nosotros consigamos averiguar quién lo hizo ni los motivos que tuvo. Habrá que confiar en la policía...

Fabio se detuvo y miró su reloj. Debió pensar que se hacía demasiado tarde para lo que había venido a hacer y, con un suspiro que delataba que también se

encontraba a gusto, me dijo:

—Andrés... Creo que ya hemos dado suficientes vueltas por Arborea. Tengo que volver al coche a por el ramo de flores. Si no quieres acompañarme al cementerio lo comprenderé, pero he venido a despedirme de mi amigo y...

—No te preocupes, te acompañaré.

—Gracias. Me alegro de que hayas decidido venir conmigo. Es muy duro para mí tener que ir solo.

Fuimos en coche hasta el cementerio y lo dejamos aparcado en la puerta. No había nadie allí en ese momento y entramos juntos en el recinto que ahora me parecía menos lúgubre, como si emanara de allí una paz que relajaba el ánimo. Nos acercamos hasta el nicho donde reposaba nuestro amigo y Fabio se acercó para dejarle las flores sobre la repisa. Una breve oración, que recitó en voz alta y que yo seguí en silencio y un beso transmitido con la mano, fue el escueto homenaje que le dedicó a su amigo. Era más de lo que muchos habían hecho por él pero, tal vez, al calor de las revelaciones, más de lo que se merecía.

—Bueno, ya es hora de que vuelva a Oristano... Disculpa si te he importunado —volvió a decir con aquella vocecilla entrecortada.

—No, discúlpame tú a mí. Reconozco que al principio me resultaste cargante, pero me he dado cuenta de que he sido muy injusto. En algún momento llegué a pensar que solo querías ligar conmigo.

—No quería darte esa impresión. Solo buscaba tu amistad; ambos conocíamos a Angelo. Si te di mi teléfono es porque te vi muy abatido. Además, estabas solo y entre nosotros hay que ayudarse... —dijo esbozando una sonrisa.

—Entonces... ¿No te gusto ni un poquito?

Fabio sonrió y me cogió la mano como agradeciéndome el que ya no estuviera enfadado con él.

—Sí, pero muy poco... —me contestó riendo abiertamente.

A pesar de estar en un cementerio, nos dimos cuenta de que la vida seguía y

que, inevitablemente, debíamos continuar hacia adelante.

—Fabio... ¿Te apetece que comamos juntos? —le sugerí intentando alargar aquel encuentro en el que, por fin, me sentía cómodo.

—¿En serio? —dijo sorprendido—. Me encantaría, pero debo advertirte una cosa: si pasas más tiempo conmigo acabarás por enamorarte de mí y soy muy peligroso...

—No me sorprendería nada. Me han pasado tantas cosas en una semana, que esto es lo menos preocupante. Vamos, te invito al *Country Resort*.

Fabio asintió con la cabeza y cogimos su coche para acercarnos a la playa. Mientras comíamos, descubrí un hombre divertido, sencillo y sin dobleces. No destacaba por ningún atractivo físico y por lo que le tiraban los botones de su camisa, tampoco el culto al cuerpo se encontraba entre sus prioridades. El pelo castaño le caía a ambos lados en una melena mal peinada y sus ojos pequeños y oscuros, enmarcados por unas cejas pobladas, eran como los de un niño, vivos e inquietos, atentos a cada gesto mío. Hacía tanto tiempo que no me divertía con una conversación, que consiguió que me olvidara de todo lo que tenía que hacer aquella tarde.

—Andrés, no me gustaría pecar de cotilla y más después de lo que me dijiste, pero estoy muy intrigado... ¿Cómo conociste a Angelo?

—Uff... Esa es una historia un poco complicada. ¿Te acuerdas de Paolo Pierazzuoli?... Resumiendo mucho, vine a Arborea en busca de él. Era mi pareja, pero últimamente no iban bien las cosas entre nosotros. Como no lo encontré, fui a la iglesia a preguntar. Allí estaba tu amigo Angelo... Hablamos, intimamos y de ahí surgió una breve pero bonita amistad.

—Sí que has resumido, sí. Pero, dime, ¿hubo «tema» o no hubo «tema»?

—¡Ah! ¿Te refieres a si follamos o no?... Digamos que algo hubo.

—Ya lo imaginaba... Nunca te había visto el pelo. De repente aparecéis los dos y te pasea por *Blao* como el que exhibe un trofeo... Bueno, y de tu novio ¿qué?

—Pues en esas estamos. Todavía lo estoy buscando.

—¡Malo! Es un poco complicado cuando alguien no quiere ser encontrado. Yo que tú, pensaría en cambiar de pareja.

—Gracias por el consejo, pero no. Al menos tengo que averiguar qué ha pasado. Luego ya veré que hago... ¿Y tú? Fabio... ¿Es que no me vas a contar nada de tu vida después de que saliste del seminario?

—La verdad es que no hay mucho que contar. Busqué trabajo y desde entonces estoy en *Blaio*. Estoy terminando unos cursos de cocina en la Escuela de Hostelería de Oristano y espero que, con el tiempo, pueda ponerme por mi cuenta y montar un restaurante, pero está la cosa difícil. Tal vez me marche a España a probar suerte... Lo mismo encuentro a algún español como tú y me caso con él —dijo soltando una carcajada.

—No te lo recomiendo. Saldrías perdiendo con el cambio... Vamos a ver, y de novios ¿cómo andamos?

—Uy, de eso peor aún. Tuve uno que se llamaba Luca y que era de Terralba, un pueblo cercano a Arborea. Era más feo que pegarle a un padre y no tenía muchas luces que dijéramos, pero era cariñoso. Aguanté con él hasta que volvió al pueblo para cuidar de su madre pero, más que amor, sentíamos cariño el uno por el otro; todavía nos vemos de vez en cuando, pero ya como amigos... Luego lo de siempre: polvos a escondidas, viajes a Cagliari para visitar los garitos de ambiente donde, al venir de fuera, uno siempre es la novedad y rollos esporádicos con hombres casados, que follan de maravilla y siempre te dejan buenos regalos. Además, en Cerdeña la cosa está cruda. Si en Italia hay mucho machismo, imagínate aquí. Solo falta que te lapiden en la plaza pública. En cuanto pueda me largo, no sé si a la península o tal vez me vaya a España como te he dicho.

—¿Y tu familia?

—Viven todos en un pueblecito llamado Bosa. Somos siete hermanos y yo soy el quinto. No creo que repararan en mi ausencia. Soy una especie de «garbanzo negro» después de que dejara el seminario.

—En mi país hay un dicho que reza, «no hay quinto malo».

—¿Y eso qué significa?

—Es una expresión taurina de mi tierra. Durante una corrida, generalmente se lidian seis toros. Antiguamente, debido a que las plazas estaban alejadas de las ciudades y el regreso se hacía difícil, los espectadores se marchaban antes de que terminara el espectáculo, por eso los ganaderos colocaban el mejor toro en el quinto lugar, para que aguantaran.

—Creo que he entendido lo que has querido decirme... Muchas gracias por ese cumplido. Eres un gran tipo y estoy seguro de que conseguirás todo lo que te propongas. ¡Qué afortunado debe ser ese Paolo!, aunque quizá él no lo sepa.

Miré el reloj y ya era tarde. No hubiera querido romper la magia de aquel momento, pero debía marcharme a Cagliari y le hice notar a Fabio que debíamos regresar.

—Tenemos que irnos... —dije señalando mi reloj.

—Tienes razón. Yo también tengo que volver a Oristano.

Fabio me dejó en la puerta del *Gallo Bianco* y se despidió de mí con un beso robado. Aquel adiós no ponía fecha a un reencuentro que, de seguro, no se volvería a repetir.

Cuando entré en el hotel, me dirigí a la habitación, donde me aguardaban las maletas que había preparado de buena mañana, pero antes debía hablar con el inspector Orsini. Tal como me había pedido, debía llamarlo para que supiera dónde localizarme, no en vano había un asesino suelto y tampoco era cuestión de jugarme el pellejo en balde.

—¿Inspector Orsini? Soy Andrés Tomás.

—Señor Tomás... ¿Ocurre algo?

—No, no. Solo le llamaba para decirle que me marcho a Cagliari.

—Para buscar a ese tal Paolo, ¿me equivoco? Veo que no he conseguido hacerle cambiar de opinión. Tenga mucho cuidado y, sobre todo, no intente hacer averiguaciones por su cuenta; podría ser peligroso. Queda advertido.

—Lo sé, pero ya le dije que estaba determinado a esclarecer ese asunto... Por cierto, he estado hablando con un amigo de Angelo y me ha comentado que, posiblemente, se estuviera viendo con una persona de Oristano, mayor

que él. Parece ser que habían roto, pero el tipo todavía seguía insistiendo en querer mantener dicha relación. Se lo digo por si puede ayudar a esclarecer el caso.

De repente se hizo un silencio que me sorprendió, pero antes de preguntarle si seguía al teléfono, Orsini me contestó con la voz mudada.

—¿Está seguro de lo que dice? Comprenderá que con tan pocos datos no me sirva de nada lo que me acaba de decir... ¿Sabe cómo se llamaba ese supuesto amante de Angelo?

—No, ni idea.

—¿Quién le ha contado estas cosas? —me preguntó notablemente nervioso.

—Fabio, el camarero de Blao.

—¡Ah, Fabio! Si, lo conozco; un gran tipo. Tímido, nervioso pero muy buena persona... Tal vez hable con él. Entonces... Fabio no recordaba el nombre de esa persona, ¿no?

—No, no sabía nada... Ya se lo pregunté. Pero, por Dios, no le diga usted que yo se lo he contado. Dirá que soy un chismoso.

—No se preocupe, señor Tomás, seré discreto... Y usted, sea muy prudente en Cagliari.

—Lo seré. Adiós.

Me quedé un poco intranquilo, a lo mejor me había precipitado al comentarle al inspector lo que Fabio me había revelado, pero creí necesario abrir pistas para que se esclareciera cuanto antes aquel espantoso crimen.

Bajé mi equipaje a la recepción y me despedí de los Petruzzi, deseando que, en pocos días, volviéramos a vernos.

—Esperamos que lo pase muy bien en Cagliari. Le seguiremos reservando la habitación por si vuelve —me dijeron a modo de despedida.

—Gracias por todo, amigos —les dije mientras les daba un abrazo a cada uno.

—No se preocupe, tenemos la corazonada de que volverá —me contestó Goretta con un pañuelo en la mano que, de cuando en cuando, se acercaba a la

nariz.

Valeria y Goretti se quedaron en la puerta, mientras Gigi me ayudaba a colocar el equipaje en el coche. Cuando me alejaba, no pude dejar de mirar por el retrovisor, hasta que, al doblar la esquina, los perdí de vista.

Cuando llegué a Arborea, venía cargado de esperanzas e ilusiones y ahora me iba de vacío en busca de respuestas. En realidad, también me llevaba recuerdos, montones de ellos: buenos y malos y, con cada uno, una experiencia que me había hecho madurar más que en todos los años de mi vida. En aquella semana había encontrado personas maravillosas por las que valía la pena haber llegado hasta aquel recóndito lugar de Cerdeña.

Se me hizo de noche cuando aparecieron las primeras luces de la ciudad. Aparqué mi automóvil lo más cerca del hotel que pude y tomé las maletas para entrar en él. La zona era buena, muy cerca del ayuntamiento, y el establecimiento cumplía de sobra con mis necesidades.

—¿El señor Tomás? —me preguntaron nada más entrar en la recepción—. Lo estábamos esperando.

—Gracias. Son ustedes muy atentos. Vengo cansadísimo del viaje y me gustaría dejar mi equipaje en la habitación.

—Cómo no, aquí tiene la llave. Su habitación es la 313. Si es tan amable de dejarnos su documentación, le rellenaremos la ficha.

—¿Podrían indicarme algún sitio donde ir a cenar?

—Hay muchos, pero si lo que busca es un sitio con encanto, le podemos aconsejar bien.

—Gracias, ahora voy a tomar una ducha.

—Claro, después le devolveremos su documentación y le indicaremos varios sitios donde poder cenar.

Tomé el ascensor hasta la tercera planta y entré en mi habitación. Corrí a la ducha para relajarme y mientras una cascada de agua templada resbalaba por mis doloridos músculos, liberé toda la tensión que había ido acumulando a lo largo de la semana, haciéndome sentir mejor. Luego, rebusqué en la maleta

algo que ponerme y me eché una buena dosis de mi colonia favorita.

El recepcionista estaba esperándome con el registro, que firmé de inmediato. Con una sonrisa me devolvió la documentación, acompañada de un pequeño plano del centro de Cagliari, donde ya me había indicado, rodeado con círculos, los principales restaurantes de la zona. Entre ellos, el *Antico Caffé*, que se encontraba a los pies del *Bastione Sant Remy*, una especie de Acrópolis que dominaba la ciudad. Fue la elección que me pareció más interesante. Tenía un pequeño paseo hasta llegar allí, pero me apetecía estirar las piernas.

La cuesta empinada del *Viale Regina Margherita* hizo que maldijera mi adicción al tabaco. Era una especie de alameda con notables edificios que iba a morir a los pies de la escalinata del Bastión. Allí, haciendo chaflán, aparecía el coqueto restaurante. Me gustó de inmediato, pues disponía de una espléndida terraza en la entrada que permitía gozar de la perspectiva de la calle.

Era una zona muy concurrida y llena de animación. Entré en el restaurante y enseguida me di cuenta de que era uno de esos locales de referencia que existen en las grandes ciudades. Una amable camarera no tardó en buscarme acomodo en la terraza y encontró una esquina donde colocarme.

Al terminar la cena y, mientras fumaba un cigarrillo, le pregunté a la camarera dónde podía tomar una copa por aquella zona antes de retirarme a mi hotel. Amablemente me indicó que, arriba, en el *Bastione San Remy*, podía encontrar unas estupendas terrazas que, a modo de *chill out*, hacían las delicias de todo turista que visitaba la ciudad. Estuve tentado de quedarme por no tener que subir aquellas tremendas escalinatas, pero no me iba a quedar sin conocer aquel atractivo lugar que reunían en uno, historia y placer. Subí lentamente las escaleras, que me condujeron a una inmensa explanada que parecía el patio de armas de un desaparecido castillo, mientras una brisa mitigaba el caluroso ambiente que se respiraba en Cagliari.

La explanada se abría hacia el puerto a través de un inmenso mirador. Al ser de noche, el mar solo se intuía y la extensa ciudad se adivinaba por las

múltiples luces que, sembradas a sus pies, le daban un aire cosmopolita. Me dirigí con decisión hacia los *chill out* que se hallaban en una de las esquinas de la plaza. No había mucha gente, solamente alguna pareja joven pelando la pava, intentando quitarse el calor que habían acumulado durante las horas de sol. Pedí una copa que me tomé casi del tirón; era un sitio para compartir así que, sin nadie que pudiera darme la réplica, se imponía una retirada a tiempo.

Solo había pasado unas horas en Cagliari y prácticamente me había olvidado de mis problemas. Temí que, al día siguiente, estos volvieran a darme los buenos días cuando me levantara.

CAPITULO 11

Tal como había dejado indicado al recepcionista, me despertó a las nueve de la mañana con un estridente telefonazo, gentileza del *servizio di sveglia*. Rebusqué dentro de mi maleta que tan apenas había deshecho y me coloqué unos vaqueros para ir cómodo; tenía ganas de callejear para ver si así se me aclaraban las ideas. Además, hasta la noche no podría acudir al *Rainbow* para quemar el último cartucho de mi búsqueda, así que necesitaba llenar mi tiempo con alguna distracción que impidiera que me devanara los sesos con absurdas elucubraciones.

Cuando me cansé de deambular por las intrincadas calles de Cagliari, me dirigí a la playa de *Il Poetto*, la más concurrida de la ciudad. A lo largo de una interminable costa se sucedían, como cuentas de un rosario, pequeños locales de ocio que iban desde los más modestos chiringuitos hasta discotecas y pubs de diseño. Era la zona de esparcimiento veraniega más visitada por la juventud, de tal manera que se pasaba, sin solución de continuidad, de bañistas mañaneros a los trasnochadores más impenitentes. Había mucho donde elegir así que, dando un pequeño paseo, me acomodé en uno para tomar una refrescante cerveza y algo de comida.

No me pude resistir a la tentación de zambullirme en las cristalinas aguas de aquella playa fantástica y a pesar de no haber traído ningún bártulo para la ocasión, pregunté a los dueños del chiringuito que, amablemente me facilitaron una toalla y por un módico precio les alquilé una tumbona en la misma orilla. El chapuzón me vino de maravilla. Desde que lo hice por última vez con Angelo, no me había bañado en el mar y la sensación refrescante me congració con aquella isla. Por vez primera me sentía como un turista disfrutando de mis merecidas vacaciones y cuando me tumbé para tomar el sol, ni siquiera me sentí solo ni añoré que Paolo estuviera a mi lado; a veces, hay ciertas sensaciones que no hace falta compartirlas con nadie. Una paz me envolvió

allí tendido. Aquello fue destensando todos mis músculos hasta conseguir que me durmiera plácidamente mientras dejaba que el sol acariciara todos mis músculos descubiertos a su benéfico efecto.

Debía ser tarde ya cuando uno de los dueños me despertó para ir recogiendo las tumbonas. Me di una ducha rápida en una de las casetas del chiringuito y me vestí, dejando que mi pelo mojado se fuera secando mientras continuaba mi paseo a lo largo de la costa. El sol empezaba a esconderse tras el horizonte y la animación se hacía patente unos metros más allá de donde yo estaba. Algunos garitos empezaban a abrir sus puertas al ritmo de músicas que invitaban a entrar en ellos para satisfacer los placeres nocturnos. Todavía era demasiado temprano para acudir al *Rainbow* y me apetecía tomar una copa. No me decidía por ningún sitio, hasta que un local llamó poderosamente mi atención por el tipo de fauna que entraba en él.

El *Marlin* era el típico balneario playero que por las noches ofrecía actuaciones en directo de cantantes y afamados Dj. Entre todos los presentes, había un grupito de chicos que, por las pintas, debían ser de la poca representación visible del universo mariquita sardo. Se movían al son de la música como poseídos, en una especie de danza sin control mientras algunas de sus acompañantes femeninas revoloteaban como liendres entre los más guapos. Imaginé a Paolo en aquel ambiente; él mismo podría haber sido uno de esos muchachitos desenfrenados pasándose en grande, siendo el centro de las miradas y los deseos.

Después de recrear la vista y pagar mi última copa, me dispuse a marchar; el *Rainbow* habría empezado a llenarse con lo más vicioso de la isla. Era la hora adecuada pero, en aquel momento, me sobresalté cuando inesperadamente sonó mi teléfono. Al ver el número me quedé lívido y no me atreví a descolgar... Era el teléfono de Paolo.

El teléfono sonó y sonó, por lo menos cinco veces hasta cortarse. No sabía qué hacer. Mi mano permaneció inmóvil, sin atreverse a descolgar. Más de una semana después de mi llegada, tantos sufrimientos pasados y ahora, sin esperarlo, una simple llamada suya. No podía creerlo, estaba aturdido.

Volvió a sonar el teléfono y en un arrebato saqué fuerzas de donde no las había para descolgar, pero no pude articular palabra, me quedé mudo, petrificado, como si alguien me agarrara por la garganta. No pude decir nada de lo que imaginaba que le diría cuando llegara este momento.

—Andrés... —me habló tímidamente, como si estuviera avergonzado por lo que había pasado—. Lo sé todo. Acabo de hablar con mi hermana y me ha contado que estuviste en Sassari buscándome... También me dijo lo de la muerte de Angelo —intentó decirme para que yo reaccionara.

Yo estaba hecho un lío y no sabía cómo continuar aquella conversación.

—Andrés, Andrés... ¿Estás ahí? —preguntó con insistencia.

—Sí, sí... Han sucedido tantas cosas, que ahora mismo no podría contarte por todo lo que he tenido que pasar esta semana...

—Tranquilo... Esta misma noche tomaré el primer avión para Cerdeña. ¿Dónde estás? ¿En Arborea?

—No. Estoy en Cagliari. ¿Y tú? ¿Dónde estás?

—En Florencia... Al ver la cantidad de llamadas perdidas que tenía, me he puesto en contacto con mi hermana; ella me ha dicho lo que pasaba.

Por su tono, parecía como si se hubiera desayunado con aquello, ignorando nuestra cita y las consecuencias que eso había tenido. Entonces algo me hirvió en las venas y lancé de golpe todos los exabruptos que había estado reprimiendo.

—¡Hijo de puta! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué no contestabas a mis llamadas? ¿Sabes todo el daño que has causado? —dije desesperado, mientras las lágrimas afloraban por mis ojos y el nerviosismo apenas me permitía sostener el teléfono.

—Tranquilízate, por favor. Ya te he dicho que estoy en Florencia. Te lo explicaré todo. Solo espera a que llegue y hablamos.

—¡Mientes! Has estado aquí, en Cerdeña, observando, siguiéndome o tal vez algo peor. Angelo... Angelo ahora está muerto. ¡Y todo es por tu culpa!

—Te juro que durante todo este tiempo no he pisado Cerdeña. Estaba en la

península, de maniobras.

—La policía de Oristano ha estado siguiendo tus pasos... —dije al borde del histerismo—. Ellos me lo dijeron. Sospechan de ti.

—Tranquilízate, te lo ruego... Esta misma noche sale un vuelo a Cagliari, creo que llega sobre las doce de la noche. Si vienes a recogerme, te demostraré que digo la verdad.

Colgué aturdido; no podía continuar con aquella conversación. Estaba sin fuerzas y regresé a la barra del bar para pedir una copa que me permitiera reaccionar.

Había tantas cosas que aclarar, que no sabía cómo iba a responder cuando lo tuviera cara a cara. Era el momento que tanto había estado esperando, pero ahora tenía un miedo atroz. Debía haberme sentido feliz por el fin de la búsqueda, pero nada de eso aliviaba mi angustia.

No fue hasta un poco más tarde, cuando ya había apurado mi copa, que caí en la cuenta de que tal vez la historia no era como me la habían presentado. El inspector Orsini me aseguró que Paolo estaba en la isla y eso no cuadraba con lo que él me había dicho. Uno de los dos mentía, pero ¿por qué iba a mentirme la policía?... Estaba convencido de que, al final, todo sería un malentendido al cual yo también había contribuido con mi desesperada búsqueda. Nunca pensé que Paolo fuera un asesino, por muy sospechosa que resultara su desaparición. De todos modos debía llamar a Orsini para aclarar este asunto y busqué decidido su tarjeta por mis bolsillos.

No estaba seguro de lo que iba a hacer, pero tenía que aclarar este embrollo. Ni siquiera pensé en las consecuencias que aquello pudiera acarrear, tan solo me dejé llevar por un impulso. Marqué su número y esperé a que desde el otro lado me contestaran.

—¡Dígame señor Tomás! ¿Qué le sucede esta vez? Le dije que me llamara solo si fuera necesario, no que lo hiciera para pedirme permiso hasta para ir al baño...

—¿Recuerda que me dijo que mi amigo Paolo se encontraba en la isla? ¿Han hecho alguna averiguación al respecto?

—No, todavía no... Estamos en ello pero, por el momento, no hemos sabido nada del señor Pierazzuoli. No se preocupe, cuando sepamos algo, usted será el primero en enterarse.

—Ya no hace falta, inspector... Está en Florencia y esta misma noche llegará a Cagliari.

La noticia debió dejarlo helado, a tenor del silencio que se hizo al otro lado del auricular.

—¿Ha hablado con él? —me insistió con voz nerviosa para luego quedarse nuevamente en silencio.

—Sí y, según me ha dicho, hoy mismo se acaba de enterar de todo lo que ha sucedido. ¿No me dijo usted que se encontraba en la isla?... ¿Cómo es eso posible?

—¡Escúcheme atentamente, señor Tomás! Puede ser una trampa... No hemos querido decirle nada para no ponerle en peligro. No debe hablar con él. Tenemos serias sospechas de que pueda ser el asesino de Angelo y el que sabotó su automóvil. Es un tipo peligroso, créame...

—¿Está seguro de lo que dice? —pregunté angustiado.

—¡Completamente!

—Discúlpeme inspector, pero no le creo... Puede que sea una canalla y que me haya hecho pasar los peores momentos de mi vida, pero no es un asesino. Además, hay algo que falla en su historia. Si fuera peligroso para mí, ¿no cree que deberían haberme advertido antes? Además, usted dijo que estaba en la isla y ahora está a punto de coger el primer vuelo a Cagliari.

—No puedo explicarle más, señor Tomás... No debe ser imprudente. Hágame caso, no se haga el héroe. Mañana, a primera hora, me desplazaré a la capital y hablaremos. Espere a que llegue, se lo ruego...

No pude seguir oyendo aquello y colgué rápidamente. La historia, lejos de aclararse, se estaba complicando aún más. Me faltaban datos para poder dilucidar quién de los dos me decía la verdad, pero tenía que hacer algo. Solo había una manera de averiguar si Paolo mentía. Debía ir al aeropuerto y comprobar si de verdad llegaba en ese vuelo confirmando su coartada. Si no

era así, es que estaba en la isla y el inspector tenía razón. Era la única manera de salir de dudas.

Conforme iban pasando los minutos, me iba poniendo más y más nervioso, así que decidí marchar al aeropuerto y esperar allí. No por ello llegaría antes, pero calmaría mis nervios.

Llegué al aeropuerto a las once menos cuarto y lo primero que hice fue ir a ver el panel de llegadas. El avión de Florencia llegaba a las doce en punto de la noche. Aquello confirmaba lo que me había dicho o al menos se había informado de los horarios, pero faltaba saber si vendría en ese vuelo. La espera se hizo interminable hasta que anunciaron su llegada. Faltaban pocos minutos para encontrarme cara a cara con él y, por nuestro bien, esperaba que su explicación fuera del todo convincente.

La puerta se abrió dejando salir a los primeros pasajeros, entre los que no se encontraba Paolo. Empecé a dudar de la verosimilitud de la historia, hasta que, en la segunda tanda, apareció cargado con un petate como único equipaje. Estaba muy guapo, con sus cabellos largos y despeinados, una camisa blanca con las mangas vueltas en el antebrazo y unos jeans ajustados que todavía remarcaban más su entrepierna. «¡Dios, qué bueno está el cabrón!».

Me divisó enseguida y se paró sonriente, como esperando que me acercara. Aunque ardía en deseos de abrazarlo, mi conciencia me decía que debía permanecer allí, pegado al suelo del hall.

—Hola, Andrés... —me dijo avergonzado mientras llegaba a mi altura.

—Hola, Paolo... —le contesté seco e inmóvil.

—¿No me vas a dar un beso? —me preguntó arrimándose a mí.

En ese momento me derrumbé. Toda mi postiza frialdad se vino abajo y lo abracé con tal fuerza que me dio miedo partirlo en dos; luego lo besé en los labios sin importarme la gente. Estaba tan feliz de haberlo recuperado sano y salvo que, sin saberlo, ya lo había perdonado de cualquier falta que hubiera cometido. Sabía que lo quería con locura y eso me bastaba. Durante unos instantes estuvimos abrazados mirándonos a la cara, como si no creyéramos lo que estábamos viendo. Los ojos se nos arrasaron de lágrimas.

—Venga, salgamos de aquí... —me dijo mientras intentaba enjugarse el llanto.

Salimos rumbo a la ciudad. Necesitábamos encontrar un lugar donde hablar largo y tendido pero, en aquellas horas, todo estaría cerrado ya. Inmediatamente me acordé del *Rainbow*, donde si nada hubiera ocurrido, habría intentado localizar al amigo de Paolo. Aquel sitio cerraba tarde y nos permitiría una conversación que pusiera las cosas en su sitio.

—¿Quieres que vayamos al *Rainbow* a tomar algo? —le sugerí.

—Veo que te conoces muy bien los garitos de Cagliari. Está bien... Así te podré meter mano sin asustar a nadie —insinuó Paolo de forma frívola, como si aquella fuera una cita normal.

—Tu hermana me dijo que frecuentabas ese local cuando vivías en Cerdeña y que tenías un amigo, Bruno, que tal vez me pudiera dar referencias sobre ti. Si no me hubieras llamado, seguramente estaría ahora allí.

—¿Qué más cosas te ha contado mi hermana?

—Lo siento, pero eres tú el que me debe una explicación...

Con las oportunas indicaciones de Paolo, llegamos en un santiamén. Había mucha gente agolpada en la calle dispuesta a entrar en el local. Desde dentro se oían los ritmos dance que, literalmente, volvía loca a la gente que brincaba en una pista abarrotada. Después de pedir un par de copas para aliviar la conversación, buscamos una zona apartada que nos permitiera hablar.

—A estas alturas de la historia creo que te perdonaría cualquier cosa —le dije—. Pero quiero que seas del todo sincero. Necesito que me expliques el porqué de tu nota y de que no estuvieras en Arborea para recibirme.

—Realmente no sé por qué lo hice... No estaba seguro de que vinieras. Si lo hacías era porque realmente te importaba, lanzándote a tumba abierta y acudiendo a un sitio desconocido para recuperarme. Quería que supieras dónde me había criado y que comprendieras lo que me había costado llegar hasta donde estoy... Tal vez así sabrías cómo me sentía. Era una especie de reto que jamás hubiera imaginado que estuvieras dispuesto a realizar. Cuando discutimos, pensaba que eras un egoísta que no comprendía los motivos por

los que me resistía a abandonarlo todo y marcharme a vivir contigo. Entonces tenía mucho miedo al compromiso y todavía sigo teniéndolo.

En aquel momento recordé los motivos de nuestra discusión, todo aquello que desencadenó la ruptura. Fue un momento muy duro para mí, pero ahora comenzaba a entender que también lo fue para Paolo.

*

En una de sus visitas me atreví a plantearle el hecho de que debíamos dar un nuevo paso en nuestras vidas y comprometernos para siempre. Paolo estaba muy cómodo con la situación y siempre supe que jamás me pediría dar un salto al vacío, por eso tenía que ser yo quien tomara la iniciativa.

Nos disponíamos a pasar nuestras primeras Navidades. Adorné la casa como nunca lo había hecho y hasta preparé un auténtico menú italiano para que se sintiera como en casa.

Él llegó el mismo día de Nochebuena y después de tener que conformarnos con calentones telefónicos a falta de algo mejor, follamos como posesos. Yo no sé qué me pasaba cada vez que lo veía, pero me sentía como un insecto atrapado por las feromonas; me volvía literalmente loco.

Saltar de la cama y montar la mesa para cenar, todo fue uno. Había preparado unos canelones de setas para chuparse los dedos y nos sentamos para degustar aquel festín. Terminamos brindando con un buen champán exultantes de felicidad, pero esperé a los postres para darle el regalo que había camuflado entre el *Panettone*. Paolo, siempre agudo, lo descubrió de un solo golpe de vista y alargó la mano para coger aquella caja envuelta en papel de regalo.

—¿Qué es esto? —me preguntó curioso.

—Un pequeño detalle. Una prueba de mi amor —le contesté, ingenuo de mí.

Abrió la caja y al ver aquel estupendo reloj, me espetó:

—¿Estás loco? Te ha debido costar una fortuna... La pena es que yo no te he comprado nada... —dijo mientras se lo ponía en la muñeca.

—No hace falta, pero el reloj no te saldrá gratis —le dije esperando que aquel regalo abriera las puertas de su voluntad, hasta aquel momento infranqueable.

—¿Y qué quieres a cambio?... —dijo poniendo cara de pícaro—. Si quieres más sexo, tendrás que esperar hasta mañana, cuando me recupere un poco.

—¡Quiero que te cases conmigo! —exclamé sin pensar las consecuencias que esa frase me acarrearía.

Paolo se quedó callado, no esperaba aquello, aunque, después de reflexionar un poco y mirando el reloj de reojo, atinó a decir:

—Andrés... ¿No tienes bastante con lo que tenemos ya? Yo nunca he necesitado ningún papel para saber que te quiero.

—Claro, cariño, pero llega un momento en la vida en el que hay que dar un paso más. No quiero que me contestes ahora, piénsatelo. A lo mejor crees que soy un poco antiguo, pero a veces me planteo situaciones que, de no estar casado, podrían llegar a ser incómodas, como si caemos enfermos y...

—¡Siempre tienes que ponerte en lo peor!... —contestó enfadado—. ¿Qué necesidad hay de pensar en cosas malas?

—Pero esas cosas ocurren y llega un momento en que los papeles, esos que dices que no se necesitan para querernos más, hacen falta para reivindicar unos derechos que nos pertenecen. No quiero que seamos para los demás un par de extraños, a lo sumo unos amigos que...

—¿Has tenido que esperar a estas fiestas para soltarme este sermón? —me preguntó contrariado y con el ceño fruncido.

—Solo lo he hecho porque te quiero y no podría plantearme la vida sin ti.

—¿Es que no has pensado en todo lo que nos jugamos? Tenemos trabajos diferentes, en países diferentes y ahora quieres, por un capricho, que lo abandonemos todo.

—Claro que hay dificultades y no te pido que sea ya, pero podemos sopesar posibilidades y al final llegar a una solución. Solo hay que intentarlo...

—¡Basta ya! Esto solo ha sido una maldita encerrona... Tal vez no me necesitas a mí tanto como crees, a lo mejor necesitas un pelele para manejarlo a tu antojo. ¿No sabes tomar las cosas como vienen? Siempre intentas llevar todo a tu terreno y eso no es así... ¿Acaso has tenido en cuenta lo que yo quiero?

—No. ¡Dímelo tú! ¿Qué esperas de la vida y de mí? Nunca he querido sondear en tu pasado más de lo que me has dejado, que ha sido nada. No sé cómo es tu familia, ni si tuviste una infancia feliz o una juventud llena de problemas... He intentado darte tiempo, pero eres hermético y nunca he sabido de tu boca qué planes tenías para el futuro... ¿Ser amantes de ida y vuelta?

—¿Tan malo es eso?

—¿Solo soy eso para ti?... ¡¿Cuándo piensas madurar?! —exclamé dando un puñetazo en la mesa.

—Tal vez me hayas hecho madurar esta misma noche... —me dijo—. Siento haberte arruinado la Nochebuena y tus planes de futuro, pero creo que es mejor dejarlo. Si no te importa, me marcharé esta misma noche.

En ese momento me derrumbé e intenté dar marcha atrás para que Paolo recapacitara y no se fuera.

—¿Irte?... No puedes irte... A lo mejor me he precipitado... Lo siento, lo siento mucho. Perdóname si te he presionado... Yo...

—Déjalo. Tal vez tengas razón... Yo no soy capaz de comprometerme y sin querer te estoy haciendo daño. No tengo derecho a arruinarte la vida de esta manera; no podría perdonármelo. Será mejor que me vaya.

—¿Y dónde vas a ir? Es Nochebuena... —le supliqué con la mirada llena de lágrimas.

—No te preocupes, ya encontraré un hotel y mañana cogeré un vuelo a Florencia.

—Te lo ruego, Paolo, recapacita...

Paolo se quitó el reloj y lo dejó encima de la mesa. Subió a la habitación donde estaba su maleta aún sin deshacer y dándome un beso en la frente se despidió de mí. Al cerrar la puerta, me dejó tan vacío que tardé una hora en poder reaccionar.

Estaba destrozado y confuso. Me bebí el resto de la botella de champán de un trago. Necesitaba emborracharme para poder asimilar lo que me había ocurrido, pero aquello solo agravó la ansiedad que me invadía. Al final, cuando ya no me quedaron más lágrimas, me quedé dormido encima de la mesa, borracho como una cuba.

A los dos días recibí una llamada de Paolo. Quería que supiera que sentía mucho lo que había dicho, pero que debía comprender sus sentimientos. Yo me aferré a un clavo ardiendo para intentar retenerlo, pero sabía que las cosas no iban a ir bien a partir de entonces y las llamadas se espaciaron con el tiempo hasta que el teléfono dejó de sonar a un lado y al otro. Pensé que había llegado el fin, hasta que recibí su carta con aquella escueta nota citándome en Arborea.

*

Paolo me miraba con arrobó y yo sabía que, dijera lo que dijera, estaría dispuesto a creerle sin más, pero necesitaba oír de sus labios algún tipo de excusa que me facilitara comulgar con ruedas de molino si fuera necesario.

—Paolo, sabes que por ti haría lo que fuese y que soy tan impulsivo que nunca pienso las consecuencias de las cosas pero... ¿por qué no apareciste? Sabías que, de venir, lo haría nada más tomar vacaciones. Pero, sobre todo, ¿por qué no contestaste a mis llamadas?

—Cuando lo tenía todo planeado para venir a Cerdeña, surgió un imprevisto, un encuentro de la brigada antiterrorista italiana con los cuerpos especiales de Estados Unidos, en la base americana de *Camp Darby*, cerca de Livorno. Tuve que cancelarlo todo sin darme tiempo a más. En la base no se

permiten los móviles ni ninguna comunicación con el exterior; son contactos militares de alto secreto y los americanos son muy cautelosos con este tipo de cosas. Aunque hubiera querido atender la ingente cantidad de llamadas que me hiciste, en ese momento me encontraba incomunicado, por eso mi hermana tampoco pudo localizarme hasta que volví a Florencia. Ya sé que no hay disculpa para todo lo que te estoy contando y que lo que te diga no cambia nada, pero ahora he comprendido que eres capaz de cualquier cosa por mí y confío en no defraudarte jamás.

—Eso espero... aunque hasta eso carece ya de importancia. En Arborea pasó algo más...

—Ya sé... Angelo... Mi hermana me dijo que había muerto asesinado.

—No solo eso... Tengo que contarte algo. Lo conocí por casualidad, en la parroquia de Arborea donde fui preguntando si sabían algo de ti. El azar quiso que entabláramos una cierta amistad. No me preguntes cómo pasó, pero... acabé haciendo el amor con él.

El rostro se le mudó de tal manera que cuando empezó a enrojecer de ira, temí que fuera a hacerme algo. Contuvo su rabia, pero no pudo reprimir un puñetazo en la mesa y varios insultos dirigidos a Angelo.

—*Troia!... Figlio di putana!* Seguro que lo hizo para vengarse de mí... Lo siento Andrés, pero Angelo jamás me perdonó que no llegáramos a estar juntos. Después de lo que ha pasado, no puedo recriminarte nada, pero me molesta que fuera con él con quien lo hicieras.

—Pues le costó caro. Según me dijo el inspector de la policía de Oristano, fue un crimen pasional. En un primer momento sospecharon de mí al ser el último que lo vio con vida, pero al tener que contar el verdadero motivo de mi llegada a Cerdeña, saliste a relucir y durante todo este tiempo has estado en el punto de mira de la policía. Hasta yo mismo he dudado de que no fueras el culpable de aquel crimen.

—Ya te lo dije, he estado en todo momento en Florencia... Puedes llamar al cuartel y te lo confirmarán.

—Luego está el tema de mi accidente...

—¿Accidente? ¿Qué accidente?... ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Fue viniendo de Sassari, de ver a tu hermana. Según la policía fue provocado, tal vez por la misma persona que mató a Angelo... En todo caso era alguien que sabía cómo producir un accidente sin que se notara el sabotaje. Por eso te tuvieron a ti en el punto de mira.

—Es muy extraño... ¿Y tú te fias de ese policía?

—Hasta ahora he tenido que hacerlo, pero todavía hay cosas más raras... Me dijo que habías venido a la isla y hasta me dio datos de tu vuelo a Alghero...

—De haber venido, hubiera desembarcado allí, ya te dije que tenía el billete comprado.

—Quizá debió hacer algunas averiguaciones y eso le hizo dudar, pero lo más alucinante es que me previno cuando le dije que por fin te había localizado. Sobre todo, me dijo que no hablara contigo, que eras peligroso y que no me fiara de ti.

—Hay que ir a la policía, pero a la de aquí, la de Cagliari. Creo que ese *poliziotto* no es trigo limpio y tal vez sepa más de la cuenta sobre el caso y no para bien precisamente.

—El caso es que hasta mañana no podremos ir; es muy tarde —dije resignado—. Ahora que lo hemos aclarado todo, a tu lado me siento más seguro.

—Andrés. Si quieres, contéstame a una pregunta.... ¿Te llegaste a enamorar de Angelo?

—Si te soy sincero, no lo sé... Era un ser arrebatador, guapo, diabólicamente guapo.

—Lo sé, por eso te lo he preguntado.

—Con el tiempo se ha ido deslavazando esa imagen idílica, al mismo ritmo que iba sabiendo cosas de él. En cierta manera no te falta razón cuando dices que me sedujo por venganza hacia ti. Más allá de lo que pasó, jamás perdí el norte y el motivo que me había traído hasta aquí, que no es otro que tú.

—Gracias por haber sido tan sincero conmigo... Lo importante es que no hayas perdido la fe en mí.

—Ahora que lo hemos aclarado todo, me gustaría saber de tu boca qué tipo de relación llevaste con Angelo. ¿Qué fue lo que pasó entre vosotros para acabar de esa manera?

—Uff, no sé si me apetece remontarme hasta aquella etapa nefasta de mi vida. Me da una pereza terrible. Además, ahora, ¿para qué?

—Insisto, es muy importante para mí. Me gustaría dejar este tema zanjado para siempre.

—Está bien, tú ganas... Supongo que ya sabrás que Angelo y yo nos criamos juntos. De pequeños siempre íbamos pegados a todos los lados, tanto que parecíamos gemelos, excepto por la diferencia física: yo era alto y rubio y él moreno y de tez tan oscura que parecía más árabe que italiano. Cuando cruzamos la difícil etapa de la pubertad, comenzamos a explorar nuestros cuerpos, supongo que como todos los muchachos a esa edad. Solo pensábamos en estar juntos y cuando se suponía que debíamos estar buscando novia, nosotros seguíamos a lo nuestro. Por fin, un día, cuando estábamos bañándonos en una playa solitaria cerca de Arborea, hicimos el amor por primera vez. Al principio estábamos avergonzados y durante unas semanas no nos atrevimos a hablar del tema pero, luego, la subida de hormonas nos incitó a convertir aquellos encuentros sexuales en continuos. Aquello que nosotros pensábamos que era un secreto celosamente guardado, nunca sospechamos que tuviera una repercusión tan grande como la que tuvo, por lo menos en mi propia familia.

—Ese episodio lo tengo más o menos claro... Ya conozco la reacción de tu padre, me la contó tu hermana cuando hablé con ella en Sassari.

—Entonces... ¿Qué más quieres saber?

—Me refería a más adelante, cuando te fuiste a vivir con Luciana. ¿Qué tipo de relación mantuviste con Angelo? ¿Cuál fue el motivo de vuestra ruptura?

—Supongo que te contó que entró en el seminario de Oristano... Es verdad

que entonces nos escribíamos y alguna vez quedamos en Sassari, pero ya no era igual que antes. Yo tenía un fuerte sentimiento de culpa por todo lo que había pasado y a veces creo que todavía no lo he superado. Angelo me insistía en que nos fuéramos a Roma o a Milán, a ciudades grandes y cosmopolitas, donde pasaríamos desapercibidos y podríamos llevar una vida más o menos normal. Yo no lo tenía claro y siempre le daba largas. La verdad es que no teníamos oficio ni beneficio y a pesar de lo bonito de la historia, tal como la pintaba Angelo, no hubiéramos podido prosperar con una mano delante y otra detrás. Al mismo tiempo comenzamos a frecuentar locales de ambiente, donde todo era sórdido y excitante al mismo tiempo. Allí descubrimos un mundo que todavía estaba por explorar. Angelo era muy directo y casi siempre acababa enrollándose con todo el que se lo pedía. Yo era más discreto, aunque mucho más morboso. Casi siempre los dejaba a medias y Angelo me llamaba «calienta pollas», porque solo buscaba divertirme sin llegar a profundizar en una relación.

—Es curioso, pero jamás hubiera pensado que tú fueras un «calienta pollas»... —le dije entre extrañado y desternillado de risa.

—Así pasamos un tiempo, durante el cual fuimos más compañeros de juergas que amantes. A mí me gustaba más pasar un sábado viendo la televisión, los dos solos en el sofá, que perder el tiempo con aquellas «locazas» que ya teníamos tan vistas. Creo que un día se hartó de aquella situación y me hizo una jugarreta que jamás le perdoné.

—¿Qué pasó?

—Yo no lo sabía, pero Angelo me tenía preparada una sorpresa. Un día fuimos juntos a Cagliari para pasar un fin de semana desenfrenado en la capital. Fuimos a un local donde había cuartos oscuros en el sótano y a mí me apetecía ver uno. Me daba mucho miedo bajar solo y, cogidos de la mano, nos introdujimos en aquel largo y oscuro pasillo. Había un cuartito con un vídeo, donde ponían películas porno y la gente se calentaba para pasar después a la zona oscura...

—Ya sé cómo son esos sitios... He visitado algunos.

—No sabía que estuvieras tan puesto en ese tema...

—No nací ayer. Antes de conocerte, ya había recorrido algunos, no te creas.

—Está bien... Como te decía, nos metimos de lleno en aquel pasillo en penumbra que olía a semen y a *Zotal*, donde los hombres se pegaban a las paredes esperando que alguien alargara la mano para sobarlos. Los más atrevidos dejaban sus pollas al aire para que se las pudieran tocar mientras gemían de placer. Una vez pasada la zona en la que solo se oían jadeos, se abrió otro pasillo donde había varios cuartos cerrados, uno de ellos tenía la puerta entreabierta y pudimos ver a un hombre desnudo que colgaba de una especie de columpio, esperando a que alguien entrara y se lo follara. Yo tiré de Angelo para irnos, porque pensaba que ya habíamos satisfecho nuestra curiosidad, pero él no pensaba de la misma manera y me obligó a entrar. Durante un tiempo permanecimos allí, parados, mientras aquel hombre nos pedía con insistencia que lo penetráramos. Yo no sabía qué hacer y me quedé petrificado. Angelo, ante mi sorpresa, comenzó a desnudarse y, cuando me di cuenta, estaba practicando el sexo con aquel obseso que no paraba de chillar como un gorrino... Me dio tal asco que casi vomito, pero no pude decirle nada, simplemente me fui. No me atreví a salir del local dejándolo solo, pero en cuanto subió al pub, tuvimos una bronca monumental. No le perdoné que hiciera aquellas cosas, pues todavía pensaba que teníamos una relación, aunque esta no fuera la más maravillosa del mundo. Simplemente era lo único que yo podía ofrecerle en aquellos momentos y fue como una puñalada a mis sentimientos.

—¿Sabes por qué lo hizo?

—Nunca quise saberlo, aunque puedo imaginarlo.

—Creo que quería desengañarte y utilizó el método más expeditivo para hacerlo. Sabía que vuestra relación solo os causaría más daño a medida que pasara el tiempo y provocó vuestra ruptura.

—¿Sabes? Yo lo quise de verdad. Sé que no puse toda mi voluntad en la relación, ni luché por ella, pero realmente lo quería, de eso estoy seguro.

—En el fondo me alegro de que no prosperara vuestra relación, si no, no te hubiera conocido jamás, pero no dejo de reconocer que no hicisteis muy bien las cosas. Angelo tenía que haber tenido más paciencia contigo y tú deberías haber arriesgado más... ¿Te suena de algo? En fin, ahora está todo hecho y lo importante es que lo nuestro funcione.

—Estoy seguro de ello. Esta vez no te voy a fallar. He hecho muchas estupideces y he estado a punto de perderte. Creo que he aprendido la lección.

El día había sido muy largo y cargado de emociones, Todavía nos quedaban cosas por aclarar, pero ahora teníamos algo mucho más importante que hacer. Nos esperaba la habitación para ser testigo muda de una reconciliación que ambos habíamos estado esperando durante mucho tiempo.

CAPITULO 12

Aquel era un magnífico día y por primera vez en mucho tiempo no había amanecido solo en mi habitación. Paolo estaba a mi lado y aquella sensación me pareció la más maravillosa del mundo.

—Tenemos que ir a la comisaría de Cagliari para intentar aclarar el tema del inspector Orsini —me dijo Paolo—. Aunque lo único que tengamos sean simples conjeturas. Solo sabemos lo que te dijo ese policía y me temo que, con ese pobre testimonio, no nos vayan a tomar en serio.

—Espera un momento, tal vez haya algo más... Ahora recuerdo que un amigo de Angelo me habló de una relación tormentosa que mantuvo con una persona de Oristano, más mayor que él... Tengo un palpito desde hace tiempo y no me extrañaría que el inspector Orsini fuera ese amante oculto.

—¿Tienes el teléfono de ese tipo?

—Sí, me lo dio... Aunque no vayas a pensar nada malo, simplemente era un buen amigo de Angelo.

—No te he pedido que me cuentes de qué lo conoces. Llámalo, no pierdas más el tiempo...

Llamé nervioso a Fabio. Los toques de teléfono me parecieron eternos hasta que descolgó.

—¿Fabio? Soy Andrés, el amigo de Angelo... —le dije nervioso.

—¡Ah, sí! Dime... ¿Estás en Oristano?

—No, no. Estoy en Cagliari. Es muy importante... ¿Te acuerdas de que me hablaste de una relación un tanto extraña que mantuvo Angelo con alguien importante de Oristano?

—Sí, pero tampoco sé mucho más, ya te lo dije. ¿Qué sucede?

—Ahora no te lo puedo explicar con detalle... ¿Recuerdas el nombre de esa persona? Es importante, cualquier detalle, por insignificante que te parezca, puede ser clave.

—No sabría qué decirte... Ya te comenté que tuvo muchas relaciones esporádicas. ¡Ve tú a saber! Solo recuerdo que tenían frecuentes broncas y...

—¿Te dice algo el nombre de Guglielmo?

—No sé, déjame pensar... Así, a bote pronto, no... ¿Guglielmo, dices?... —estuvo mascullando aquel nombre durante unos segundos—. ¡Elmo! Sé que le oí decir ese nombre alguna vez en sus frecuentes discusiones telefónicas y Elmo es uno de los diminutivos de Guglielmo.

—¿Conoces a un tal Guglielmo Orsini?

—¿Guglielmo Orsini?... ¡Claro! Es el inspector de policía de Oristano. Un cliente habitual del restaurante; él y su mujer. ¿No estarás pensando en...?

—Gracias, Fabio, no sabes el favor tan grande que me acabas de hacer.

—Pero ¿me puedes decir qué pasa? ¿Qué importancia tiene que el inspector estuviera liado con Angelo? Hay muchos hombres casados que tiene aventuras con gais... ¿No insinuarás que tuvo algo que ver con su muerte?

—Lo siento, Fabio, pero, por el momento, no puedo contarte más... Te llamaré, juro que lo haré y te contaré todo este embrollo.

—Está bien... Cuídate y, sobre todo, no te metas en líos ¿vale?

No eran más que suposiciones, pero ahora estaba casi convencido de que Orsini, Elmo Orsini, era el amante de Angelo. No había evidencias claras, pero todo cobraba sentido: su muerte, mi accidente, el intento por desviar la atención sobre Paolo y las mentiras que me había hecho tragar como ruedas de molino para que lo abandonara todo y regresara a España. Menudo pedazo de actor estaba hecho aquel policía, me la había pegado a base de bien.

Cuando llegamos a la *Questura*, Paolo se identificó como carabiniere y nos hicieron pasar a un despacho donde, a los pocos minutos, nos recibió el Comisario Jefe, Vincenzo Genovese. Era un hombre bajito, calvo y con un gran bigote negro. Entró decidido y mientras se recolocaba su camisa dentro de los pantalones, nos pidió con cortesía que nos sentáramos para preguntarnos por los motivos que nos habían hecho acudir allí. Paolo le explicó todo sin tapujos. Genovese, lejos de espantarse con aquella truculenta historia, se mostró hierático, esperando que fuéramos desgranándole todos los detalles

para hacerse una composición de lugar. En cambio, sus ojos delataban su interés por el caso cuando el relato llegó a la parte de la muerte violenta del diácono. Cuando terminamos se puso en pie y comenzó a dar vueltas por la habitación, moviendo la cabeza negativamente para acabar diciendo:

—Créanme los dos cuando les digo que, como mínimo, es la historia más increíble con la que me he tropezado en mis años de servicio... No es habitual que un policía se vea implicado en toda esta trama de celos y crímenes pasionales que me están contando, más propia de un folletín. No obstante, voy a llamar a Oristano para intentar aclarar este embrollo. Seguramente habrá una explicación más sencilla.

El comisario llamó a su ayudante, al que dio instrucciones precisas para que le pasaran con el mismo inspector Orsini. En unos segundos ya tenía a alguien de Oristano al otro lado del teléfono. Su cara mostró signos de extrañeza cuando le comunicaron que esa misma mañana había partido hacia la capital sin dar más explicaciones a sus compañeros. No obstante, Genovese pidió que le fueran enviados por correo electrónico todos los informes referentes al caso Mani y los de mi accidente. En pocos minutos dispondría de todos los elementos para poder decirnos algo e iniciar, si fuera pertinente, la localización de Orsini.

El nerviosismo iba creciendo entre nosotros. Paolo se mostraba convencido de la implicación, cada vez más clara, del policía y así se lo hizo saber al comisario, que se resistía a creerle. Por fin, al cabo de un eterno cuarto de hora, un pequeño pitido en el ordenador indicaba que había llegado el tan ansiado correo. Genovese imprimió los documentos para poder manejarlos físicamente. Lo más sorprende fue que, en toda la documentación concerniente a mi accidente, no figurase ninguna referencia al supuesto sabotaje que, según Orsini, le habían practicado a mi vehículo. Volvió a llamar a la oficina de Oristano para confirmar si existía algún documento más que atestiguara aquel extremo, pero solo halló la negativa por respuesta.

Con paciencia metódica fue revisando los papeles. Se quitó las gafas de leer y nos miró fijamente.

—No sé si será muy bueno como inspector, pero la verdad es que el caso no está muy bien instruido que digamos. Hay algunos defectos y falta de concreción en los detalles pero, por lo demás, no hay nada que indique claramente que él sea el asesino que ustedes dicen. Tal como yo lo veo, este caso podría pasar perfectamente por un desgraciado homicidio con un móvil claro de robo. Por lo visto, había señales en su muñeca de que había llevado un reloj y se ha encontrado la corona de oro rosa de un *Hublot*... ¡Blanco y en botella!

—Es verdad, yo vi el magnífico reloj que lucía... —le dije—. Por cierto, era del mismo tipo que el que lleva el inspector. Además, él me dijo que no habían tocado su cartera y que en ella llevaba mucho dinero en efectivo... ¿Qué clase de ladrón no hubiera registrado a su víctima para llevarse todo lo de valor que encontrara?

—En el informe no pone nada de eso. Ni siquiera se hace mención a que llevara cartera. Ya le he dicho que hay muchas inconcreciones en el dossier... Se supone que alguien que conduce, al menos debe llevar su documentación a mano y aquí no se menciona si la llevaba encima o estaba en la guantera del coche.

—Dígame, comisario. ¿En los exámenes forenses dice algo de que Angelo fuera violado? —le pregunté.

—No, no hay nada sexual en el informe...

—Eso fue lo que me dijo Orsini... ¿No le parece raro que estuviera solo y de noche en aquella acequia?

—Raro es, no se lo niego, pero comprendan que debemos ceñirnos a las evidencias y yo no sé lo que él les dijo a ustedes o no. Me parece más sospechoso que no exista nada sobre los verdaderos motivos de su accidente, señor Tomás. En el atestado no se aportan datos periciales sobre el vehículo, ni se habla nada sobre un posible accidente causado por la lluvia, ni nada de nada... ¡Menudo desastre! Además, es raro que de esto no se ocuparan los *Carabinieri* y fuera la misma policía de Oristano y el propio Orsini el que, casualmente, tomara cartas en el asunto... Sobre todo, para hacer semejante

chapuza. ¿Le facilitaron algún tipo de documento que lo acredite? No sé, ¿alguna denuncia?

Casualmente llevaba encima la documentación. Le entregué al comisario el parte de ingreso en el hospital de Oristano, así como una copia del documento que Orsini me entregó para denunciar el accidente y poder retirar otro coche de alquiler. En ella figuraba claramente que mi coche había sido manipulado, eximiéndome de toda culpa que pudiera derivarse de una conducción temeraria.

—Esto es muy extraño... No dudo de la veracidad de esta documentación, pero es prácticamente imposible que no coincida con lo que existe de usted en la comisaría de Oristano... El problema es que Orsini está en estos momentos ilocalizable, supuestamente de camino a Cagliari y solo él podría aclararnos este punto.

—Comisario, tengo miedo —le dije—. No sabemos de lo que es capaz ese hombre.

—No se preocupe. Les voy a dar mi número de teléfono personal. Llamen a cualquier hora del día o de la noche si ven que pueden estar en peligro. Nosotros, por nuestra parte, vamos a habilitar un discreto dispositivo para localizar cuanto antes al inspector; conocemos la matrícula de su coche y, cuando lo encontremos, le haremos preguntas. Con lo que sea nos pondremos en contacto con ustedes. Si me permiten una sugerencia, no abandonen la capital; aquí disponemos de más efectivos para ayudarles y si por algún motivo salen, no olviden comunicarnos dónde se encuentran.

—Eso fue lo mismo que me dijo el inspector y así me ha ido... Muchas gracias, señor comisario —le dije al despedirme.

—Ha sido un placer. Confíen en la policía y esperemos que esto solo sea un triste malentendido.

Salimos de allí con un regusto algo amargo. No existían pruebas de peso que incriminaran a Orsini en este escabroso asunto, pero nosotros sabíamos que él estaba detrás de todo. Yo no estaba loco y me acordaba perfectamente de todas las insidias que había ido sembrando a lo largo de estos días. Yo

había sido tan pardillo que le había brindado pistas de todos mis movimientos, hasta el punto de confiarle mis más íntimos secretos y conversaciones.

—¿Crees que Orsini puede hacernos algo? —le pregunté a Paolo camino del hotel—. Estoy asustado.

—No lo sé, aunque una persona así es capaz de cualquier cosa. No olvides que es policía y está armado.

Estaba convencido de que Elmo vendría a por mí y no con buenas intenciones. Los celos lo habían trastornado por completo y, con todo perdido, su reacción podía ser imprevisible. Para un policía era demasiado fácil localizarnos. Habíamos dejado rastro de dónde estábamos, como el que deja miguitas en el camino. Teníamos que cambiar de alojamiento cuanto antes para dificultar que pudiera encontrarnos y así ganar tiempo hasta que tuviéramos pruebas contundentes contra él.

Cuando entramos en el hotel, fuimos decididos a la habitación para recoger cuanto antes nuestras cosas y marcharnos pero, al abrir la puerta, comprendimos que todas nuestras sospechas se habían materializado. Desde el interior del cuarto, Orsini nos amenazaba con su arma. No hizo falta que dijera nada. Con una indicación de su arma nos hizo levantar las manos, mandó cerrar la puerta y nos obligó a sentarnos sobre la cama. En su mirada se reflejaba una sed de venganza que intentaba salvar lo que fuera de una vida y una carrera que, de seguro, ya daba por perdidas.

—Miraos... —nos dijo con desdén—. La parejita feliz. ¡Sois patéticos! Debería mataros aquí mismo, pero así no pagaríais, ni de lejos, todo el mal que habéis causado. Con vuestros juegos inconscientes habéis arruinado la vida de Angelo y también la mía...

—Tú solo te la has arruinado, ¡asesino! —le espeté enfadado.

—¡Cállate! ¿Tú qué sabrás? ¡Maricón de mierda!

Ante el nerviosismo de Elmo, decidí cambiar de táctica y no cabrearlo más. Intenté que focalizara en mí todo su odio y dejara en paz a Paolo, cuya vida me importaba más que la mía.

—Paolo no tiene nada que ver con todo esto... Yo fui quien me tiré a

Angelo. Si quieres matarme, hazlo, pero deja que él se marche.

—¡De eso nada! Si lo dejas, pronto aparecerá con toda la policía de Cagliari y no podré terminar lo que he venido a hacer.

—Te lo ruego, por la memoria de Angelo...

—¡No lo nombres! —me gritó con rabia—. Ensucias su nombre cuando lo pronuncias... Haremos una cosa, tu novio que se pongan estas esposas y se ate a la cama. ¡Rápido! —dijo mientras nos alargaba las manillas.

Paolo se ató a los barrotes de forja del cabecero de la cama. Cuando lo tuvo inmovilizado, sacó del bolsillo un pequeño spray con unos polvos que roció sobre su cara y en segundos quedó como atontado, tendido en la cama y sin hablar.

—¿Qué le has echado, criminal?

—Tranquilo, hombre —sonrió—. Solo es un poco de escopolamina, *Burundanga*, como también la llaman... Hay que ver lo que discurren los pequeños delincuentes. Una rociadita y se quedan lelos para un rato; así ganaré un poco más de tiempo. Antes de acabar contigo, quiero que sepas los verdaderos motivos de por qué lo hago. Quiero que te sientas culpable de la muerte de Angelo. Al final, serás tú quien me pidas que te mate.

—¿Vas a hacerlo aquí? —le pregunté con el ánimo destrozado y sin poder tragar saliva.

—No. He pensado en algo más sofisticado. Aquí podrían interrumpirnos.

Orsini me obligó a abandonar la habitación. Sin dejar de apuntarme, pasamos por delante del recepcionista, que no advirtió nada sospechoso, simplemente lo saludamos con un pequeño gesto de la cabeza hasta salir del hotel. Montamos en su coche y me pidió que me pusiera al volante.

Conduje hasta prácticamente las afueras de Cagliari, muy cerca de la playa del *Poetto*, adentrándonos en una zona de pinos, en mitad de un monte cercano a la ciudad. Allí descendimos del coche y, marchando campo a través, llegamos en pocos minutos a un llano donde había una especie de naves abandonadas a los pies de la montaña. El lugar estaba lleno de trastos y polvo. Orsini cerró la puerta tras de sí, pasando un pestillo grande y oxidado.

Al fin estábamos solos; había llegado la hora de la verdad. Me obligó a arrodillarme en el suelo para tenerme justo en una posición humillante mientras él me miraba fijamente con los ojos ensangrentados de ira. Me tenía encañonado cuando empezó a hablar de una forma extraña y con gran parsimonia. En ese momento comprendí cuánto dolor almacenaba en su corazón y las razones que lo habían llevado a cometer el crimen de Angelo y un hilo de empatía me unió a él, aunque mi vida dependiera del capricho de su trastorno. Había echado por la borda su carrera por un amor que, en su caso, no era de juventud y que, a la postre, justificaba tamaña locura.

Su mano no temblaba, aunque sus ojos enfocaban hacia otra realidad. Aflojó el nudo de su corbata para poder respirar mejor y comenzó a jadear víctima de su ansiedad. Mientras buscaba una postura cómoda, comenzó a hablarme.

—Tenías que ser tú, un entrometido, el que llegara de fuera para robarme lo que más quería en el mundo... Siempre supe que Angelo era cruel y despiadado; me trataba con un desdén que no merecía. Le entregué mi vida, mi alma, mis ilusiones y él las despreció como si fueran basura. Eso era yo para él, ¡basura! Durante un tiempo insistí e insistí hasta humillarme, pero no me importaba; lo quería. Acepté con el tiempo que jamás obtendría de él más que desprecio, pero me resignaba al pensar que, siendo diácono, nadie más podría tenerlo, amarlo, ser feliz con él. Me conformé con verlo a escondidas, sin que él supiera que lo observaba y así mitigaba mi dolor... ¡Dios, que diabólica era su belleza! —dijo mientras se le escapaban las lágrimas.

Orsini paró de hablar durante unos segundos e intuí que, al cerrar los ojos, intentaba evocar su imagen. Yo no sabía si aprovechar el momento, pero temía su reacción. Me re Coloqué sobre el suelo y al intentar incorporarme, lo saqué de su abstracción y volvió a apuntarme con mayor firmeza. Me asunté y caí hacia atrás, quedando tendido sobre mi espalda. Arrastrándome, conseguí dar con la pared y me apoyé en ella para conseguir una posición más cómoda. Sus ojos se habían llenado de desprecio, transmitiéndome todo su odio. Supongo que, durante unos instantes, disfrutó viéndome reptar como un gusano.

—No tenías bastante con tu novio, ese endemoniado de Paolo que, probablemente, te estaría poniendo los cuernos en Florencia —siguió profiriendo insultos—. Tenías que ensuciar todo a tu paso. Menos mal que ese día estaba en Arborea, en aquel puto resort, donde Angelo solía jugar a tenis y pude comprobar con mis propios ojos el pasatiempo que te llevabas entre manos. Vienes de fuera, sin nada que perder, sin importarte los sentimientos de los demás, para tirarte al primero que viste...

Orsini se movía al ritmo de sus gritos, señalándome amenazadoramente con su pistola. Sus insultos salían desde lo más profundo de su ser, intentando encontrar aquel que pudiera herirme más: cabrón, chulo, hijo de puta... Las palabras iban confundiéndose con la congoja que, por último, terminó en un llanto que llenó sus mejillas con un reguero de lágrimas que secó con la manga de su chaqueta. Intentó calmarse, porque sabía que su relato haría más mella en mí que toda su salmodia de exabruptos.

—Lo llamé cuando, después de comer, os fuisteis a aquella playa. Angelo se irritó muchísimo cuando descubrió que lo había seguido y me dijo que lo dejara en paz. Yo siempre me ponía muy nervioso cuando hablaba con él y jamás supe qué contestarle. Colgué avergonzado pero, al día siguiente, por casualidad, os vi cenando en Oristano durante un paseo rutinario. Fue más de lo que podía soportar. Los celos me corroían por dentro y no me dejaban pensar. Tenía que llamarlo, no sé cuántas llamadas y algún que otro mensaje que no fue contestado. Os seguí hasta Arborea... Tenía que hablar con él, preguntarle por qué me estaba haciendo esto. Por fin contestó a mi última llamada, cuando apenas te hubo dejado en la pensión. No puedes hacerte ni idea de lo importante que eso fue para mí. Me devolvió la esperanza...

*

—Elmo. ¡Estoy harto de ti! Harto de que me acoses, de que me sigas...
¡Déjame en paz!

—Por favor, Angelo, necesito hablar contigo. Te juro que ésta será la última vez. Tan solo te pido eso... Después de hoy no volverás a saber de mí.

—¡Está bien! ¿Dónde estás?

—Aquí, en Arborea.

—Debí suponer que me seguirías, eres tan previsible... ¿Recuerdas la *Idrovora* de Luri? Te espero allí en cinco minutos, pero no olvides tu promesa. Si vuelves a acosarme, lo contaré todo en el departamento de policía, a tu mujer y a todo el mundo. ¡Juro que te arruinaré la vida!

—De acuerdo, Angelo. En cinco minutos estaré allí... Gracias.

La *Idrovora* estaba situada al sur de Arborea, entre los innumerables caseríos que, a modo de aldeas, salpicaban el paisaje agrícola del municipio. Era un lugar recóndito donde esconderse y no era raro encontrar algún coche desperdigado por la zona, donde parejas jóvenes y no tanto, buscaban un poco de intimidad para sus encuentros sexuales.

Angelo llegó primero. Estaba resuelto a terminar con aquella historia que empezaba a resultarle agobiante. Durante un tiempo le resultó divertido flirtear con un inspector de policía más mayor que él. Contaba con la discreción de su trabajo y por el hecho de estar casado. Los regalos, cada vez más caros, hicieron el resto. El diácono, seguro de su atractivo, ya se había cobrado todas las presas masculinas que su maldita promiscuidad le permitía y tan solo le faltaba aquel galardón en su panoplia de trofeos. No deseaba ningún compromiso, confiado en aquel refugio que la Iglesia le brindaba. Solo una vez se permitió cierta debilidad y la sociedad le arrebató al único ser que quiso de verdad, Paolo.

Elmo Orsini aparcó su coche detrás del de Angelo y bajó para reunirse con él, que ya lo esperaba sentado en el capó de su *Lancia*.

—Vale, ya me tienes aquí. ¿Qué querías decirme? No te enrolles mucho porque estoy cansado y mañana tengo que madrugar —le espetó con desdén.

—¿Cuándo dejarás de ser tan cáustico conmigo y de despreciarme como lo haces?

—Abrevia... No tengo todo el tiempo del mundo.

—¿Quién es ese hombre con el que llevas viéndote toda la semana? ¿No sabes que estás arruinando tu vida? No me gustaría que volvieras a las andadas...

—Eso no es de tu incumbencia, ¿te enteras? Si así te vas a quedar más tranquilo, te diré que es español y vino al pueblo preguntando por un amigo común, Paolo Pierazzuoli.

—Claro y por eso te lo llevas a comer y a cenar... Con haberle dado información sobre ese tal Paolo hubiera bastado... ¿O tal vez también te lo has follado?

—¡Ya está bien, Elmo! Sí, me lo he follado y esta vez me ha sido más fácil que de costumbre. Él solito cayó como un pardillo entre mis redes. Me lo tiré porque me apetecía...

—¡Eres una maldita zorra!

—Mira quién fue a hablar... —le dijo riéndose—. La marica reprimida del departamento de policía; la oculta que, si se supiera, sería el hazmerreír de todo Oristano. Tú, que engañas a todos, que te engañas a ti mismo y que eres una farsa de hombre... ¿Te permites el lujo de decirme cómo debo vivir mi vida?

—Yo te quiero de verdad. Te he dado todos los caprichos que he podido... Y más que te hubiera dado si me lo hubieras pedido.

—¿Hubieras dejado a tu mujer?... ¡No! ¿verdad? Toma tus carísimos regalos con los que intentabas comprarme —Angelo se desprendió del *Hublot* que lucía en su muñeca y se lo arrojó a los pies con un golpe seco. Orsini lo recogió con delicadeza y lo apretó entre sus manos; era el símbolo de aquel sueño roto.

—¡Eres cruel! —exclamó Orsini. —Solo te gusta hacer daño y destruir a todos los que te rodean. Te consumirás en tu propia maldad, en el infierno en que has convertido tu vida.

—¿Ya has terminado con la escenita de celos? Nunca has sabido de qué iba esto. No tenías bastante con pegar un polvo de vez en cuando; querías más, siempre querías más. Tú no sabes de mis desengaños, del dolor por un amor

frustrado que he tenido que acarrear desde joven. ¡Sí! Yo quise de verdad... a Paolo Pierazzuoli, el mismo que ese español iba buscando. Fue todo mi mundo. Intenté luchar contra los prejuicios de este pueblo y contra los de Paolo, pero me di cuenta de que ese amor estaba abocado al fracaso. Durante un tiempo fui como un perro faldero, como tú ahora, detrás de un imposible, pero tuve que cortar por lo sano. Fui yo quien terminó definitivamente esa relación que me estaba destruyendo, que nos estaba destruyendo a los dos. Puedes llamarme egoísta, lo admito. Pero intenté huir buscando en otros brazos el consuelo, intentando adivinar a qué sabían las relaciones que jamás iba a tener... Cuando llegó ese hombre preguntando por Paolo, quise saber qué habría encontrado en aquel español que yo no pude darle. ¿Era su polla mejor que la mía o lo había ganado por amor? Sí, me lo tiré y disfruté. No sé si me hizo sentir por él mismo o por poseer algo que pertenecía a Paolo, no lo sé, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Tal vez si no existiera Paolo, con ese chico hubiera podido tener alguna oportunidad, pero no estoy dispuesto a volver a caer otra vez en lo mismo.

—Entonces... ¿Yo nunca te he importado? ¿Todo ha sido una mentira?

—Piensa lo que quieras. Ya tienes la respuesta que habías venido a buscar. Ahora me voy y esta vez es para siempre.

Elmo apretó sus manos de la misma rabia e impotencia. De nada había servido ese último intento por recuperarlo. Angelo se giró para dirigirse hacia su coche y, en un arrebato instintivo, Elmo se abalanzó sobre él, sujetándolo por los hombros. Forcejearon y el inspector lo zarandeó para evitar que se escapara. Al estar cerca de la acequia que salía de la *Idrovora*, Angelo perdió el pie y, cayendo dentro, de dio un golpe en la sien con el borde de cemento. Elmo se lanzó al agua para intentar sacar su cabeza de la acequia y evitar que se ahogara, pero todo fue en vano. Angelo yacía inerte, sin sentido. Había muerto de la manera más estúpida, en medio de una discusión por celos entre antiguos amantes. Sacó su cuerpo del agua para reanimarlo con insistencia, repitiendo su nombre y moviendo su cabeza. Un hilo de sangre se fue mezclando entre los rizos mojados del pelo y las manos de Elmo, que

intentaba en vano evitar que se le escapara el último hálito de vida de aquel cuerpo que tanto amaba.

Durante unos instantes, que le parecieron eternos, Elmo se abrazó a Angelo meciéndolo como una *Piedad*. Las lágrimas terminaron por empapar lo que no había mojado el agua y cuando ya no hubo más llanto, porque su alma se había vaciado por completo, pensó. Pensó todo lo que se le venía encima: su futuro, su trabajo, su vida. Le entró el pánico y dejó a Angelo en la misma posición en la que había abandonado este mundo, con la cabeza sumergida en la acequia, mientras se desparramaba por ella la poca sangre que fluía ya de su cabeza. Había que deshacerse de todo lo que pudiera incriminarlo. «¡Piensa Elmo, piensa!», no dejaban de martillear en su cabeza aquellas palabras. No en vano era policía y sabía cómo hacerlo. Sabía lo que la policía buscaría al día siguiente así que, como un autómatas, borró todas las huellas que pudo y dejó la escena preparada para que otro cargara con el peso de su culpa.

Era tarde. La noche era su aliada y pronto estaría lejos de allí para poder pensar con claridad. Al día siguiente volvería, todos vuelven, para comprobar si había sido una pesadilla o si tan solo tendría estómago para poder aguantarlo. Era policía, el mejor, y se había enfrentado a escenas tan terribles que hubieran hecho vomitar al más curtido en la materia. Tenía que descansar.

Al final, Elmo había hecho honor a su promesa. Jamás volvería a ver a Angelo. Ya nunca le agobiaría con sus celos. Por fin lo dejaría en paz.

*

—¡Tú tuviste la culpa! —continuó diciéndome—. Cuando apareciste al día siguiente en la *Idrovora*, lloroso y desconsolado, tuve que contenerme. No sé lo que pasó entre vosotros, pero fue suficiente para que todo acabara como acabó. Te pedí que volvieras a España, que te olvidaras de Angelo, pero tenías que averiguar qué coño había pasado. Temí que si tirabas del ovillo acabarás por descubrir más de la cuenta y decidí provocar tu accidente de

coche. Esperaba que tuvieras un susto sin importancia, como así fue, y con ello decidieras marcharte. Si hubieras muerto, no dejaría de ser un simple accidente como tantos otros. Nada podía relacionarte conmigo. Sin embargo, te empeñaste en seguir averiguando cosas... La verdad es que me lo pusiste demasiado fácil. Dejabas pistas allá donde ibas, si no me llamabas a todas horas con estúpidas elucubraciones. Todo fue sencillo hasta que apareció tu novio. Reconozco que estropeó mis planes, no en balde es policía como yo, pero esto solo ha hecho que quede sentenciado tu final. Estarás contento, ¿no? Por fin se descubre todo el pastel. Bajamos el telón, aplausos y todos contentos, pero te has olvidado del desenlace...

—Inspector... Elmo —intenté llamarlo por su diminutivo por ver si así se ablandaba— Te lo juro, no diré nada pero, por Dios, ¡déjame marchar! Esto solo hará que se compliquen más las cosas... Regresaré a España. Todo se olvidará y podrás continuar con tu vida. Para mí, Angelo ya forma parte del pasado.

—¡Qué ingenuo eres! ¿Te crees que todo es así de fácil? ¿No has comprendido que si tu no hubieras aparecido por Arborea, Angelo todavía viviría? Tienes que pagar por el daño que has hecho. Tengo que borrar tu existencia para encontrar algo de calma. No quiero más fantasmas revoloteando sobre mi vida. Acabaré contigo y luego me encargaré de tu amigo...

—¡Te lo ruego, Elmo! Mátame a mí si quieres, pero no le hagas nada a Paolo.

—¡Cállate! Ten al menos un poco de dignidad para morir como un hombre. No quiero oírte suplicar como un gorrino.

De nada sirvieron mis ruegos. Con la cara roja de cólera, juntó sus manos sobre la pistola y, mirándome fijamente a los ojos, me descerrajó dos tiros. Recuerdo que intenté moverme para huir pero, tendido como estaba en el suelo, poco pude hacer. Sentí un dolor agudo en el abdomen, que quemaba como el fuego y, en segundos, perdí el conocimiento.

CAPITULO 13

Hay un momento, justo antes de recuperar la consciencia, que es el más parecido a la paz completa. Estaba aturdido, pero iba recobrando los sentidos con leves cosquilleos que recorrían mis extremidades y una comezón que sentía en mi vientre. Mi vista estaba nublada y una sequedad en la boca llegaba hasta lo más profundo de mi garganta, pero no tenía fuerzas ni para carraspear.

Percibí una mano sobre la mía. Era fuerte y al mismo suave como la de una madre.

—Andrés... ¿Sabes quién soy?

—Paolo... —pude decir a duras penas—. ¿Qué hora es? ¿Es de día? — balbuceé intentando recobrar el sentido.

—Son casi las doce del mediodía. Ahora descansa y no te preocupes por nada.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, pero ahora empezaba a ser consciente de lo que había pasado. Era evidente que había tenido suerte, pero poco más sabía; no estaba muerto y con eso me bastaba. Tampoco tenía ganas de pensar y cerré los ojos intentando poner mi mente en blanco, aunque los pitidos de una máquina infernal, a la que seguramente estaba enchufado, me recordaban donde estaba. Me revolví en la cama pero, por más que lo intenté, no podía descansar; nada más despertar, mi cabeza comenzó a bullir con pensamientos inquietantes y ya no pudo parar. En eso sentí el beso de Paolo en la mejilla que me tranquilizó.

—Paolo... —dije con la voz tenue, casi sin fuerzas, mientras intenté tocar con la mano su cara—. Orsini... Casi me mata.

—No te esfuerces, Orsini está muerto y ya no podrá hacernos más daño... Ahora descansa.

Entonces, le pedí que me contara el desenlace de mi secuestro. Al principio

dudó si hacerlo pero, ante mi insistencia, se animó a contarme.

*

Paolo, cuando se despertó aturdido por el efecto de la *Burundanga*, le costó liberarse. Estaba esposado y por más que intentó tirar de las manillas, tuvo que darse por vencido. Paolo era ágil y en un hábil juego de piernas intentó cazar el teléfono de la habitación con los pies. A la tercera tentativa consiguió acercárselo lo suficiente al pecho para poder apretar una tecla con la barbilla y contactar con la recepción. Aunque el auricular había quedado colgando, bastó para que el conserje del hotel se percatara de que algo ocurría en la habitación. Cuando oyeron sus gritos de socorro, no tardaron en subir a la habitación y, echando mano de la llave maestra, la abrieron para poder socorrerlo.

Mientras intentaba liberarse con una ganzúa improvisada, pidió que le marcaran de inmediato el número de teléfono del comisario Genovese.

—Comisario, soy Paolo Pierazzuoli... ¡Orsini ha estado en nuestro hotel!

—¿Qué? ¿Están bien?

—Ha secuestrado a Andrés. Se lo ha llevado, seguramente con intenciones de matarlo. Tenemos que actuar enseguida.

—No se preocupe. Ahora mismo desplegaremos un dispositivo de búsqueda y venga cuanto antes a la Questura, aquí estará más seguro.

No había tiempo que perder, la vida de Andrés estaba en peligro y pronto barajaron los posibles sitios donde podría tenerlo retenido. Paolo conocía perfectamente Cagliari y sabía de ciertos lugares utilizados para encuentros sexuales esporádicos, no lejos de las zonas habitadas y que no levantarían sospechas. Si quería un lugar discreto, aquel era el sitio indicado.

Paolo reclamó un arma; necesitaba ponerse en cabeza del grupo de búsqueda y rogó con insistencia que el comisario lo integrara en el caso. Genovese accedió a regañadientes y le entregó una *Beretta 92* de nueve

milímetros, la reglamentaria del cuerpo armado italiano. Era un magnífico tirador y con ella se sentía seguro; hubiera preferido ir desnudo antes que sin su arma.

En las inmediaciones del Monte *Urpinu*, muy cerca del *Stagno de Molentargius*, se diseminaban pequeñas edificaciones; naves industriales abandonadas que servían de lugar para encuentros furtivos de parejas que no tenían dónde ir. Era una zona arbolada donde cualquier ruido pasaría desapercibido.

En pocos minutos llegaron a las inmediaciones, hasta donde se podía acceder en coche. Después de sortear pinos y matorrales, divisaron aquellas naves grises de techo de uralita, que a Paolo no le eran ajenas. A una indicación suya, pararon para no hacer ningún ruido que pudiera delatarlos. Paolo desenfundó su *Beretta* y se acercó sigilosamente.

Las pocas ventanas del edificio estaban atrancadas, pero se podían escuchar las voces que salían desde dentro; eran las de una persona enfadada que gritaba en tono amenazante. Aquello tranquilizó a Paolo; Andrés seguía vivo. No hubo tiempo para pensar. Cuando se oyeron los tiros, Paolo disparó a la cerradura y la puerta, de madera vieja y seca, se abrió dejando ver a Orsini que, en ese momento, disparó a su vez sobre Paolo. El carabiniere abatió al inspector que cayó de espaldas con un certero tiro en mitad de la frente. Corrió a socorrer a su amigo y apretó la herida con la mano intentando cortar la hemorragia. Andrés estaba inconsciente y respiraba con dificultad; había perdido mucha sangre y no había tiempo que perder. A los pocos minutos, se presentaron en el lugar varios coches de policía y una ambulancia que trasladó a Andrés a un hospital cercano.

*

Noté que mi mano se humedecía con sus lágrimas, desprendidas de unos ojos enrojecidos por la preocupación y las horas sin dormir. Apartó mi mano y

la dejó suavemente sobre la cama, saliendo de la habitación para poder llorar con tranquilidad.

La máquina comenzó a emitir un sonido agudo y continuo. Varias enfermeras acudieron para controlar aquella alteración y, pronto, se armó un revuelo a mí alrededor. Luego, un sopor se adueñó de mí; estaba tan cansado...

CAPITULO 14

Paolo deambulaba con preocupación por los pasillos, entre el control de enfermería y las escaleras, sin atreverse a abandonar la planta donde Andrés luchaba por su vida. ¡Cuántas cosas habría cambiado de haber sabido como acabaría todo! No quería transmitirle toda la preocupación que sentía, pero temía que, de un momento a otro, se derrumbara ante él. En aquel momento, una de las enfermeras se le acercó apresuradamente con el semblante serio.

—¿Es usted familiar de Andrés Tomás?

—Sí... ¿qué sucede? —dijo Paolo con inquietud.

—Si es tan amable de acompañarme... —Y sin comentar nada más, le hizo pasar a una sala donde debía esperar la llegada de un médico.

La preocupación se hizo evidente al entrar en aquel despacho amplio y luminoso, en el que había una librería blanca llena de enciclopedias médicas. Una mesa presidía la estancia con un gran ventanal detrás, que dejaba entrar la luz tamizada por un estor gris; unos macetones con grandes plantas verdes y varios carteles de campañas sanitarias completaban la decoración. Todo tan aséptico y formal que sabía a decorado para dar malas noticias.

En unos minutos entró una joven doctora que le invitó a sentarse. Parecía recién salida de la facultad, aunque se notaba muy preparada por la manera de desenvolverse. No se sentó detrás del escritorio como esperaba; lo hizo junto a su interlocutor, cosa que todavía le inquietó más. Se quitó el estetoscopio y dejando su carpeta repleta de informes sobre la mesa, se dirigió a Paolo.

—Voy a ser muy directa con usted. El señor Tomás acaba de sufrir un ictus...

—¿Un ictus?

—Más concretamente, un ictus isquémico intravascular de tipo embólico. Explicado en palabras más sencillas, en un caso como el del señor Tomás, suele ser habitual que se formen pequeños coágulos que, desafortunadamente,

han llegado hasta su cerebro y teniendo en cuenta su historial de hipertensión arterial y tabaquismo...

—¿Qué quiere decirme? —preguntó con preocupación contenida.

—Lamentablemente estas cosas suceden y es difícil prevenirlas... Sin saber cómo, la obstrucción se puede desplazar y si esta llega a los pequeños vasos sanguíneos del cerebro, puede causar un daño irreparable como así ha sido. Lo sentimos mucho...

—¿Cuándo ha pasado? Hace unos instantes he estado con él y no me pareció que... —preguntó desconcertado, mientras la doctora ponía cara de circunstancias.

—No le voy a engañar, su situación es muy grave y no sabemos si saldrá de esta. Todo depende de si se repiten los ataques y de la intensidad de los mismos. Ahora lo hemos trasladados a cuidados intensivos y su pronóstico es reservado.

—Entonces... ¿todavía pueden darle más? —preguntó Paolo angustiado.

—Suele ser lo habitual, tal vez de menor intensidad. Siento decirle que es una lotería, y su amigo lleva demasiadas papeletas para que le toque.

—¿Puedo verlo? —preguntó Paolo mientras se le escapaban las lágrimas de sus ojos.

—En estos momentos está estabilizado y aunque no es muy conveniente, le dejaré que lo vea. Solamente cinco minutos. Procure no cansarlo y, sobre todo, no le provoque emociones innecesarias que podrían ser fatales.

La doctora, consciente de que podría ser la última oportunidad para que se despidiera de él, lo acompañó hasta la entrada de la UCI. Allí lo hicieron vestirse con una bata verde y unas fundas para los zapatos.

Paolo llegó hasta Andrés, esbozando una sonrisa con toda la intensidad de que fue capaz; le tomó la mano con fuerza y acercó su rostro para darle un beso en la boca.

—¿Cómo estás, cariño? —preguntó emocionado.

—Ya ves... Por lo visto no quieren que me escape de este hospital.

—Te quiero —le espetó de golpe sin darle tiempo a asimilar lo que había dicho—. Creo que he estado haciendo el tonto durante todo este tiempo, pero te prometo que, cuando te recuperes, nos casaremos en España...

—Muy mal debo estar cuando me pides en matrimonio aquí dentro. Por si acaso no se equivocan esos buitres de bata blanca, quiero decirte algo... Has sido la persona más importante de mi vida y, a pesar de todo, ha valido la pena poder llegar hasta aquí contigo.

Paolo, tomando la mano de Andrés, se derrumbó, echándose a llorar sin consuelo.

—Me gustaría pedirte un favor... —continuó Andrés.

—Dime... ¿Qué quieres?

—Déjame tocarte el paquete por última vez... Es curioso, pero fue lo primero que me atrajo de ti y es lo único que me da pena dejar de este mundo...

Paolo se quedó sorprendido. Siempre había admirado su sentido del humor, pero en aquel estado le resultaba más sorprendente y por ello no se pudo negar.

—Está bien, pero te aseguro que no será la última vez que lo hagas —Y se acercó con discreción para que Andrés pudiera tocárselo, pero él tan apenas tuvo fuerzas para rozarlo.

—Ahora ya me puedo morir tranquilo... —le dijo con voz cada vez más débil—. Pasaré el resto de la eternidad con ese recuerdo. Ahora bésame... Quiero conservar tu sabor en mi boca.

Paolo acercó sus labios a los de Andrés y, en su última exhalación, entregó su alma a la única persona que había merecido el título de amante. Puso los ojos en blanco mientras sonaban un agudo pitido en la máquina que lo monitorizaba. Murió feliz en brazos de Paolo; una sonrisa testimoniaba la placidez de su tránsito y un cálido silencio dejó en paz la estancia. Los médicos y enfermeras trataron de realizar las últimas maniobras de resucitación pero, para Paolo, el tiempo se había parado; los movimientos de los sanitarios se ralentizaron hasta parecerle que se encontraban en otra

dimensión diferente de la suya. No pudo llorar, solo cerró los ojos para no tener que ver la realidad.

Pasaron unos angustiosos minutos hasta que lo invitaron a salir. Alguien lo acompañó a la misma sala donde había estado, allí permaneció solo hasta que, en poco tiempo, entró un grupo de doctores, cerrando tras de sí la puerta y sentándose a su lado.

—¿Es usted familiar del señor Tomás? ¿No?

—Nosotros somos... —replanteó su respuesta cuando cayó en la cuenta de su situación—. En realidad, solo éramos amigos...

Los doctores se miraron perplejos; solo un familiar podía disponer legalmente del finado sin suponer un problema legal, así que no tuvieron más remedio que continuar preguntando.

—¿No hay ningún familiar que se pueda hacer cargo?

—Creo que no los tenía, al menos que yo sepa... Habría que averiguarlo.

—No podemos esperar tanto... Hemos venido para solicitar la autorización para la donación de los órganos. Comprenderá que la extracción se debe hacer en un breve espacio de tiempo pero, siendo así, no podemos hacer nada.

—Yo me hago responsable... Puedo firmar lo que sea.

—Lo sentimos pero, por mucho que lo necesitemos, esto no tendría validez.

—¿Entonces? ¿Qué piensan hacer con él?

—Me temo que tendremos que esperar a que las autoridades dictaminen qué hacer en un caso como este —le dijeron mientras eludían la mirada compungida de Paolo sin saber cómo calmar su desconsuelo.

En aquel momento vinieron a la mente de Paolo las antiguas discusiones que mantuvo con Andrés. Era a esto a lo que se refería cuando le pedía con insistencia formalizar su situación y la desesperación llenó su corazón. Ahora, cuando todo estaba perdido, ni siquiera podía disponer de su cuerpo para darle el final que merecía.

Paolo abandonó la sala sujetándose en las paredes. Su vista nublada por las lágrimas, ni siquiera le permitía ver el final del pasillo. Se derrumbó en uno

de los sillones de la sala de espera y lloró y lloró hasta desesperarse. No entendía cómo el destino podía haberle hecho semejante jugada sin darle tiempo de enmendar sus errores.

CAPITULO 15

Paolo volvió a Florencia. En un principio pensó que le vendría bien reincorporarse al servicio para olvidarse de la pena que le corroía por dentro, pero el remordimiento fue devorándolo desde dentro de su alma y ya ni el trabajo consiguió absorberlo lo suficiente.

Los carabinieri es un arma singular dentro del ejército, representa la esencia de un pueblo que entronca con lo más aguerrido de las legiones romanas; el último vestigio de un imperio perdido en la historia. La masculinidad es un valor intrínseco y jamás se tolerarían comportamientos abiertamente contrarios a la hombría. Paolo era feliz dentro, como en una familia en la que se sentía seguro después de los sinsabores de su juventud, a pesar de ello siempre fue cauto en cuanto a sus inclinaciones y, por eso, jamás cultivó una amistad profunda con sus compañeros, más allá de una camaradería estrictamente formal. Sabía de algunos carabinieri que pretendieron salir del armario, pasando un calvario de vejaciones por parte de otros colegas, con la connivencia de los mandos que toleraban aquellos comportamientos mirando para otro lado. Él tenía constancia de seguimientos dignos de un entramado de espionaje por parte de compañeros que investigaban la vida íntima de otros con inclinaciones dudosas con el solo fin de la delación, como pudo comprobar a su llegada a Florencia.

Hubiera querido gritar a los cuatro vientos lo que le pasaba; que se había equivocado viviendo su amor de manera clandestina. En cambio, guardó silencio y eso le iba comiendo por dentro como un cáncer.

Todavía no había amanecido cuando Paolo se levantó de la cama para realizar el servicio más importante de su carrera militar. Se puso en pie de un salto, cuando sonó la alarma de su despertador.

Había demorado aquel momento, intentando aferrarse al último vestigio de dolor que anidaba en su corazón, pero ahora estaba seguro de que debía

desprenderse de toda la amargura que le estaba corrompiendo.

Se duchó, afeitó y perfumó para aquella cita trascendente; quería parecer lo más pulcro posible para su última misión. Fue a su armario y abrió las puertas. Allí estaban, colgados en fundas, sus uniformes y se puso el de diario, el mismo con el que había conocido a Andrés. Estaba imponente con aquellos pantalones con dos listas rojas metidos dentro de unas relucientes botas negras. La casaca entallada, aquel cinto blanco cruzado sobre el pecho que le ayudaba a realzar su altura y la gorra de plato con aquel distintivo plateado en forma de bomba llameante que le confería apostura y marcialidad. Paolo siempre la llevaba calada hasta los ojos, casi apoyada en su larga y recta nariz, dejándole observar sin que nadie pudiera escrutar su mirada.

Bajó a la calle y dando un pequeño rodeo, pasó por delante de la *Piazza della Annunziata* camino de la Catedral. No podía parar, debía llegar temprano a su singular ceremonia antes de que los turistas tomaran la ciudad. Se concedió unos segundos para poder elevar la vista y darle el último adiós al *campanile* del *Duomo*; respiró profundamente y se encaminó hacia la *Piazza della Signoria*. Al llegar a ella, se situó en el centro y parándose un breve momento, hizo un barrido con los ojos para abarcar todo el conjunto, reteniéndolo en su memoria.

De pronto, se encontró con los primeros rayos de sol que comenzaban a caer sobre el Arno a la altura del *Ponte Vecchio*. A pesar de lo temprano de la hora, algunos florentinos se dirigían al trabajo ensimismados en sus pensamientos. Se cruzó con ellos sin que despertaran en él ni el más mínimo interés y continuó hasta llegar al *Ponte della Trinità*. Siempre había adorado ese puente, le parecía de una simplicidad elegante y delicada, con tanta o más historia que su hermano mayor, el *Ponte Vecchio*. Había sufrido múltiples destrucciones a lo largo de su historia, unas a causa de grandes riadas y la última, a causa de la guerra, cuando el ejército nazi, en su retirada, lo voló. Florencia reconstruyó el puente con las mismas piedras que quedaron esparcidas en el Arno. Era el símbolo del espíritu del resurgimiento de un pueblo.

Una vez allí, recorrió la mitad del trayecto hasta situarse en el centro, con la torre del *Palazzo* enfrente. «Ahora volveremos a estar juntos... Y esta vez será para siempre. No te fallaré» pensó con la mirada puesta en el cielo. Se encaramó al pretil y miró impertérrito durante unos segundos las aguas que corrían inquietas bajo sus pies. En su mente todavía retronaban los últimos retazos de su vida pasada: el tropiezo de aquel español torpe en el *Palazzo Vecchio*; los días de verano en las playas valencianas; los románticos paseos por las calles de Florencia y los momentos de angustia vividos en Cerdeña. Poco tiempo, pero vivido tan intensamente que el saldo final le resultó positivo. Su historia había valido la pena y, ahora, por primera vez en mucho tiempo, se sentía feliz. La vida dejaría de ser el último impedimento para reencontrarse con su amor. Respiró tranquilo y, sonriendo, extendió sus brazos en cruz dejándose caer sobre el río. El Arno se abrió y, abrazándolo, lo tragó para siempre.

Un pequeño grupo de transeúntes se apiñó en el mismo puente al ver caer al carabinero. Algunos señalaban el lugar, mientras otros, los de vista más aguda, todavía podían ver su gorra arrastrada por la corriente. Aunque no comprendían nada, fueron los únicos testigos del último acto de amor que Paolo había dedicado al ser más importante de su vida, Andrés.

Al día siguiente, solo una breve reseña en el diario *La Nazione* se hacía eco del suceso: «Joven carabinero fallece al caer accidentalmente al Arno. Se desconocen las causas del infortunio. Miembros del arma, investigan las extrañas circunstancias del suceso».

FIN

NOTA DEL AUTOR

Esta novela, a pesar de que, cronológicamente, se haya publicado mucho más tarde, es la primera que escribí, colocando en ella una gran carga de emociones y vivencias, algunas de ellas personales; por eso tiene un gran cariño para mí.

El hecho de reflejar una relación gay no significa nada. Es más, pretende ser un homenaje a todas aquellas personas corrientes a las que, a veces, les suceden cosas extraordinarias, aquellas que se esfuerza por crear relaciones estables, siempre tan difíciles de edificar. Es un homenaje a todos los valientes que, contra viento y marea, luchan por lo que más quieren.

En todos los países, las relaciones homosexuales nunca han sido fáciles y mucho menos en Italia, al igual que cualquier relación que se salga de lo común, por eso deseo dedicar esta novela a todos los que lo han pasado mal intentando ser felices.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Chelo Salvador, de Horno de Alcedo (Valencia), amiga íntima, con la que he descubierto rincones de Valencia en los que hemos pasado los momentos más felices de nuestras vidas. Su vida, por sí sola, ya merece un libro que, tal vez, no tarde en escribir.

Gracias a Maite Centelles, mi gran amiga de Almenara, cuyo nombre también incluyo en un episodio del libro. Ella ha sido la lectora cero de todas mis obras y la que siempre me ha animado con sus críticas.

Gracias a Cerdeña, una isla maravillosa, que ha servido de escenario para mi libro y, en especial, a Arborea, donde transcurre la mayor parte de la novela. Tampoco quiero dejar pasar la oportunidad de agradecer a Florencia su protagonismo en la historia por ser una de las ciudades más bellas del mundo.

Quiero hacer una dedicatoria al hostel del *Gallo Bianco*; toda una institución en Arborea y un lugar emblemático donde he situado parte de la acción.

Mi dedicatoria a todos los gais italianos, que todavía luchan para obtener derechos que ya tenemos reconocidos en muchos países de Europa.

Por último, quiero recordar La Casa Negra y La Sepia, chiringuitos que ya no existen y que estaban ubicados en las playas de Pinedo (Valencia) donde, mis amigos y yo, pasamos momentos increíbles y cuya fauna, de la que formábamos parte, jamás olvidaremos.

Si te ha gustado

Te espero en Arborea

te recomendamos comenzar a leer

Desde siempre te conozco

de Sandra Bree

Selección RNR

SANDRA BREE

*Desde siempre
te conozco*



Romance y Viaje en el tiempo

Prólogo

Marzo de 2013, Madrid

El hombre levantó la mirada de su caña de cerveza y vio salir a la despampanante rubia del portal de su casa. Era una de las mujeres más bonitas que había tenido el placer de conocer desde hacía algunos meses. O más bien, se corrigió, se las había apañado para que ella lo conociese a él, aunque debía confesar que no habían empezado con el mejor de los pies.

Se limpió los labios con el dorso de la mano y por un momento dudó en seguir bebiendo de su cerveza o ir tras la chica. Ambas cosas eran igual de apetecibles, cada una a su manera, pero sin duda, su bebida iba a tratarlo mil veces mejor de lo que lo iba hacer la rubia. Ella, como siempre, lo ignoraría, saldría corriendo a la parada del autobús e intentaría esquivarlo. ¡Cuántas veces había fantaseado con acorralarla y saborear toda la piel de su cuerpo! Saltaba a la vista que era muy suave y tierna.

«Mierda», se excitó de solo pensarlo.

Dos hombres que charlaban tranquilamente se apartaron de su camino cuando se acercó al ventanal. La gente le tenía, sino miedo, respeto. Su aspecto intimidaba con tanto tatuaje en el cuello y la chaqueta de cuero cubierta de parches.

Se echó a reír en silencio al ver a la muchacha tras el cristal. Se movía con cautela, mirando hacia todos los lados para no tropezarse con él. Y eso lo divertía; era como ver a un conejo asustado buscando su madriguera.

La calle estaba concurrida a esas horas y la cola del autobús era bastante larga. Todavía estaba a tiempo de ir a incomodarla. Es más, lo iba hacer cuando escuchó tras él la máquina tragaperras dando el premio gordo. Su cara se iluminó al tiempo que giraba con curiosidad. En ese preciso momento, el

mozo que descargaba fruta en la galería se agachaba a recoger sus monedas.

Mentalmente evaluó su fuerza. El cabrón tenía una constitución más corpulenta que la suya, y eso que presumía de hombros anchos y músculos duros. Pero el mozo al menos le sacaba una cabeza y media, y eso... le imponía un poco. Él era valiente, no un loco inconsciente. Mucho menos cuando no tenía a ninguno de sus amiguetes por allí para echarle un cable.

Con desinterés, se terminó de beber la cerveza. Era una lástima que de todos los tipos que había allí le hubiera tenido que tocar a ese, de haber sido otro se las hubiera apañado para robarle una parte del dinero, o todo. Era final de mes y estaba sin blanca.

Dejó el vaso en la barra, cogió un palillo que colocó entre sus dientes y levantó una mano en alto llamando al camarero.

—Apúntamelo, Joaquín, más tarde vengo a pagar.

—¿Cobras hoy? —le preguntó el empleado arqueando las cejas con sarcasmo.

—Eso creo.

—Eso espero, Juancar, si no, ya sabes que mi jefe no me deja servirte más. Asintió bruscamente. No le gustaba que nadie le hablase así.

—Tu jefe es un maricón de mierda.

—Pero es de él el bar y el que manda. No en todos los sitios te fian.

Con una mirada provocadora, observó al camarero que se había puesto a limpiar el mostrador y a servir cafés como si él ya se hubiese marchado. Odiaba a ese tipo, pero tenía razón. Nadie le fiaba.

Como no quería broncas tan temprano, se subió la cremallera de la cazadora y salió a la calle. En ese momento subía el último pasajero del autobús y cerraban las puertas tras él.

Desde la acera buscó con la mirada a la rubia con cara de ángel. Se encontraba sentada entre una señora gorda y la ventana. Ese día estaba verdaderamente buena con ropas ajustadas que delineaban su figura. Rizos trigueños rodeaban su cara de piel clara y enormes ojos verdes. La condenada

tenía unas pestañas larguísimas y tupidas que más de una mujer, con toda seguridad, envidiaba.

Su cuerpo entró en alerta de nuevo mientras se preguntaba lo que sentiría si frotaba sus labios lentamente contra sus mejillas...

Con agilidad, y sin pensárselo dos veces, se acercó al autobús y golpeó el cristal con el puño cerrado en el lugar en el que ella estaba. La ventana vibró bajo el impacto. La muchacha y los pasajeros que estaban cerca se sobresaltaron. Ella frunció los labios y miró al frente, ignorándolo.

—Esa boca será mía —musitó Juan Carlos con una sonrisa.